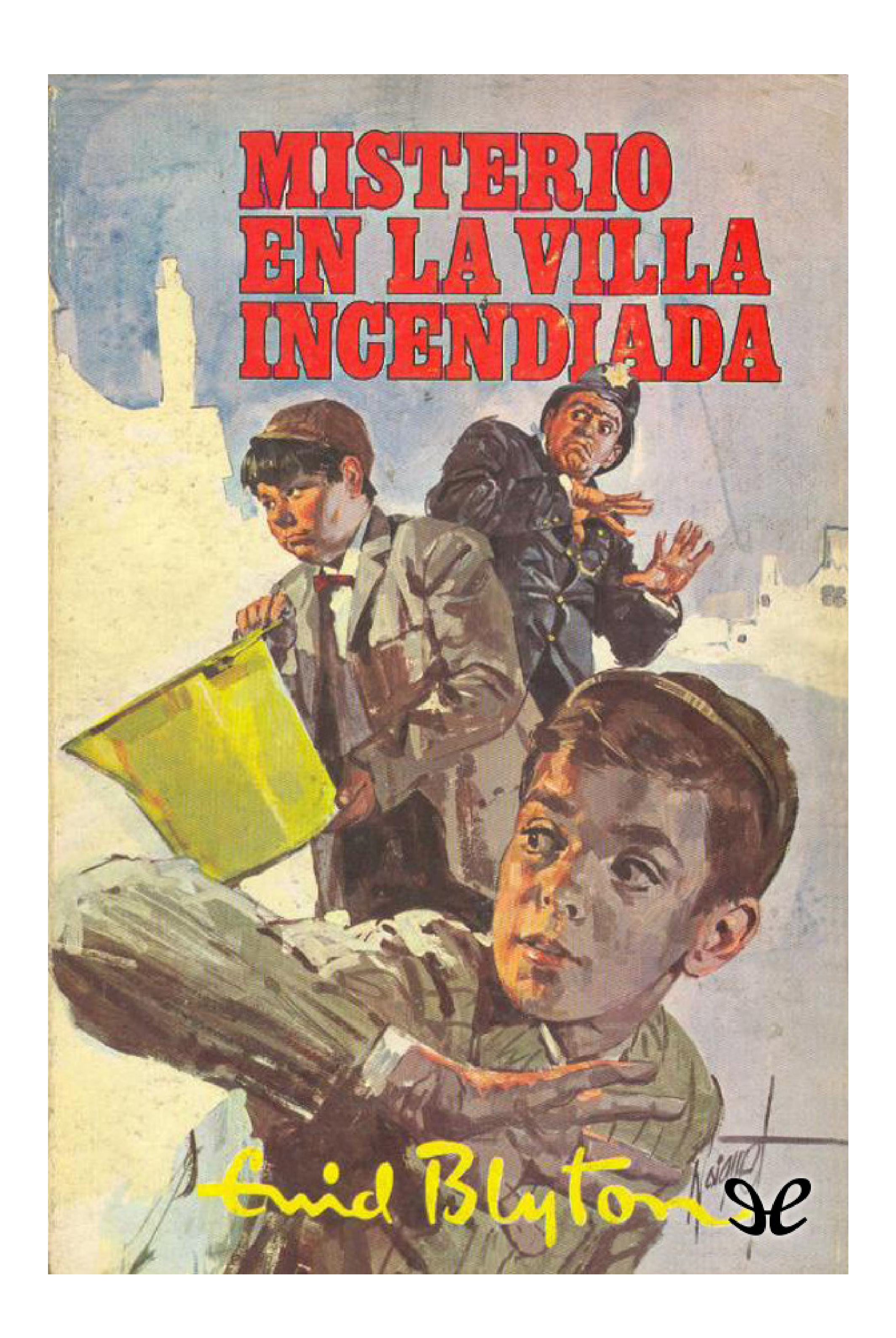

MISTERIO EN LA VILLA INCENDIADA
Enid Blyton

En la serie «misterios», los protagonistas son una simpática pandilla de cinco amigos: Larry, Daisy, Pip, Bets, Fatty y su perro, «Buster». En esta ocasión los cinco amigos se enfrentan a la difícil resolución de un incendio que por todas las trazas tiene la apariencia de provocado. Al principio de sus investigaciones tienen varios roces con el Sr. Goon, el policía local, que no le gusta que la pandilla se meta en esos asuntos. Sin embargo, finalmente no le quedará más remedio que reconocer que sin su ayuda hubiera sido imposible detener al culpable.



Enid Blyton

Misterio en la villa incendiada

Colección Misterio 01

ePub r1.0
gimli 26.01.14

Título original: *The Mystery of the Burnt Cottage*
Enid Blyton, 1943
Traducción: María Dolores Raich
Ilustraciones: Carlos Freixas
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Capítulo primero

La villa en llamas

La agitación empezó a eso de las nueve y media de una oscura noche del mes de abril.

Hasta entonces en el pueblo de Peterswood reinaba una profunda quietud, sólo quebrada por los ladridos de un perro. Luego, de pronto, hacia el oeste del pueblo, elevóse una intensa luz.

Larry Daykin la vislumbró en el momento en que se disponía a acostarse. Al descorrer las cortinas de su habitación, a fin de que le despertase la luz del alba, vio el resplandor a occidente.

—¡Cáspita! —exclamó—. ¿Qué es eso? ¡Oye, Daisy! —agregó, llamando a su hermana—. Ven aquí a echar una ojeada. Hay un resplandor muy raro en un punto del pueblo.

Daisy acudió al dormitorio en camisón, y mirando por la ventana, declaró:

—¡Es un incendio! Parece muy grande, ¿verdad? ¿Dónde será? ¿Crees que se habrá prendido fuego en alguna casa?

—Lo mejor será que vayamos a ver qué sucede —propuso Larry, con excitación—. Volvamos a vestirnos. Papá y mamá han salido y no se enterarán de nada. Vamos, date prisa.

Larry y Daisy se vistieron rápidamente y, tras descender por la escalera, salieron al oscuro jardín. Mientras recorrían la calle y pasaban por delante de otra casa, percibieron un precipitado rumor de pasos procedentes de la calzada para coches.

—¡Apuesto a que es Pip! —exclamó Larry, encarando su linterna en dirección a dicha calzada.

La luz dio de lleno en un muchacho más o menos de su edad acompañando de una niña de unos ocho años.

—¡Hola, Bets! —gritó Daisy, sorprendida—. ¿Tú también vienes? ¡Creí que todavía estarías en el mejor de los sueños!

—¡Oye, Larry! —dijo Pip—. ¿Es un incendio, verdad? ¿En qué casa será? ¿Crees que habrán avisado a los bomberos?

—¡Antes de que éstos acudan del pueblo vecino, la casa se habrá convertido en un montón de ruinas humeantes! —prosiguió Larry —. ¡Vamos, en marcha! Parece que el incendio es en la Haycock Lane.

Los cuatro chicos echaron a correr. Otros vecinos del pueblo habían visto también el resplandor y acudían, presurosos al lugar. Resultaba todo muy emocionante.

—Es la casa del señor Hick —dijo un hombre—. Apuesto cualquier cosa a que es allí.

Cuando la comitiva llegó al final de la calle, el resplandor se intensificó, cobrando rápidamente más altura y brillantez.

—¡No es la casa! —profirió Larry—. Es la villa donde trabaja, la que está en el jardín, convertida en estudio. ¡Atiza! ¡A este paso, no quedará nada!

Efectivamente, era un edificio viejo, en su mayor parte de madera y barda, y la seca paja del tejado ardía a más y mejor.

El señor Goon, el policía del pueblo, hallábase allí, dirigiendo las operaciones de los hombres que habían acudido a apagar el fuego. Al ver a los niños, les gritó:

—¡Eh, vosotros! ¡Fuera de aquí!

—Es una eterna canción —refunfuñó Bets—. Jamás le he oído decir otra cosa a los niños.

De nada servía echar cubos de agua a las llamas. El policía reclamó a gritos la presencia del chófer.

—¿Dónde está el señor Thomas? Díganle que saque la manguera que utiliza para limpiar el coche.

—El señor Thomas ha ido a buscar al señor —repuso una voz femenina—. Ha ido a la estación a esperar el tren de Londres.

La que así se expresaba era la señora Minns, la cocinera. Tratábase de una mujer gruesa, de aspecto agradable, muy alarmada a la sazón, que procedía a llenar cubos de agua en un grifo, con manos temblorosas.

—Es inútil —comentó un vecino—. Este fuego no se apagará. Se

ha apoderado demasiado del lugar.

—Alguien ha telefoneado a los bomberos —dijo otro hombre—. Pero, cuando lleguen aquí, será inútil, habrá ardido todo ya.

—De todos modos, no hay peligro de que se incendie la casa —murmuró el policía—. Afortunadamente, el viento sopla en dirección contraria. ¡Valiente susto va a llevarse el señor Hick cuando regrese!

Los cuatro chicos lo contemplaban todo con excitación.

—Es una pena ver esa casita tan linda en llamas —suspiró Larry—. Ojalá nos permitiesen hacer algo: echar agua, por ejemplo.

Un muchacho de estatura similar a la de Larry llegó corriendo con un cubo de agua, pero, al intentar arrojarlo hacia las llamas erró la puntería, y vertió parte del líquido sobre Larry. Éste le gritó:

—¡Eh, tú! ¡No me mojes! ¡Mira lo que haces, chico!

—Lo siento, amigo —se disculpó el muchacho, con una rara y pausada voz.

Las saltarinas llamas iluminaban perfectamente todo el jardín. Bajo su resplandor, Larry observó que su interlocutor era un chico gordinflón, muy bien vestido y, al parecer, sumamente satisfecho de sí mismo.

—Es el muchacho que se aloja con sus padres en la fonda de enfrente —cuchicheó Pip a Larry—. Es un chaval horrible. Se figura saberlo todo y dispone de tanto dinero para sus gastos que no sabe qué hacer con él.

Al verle con el cubo, el policía vociferó:

—¡Eh, tú! ¡Lárgate de aquí! No queremos niños por medio.

—Yo no soy ningún niño —protestó el muchacho, indignado—. ¿No ve usted que intento ayudarles?

—¡He dicho que te largues! —repitió el señor Goon.

De improviso, apareció un perro que se puso a ladrar desaforadamente en torno a los tobillos del policía. El señor Goon le propinó un puntapié, con expresión airada.



—¿Es tuyo este perro? —preguntó al muchacho—. ¡Llévatelo de aquí!

Pero el chico fue a por otro cubo de agua, sin hacer caso. Entretanto, el perro se divertía de lo lindo correteando alrededor de los tobillos del señor Goon.

—¡Lárgate! —rugió el policía, propinando otra patada al can.

Larry y sus compañeros se rieron por lo bajo. El perrito era precioso, un «scottie» negro, muy ágil sobre sus cortas patas.

—Pertenece a ese chaval —exclamó Pip—. Es un perro fantástico, siempre con muchas ganas de jugar. Ojalá fuese mío.

Una lluvia de chispas flotó en el aire, al tiempo que se derrumbaba parte del tejado. Sobrevino un espantoso olor a humo y a quemado. Los niños retrocedieron unos pasos.

Casi sin transición, se percibió el rumor de un automóvil procedente del extremo de la calle.

—¡Ahí está el señor Hick! —gritó alguien.

El coche se detuvo en la calzada junto a la casa. Al punto, se apeó un hombre que se precipitó a la villa en llamas, a través del jardín.

—Siento comunicarle, señor Hick, que su estudio está casi destruido —declaró el policía—. Hemos hecho lo posible por salvarlo, pero el fuego se había apoderado demasiado del lugar. ¿Tiene usted idea de las causas del incendio, señor?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? —replicó el señor Hick, impacientándose—. Acabo de llegar en el tren de Londres. ¿Por qué no han avisado ustedes a los bomberos?

—Ya sabe usted que la bomba de incendios está en el pueblo vecino, señor —disculpóse el señor Goon—. Cuando advertimos que había fuego, las llamas asomaban ya por el tejado. ¿Recuerda usted haber visto fuego en la parrilla del hogar esta mañana, señor?

—Sí —afirmó el señor Hick—. A primera hora, estuve trabajando ahí, tras conservar el fuego encendido toda la noche. Como se trataba de leña, supongo que, a mi marcha, saltó una chispa y prendió en alguna parte. Es posible que el fuego haya estado latente toda la tarde sin que nadie lo advirtiese. ¿Dónde está ahora la señora Minns, mi cocinera?

—Aquí, señor —balbuceó la pobre señora Minns, con toda su rolliza persona presa de una especie de temblor—. ¡Qué desgracia más terrible, señor! Como a usted no le gustaba que me metiese en su villa de trabajo, no es posible que hubiese visto que se prendía fuego.

—La puerta estaba cerrada con llave —explicó el policía—. Intenté abrirla antes de que las llamas cercasen el edificio. Bien,

señor. Eso es el fin de su villa.

Con un tremendo estrépito, se desplomaron las paredes de madera. Las llamas se elevaron a gran altura, y todos retrocedieron para librarse de la intensa irradiación del calor.

De improviso, el señor Hick semejó perder el juicio. Asiendo del brazo al policía, le sacudió violentamente, al tiempo que exclamaba con voz temblorosa:

—¡Mis papeles! ¡Mis preciosos y viejos documentos! ¡Están ahí dentro! ¡Vayan por ellos, sáquenlos de ahí!

—Por favor, señor, sea razonable —aconsejó el señor Goon, contemplando aquella especie de horno que se extendía a poca distancia de él—. Es imposible salvar nada en absoluto; nadie ha podido acercarse al fuego.

—¡Mis papeles! —vociferó el señor Hick, haciendo ademán de dirigirse al estudio en llamas.

Dos o tres personas obligáronle a retroceder.

—Vamos, señor —rogó el policía, ansiosamente—. No cometa usted ninguna imprudencia. ¿Eran muy valiosos esos papeles?

—¡Insustituibles! —gimió el señor Hick—. ¡Valían millones de libras!

—Supongo que los tenía usted asegurados, señor —intervino un hombre que andaba por allí cerca.

—Sí…, sí —gruñó el señor Hick, volviéndose a él, con un brusco ademán—. Están asegurados: pero el dinero jamás me resarcirá de su pérdida.

Como Bets ignoraba en qué consistía un seguro. Larry procedió a explicárselo en dos palabras.

—Si tienes algo valioso y temes que te lo roben o desaparezca en un incendio, pagas una pequeña cantidad anual a una compañía de seguros, que en caso de pérdida, te pagará todo su valor.

—Ya comprendo —murmuró Bets, mirando atentamente al señor Hick.

Éste seguía dando la impresión de estar muy trastornado. Bets se dijo que parecía un hombre muy raro.

Era un tipo alto y encorvado, con un copete de cabello levantado sobre la frente, la nariz larga y los ojos provistos de unas gafas. A Bets no le resultó simpático.

—Despeje a toda esta gente —ordenó el señor Hick mirando a los vecinos y a los niños—. No quiero que anden por mi jardín toda la noche. Ya no hay nada que hacer.

—Descuide, señor —accedió el señor Goon, encantado de poder «echar» a toda la gente de una vez.

Y, dirigiéndose al lugar donde permanecían los curiosos, les gritó:

—Vamos, despejen. Ya no hay nada que hacer aquí. Marchaos, chicos. Y ustedes también, señores.

Las llamas de la villa habían cedido mucho por entonces. El fuego se consumiría por sí mismo, y la cosa quedaría zanjada. Súbitamente, los niños sintieron sueño, de resultas de su excitación. Para colmo, les escocían los ojos con el humo.

—¡Uf! —refunfuñó Larry contrariado—. Todas mis prendas huelen a humo. Vamos, regresemos a casa. ¿Habrán vuelto ya papá y mamá?

Larry y Daisy remontaron la calle en compañía de Pip y Bets. Detrás de ellos, silbando alegremente, caminaba el chico gordo con el perro. Apenas les dio alcance, comentó:

—¿Ha sido muy emocionante, verdad? ¡Menos mal que no ha habido desgracias personales! Escuchadme, ¿qué os parece si nos reuniésemos mañana para jugar y pasar el rato? Estoy siempre en el hotel frente al jardín del señor Hick. Mis padres se pasan el día jugando al golf.

—De acuerdo… —murmuró Larry, a quien no acababa de satisfacer el aspecto del muchacho—. Si andas por aquí, ya pasaremos a recogerte.

—¡Está bien! —asintió el chico—. ¡Vamos, «Buster»! ¡Ya es hora de regresar a casa, amigo!

El pequeño «scottie», hasta entonces en plan de dar vueltas alrededor de las piernas de los muchachos, precipitóse a su dueño. Ambos desaparecieron en la oscuridad.

—¡Presumido gordinflón! —exclamó Daisy, refiriéndose al desconocido—. ¿Qué le hace suponer que deseamos conocerle? Propongo que mañana nos reunamos todos en la calzada de tu casa, Pip, para ir a ver lo que queda de la villa, ¿te parece bien?

—Me parece magnífico —accedió Pip, entrando en la senda de

acceso a su casa, con Bets—. ¡Vamos, Bets! ¡Aseguraría que estás casi dormida!

Larry y Daisy prosiguieron la ascensión de la calle, en dirección a su casa. Ambos bostezaban, soñolientos.

—¡Pobre señor Hick! —comentó Daisy—. ¡Estaba muy trastornado por sus viejos papeles!

Capítulo II

Los cinco pesquisidores… y el perro

Al día siguiente, Larry y Daisy fueron a ver si Pip y Bets andaban por los alrededores. A poco, al comprobar que estaban jugando en el jardín, les gritaron:

—¡Pip! ¡Bets! ¡Estamos aquí!

Pip apareció, seguido de la pequeña Bets, mucho más bajita que su hermano y, en aquel momento, jadeante bajo los efectos del ejercicio.

—¿Habéis visto la villa quemada, esta mañana? —inquirió Larry.

—Sí —respondió Pip, excitado—. ¿Y sabéis qué rumores corren? Que alguien la incendió adrede, y que, por tanto, no fue ningún accidente.

—¿«Adrede»? —corearon Larry y Daisy, los dos a una—. ¿Es posible que alguien cometiese una fechoría como ésa?

—Yo no sé nada —repuso Pip—. Me limito a repetir una conversación sorprendida al azar. Decían que los de la compañía de seguros han acudido ya al lugar del incendio, y que un perito de incendios que llevaban consigo declaró que utilizaron gasolina para pegar fuego a la casa. Por lo visto, disponen de algún medio para averiguar esos detalles.

—¡Cáspita! —exclamó Larry—. ¿Pero quién lo hizo? Me figuro que alguien que no simpatiza con el señor Hick.

—En efecto —asintió Pip—. Apuesto a que, a estas horas, el viejo Ahuyentador no cabe en sí de excitación ante la perspectiva de indagar un auténtico delito. Pero el pobre es tan estúpido que, a buen seguro, jamás descubrirá nada.

—Mirad —intervino Bets, señalando al pequeño «scottie» negro que, en aquel momento entraba en el jardín—. Ahí está ese perro otra vez.

El animal permanecía inmóvil, sobre sus robustas patas, con las orejas tiesas, mirando a los chicos, como diciendo: «¿Os importa que esté aquí?».

—¡Hola, «Buster»! —profirió Larry, inclinándose a darse palmaditas en las rodillas para atraer al perro hacia sí—. Eres un perro muy bonito. Me gustaría ser tu dueño. Daisy y yo jamás hemos tenido ningún perro.

—Ni yo tampoco —murmuró Pip—. ¡Ven acá, «Buster»! ¿Quieres un hueso, «Buster», o prefieres una galleta?

—¡Guau! —ladró «Buster», con una voz inusitadamente grave en un perro tan pequeño.

—Debes traerle un hueso «y» una galleta —aconsejó Bets—. Ese chucho demuestra tener mucha confianza en ti, Pip. Anda, ve a buscárselos.

Pip se alejó, con el rechoncho perrito trotando a su lado, confiadamente.

No tardaron en reaparecer. «Buster», depositando en el suelo el hueso y la enorme galleta que llevaba en la boca, miró a Pip interrogativamente.

—Sí, amiguito, son para ti —dijo Pip—. ¡Qué poco ansioso es este perro! ¡Parece que pide permiso para comer!

«Buster» masticó el hueso y luego se tragó la galleta.

Seguidamente, loco de alegría, empezó a hacer cabriolas alrededor de los niños, instándoles a perseguirle. Todos estaban de acuerdo en que era un perrito encantador.

—Es una lástima que tenga por dueño a ese estúpido gordinflón con la exacta forma de salchicha sebosa —gruñó Larry.

Todos acogieron el comentario con risas. Efectivamente: el joven dueño del perro parecía una gruesa salchicha. Justamente en el momento en que prodigaban sus risitas ahogadas, percibieron un rumor de pasos seguidos de la aparición del amo de «Buster».

—¡Hola! —saludóles el recién llegado, reuniéndose con ellos—. Me ha parecido oír que jugabais con «Buster». ¡«Buster»! ¿Qué son esas corridas? ¡Ven acá, caballerete!

«Buster» acercóse a él, brincando con deleite. Saltaba a la vista que adoraba al rollizo muchacho a quien tenía por dueño.

—¿Os habéis enterado de las últimas noticias? —preguntó el chico, acariciando a «Buster»—. Al parecer, alguien incendió el estudio aposta.

—Sí —asintió Larry—. Así nos ha dicho Pip. ¿Tú lo crees?

—¡A pies juntillas! —afirmó el muchacho—. En realidad lo sospeché antes que nadie.

—¡Embustero! —exclamó Larry al punto, adivinando por el presuntuoso tono de la voz del chico que no decía la verdad.

—Verás —apresuróse a rectificar el gordito—. Como me hospedo en el hotel frente al jardín del señor Hick…, anoche tuve ocasión de ver a un vagabundo merodeando por los alrededores. ¡Apostaría cualquier cosa a que fue él!

Los otros le miraron, asombrados.

—¿Y por qué había de hacerlo? —inquirió Pip, al fin—. Los vagabundos no entran en las casas a verter gasolina sobre los muebles para incendiarlos por puro pasatiempo.

—Bien —repuso el muchacho con aire de entregarse a una profunda meditación—. A lo mejor, ese vagabundo estaba resentido con el señor Hick. Sería muy posible. El señor Hick no tiene fama de ser muy bondadoso. No me sorprendería que, por la mañana, hubiese echado a puntapiés al viejo vagabundo, o algo por el estilo.

Los demás reflexionaron sobre ello. Por fin, Pip propuso con visible excitación:

—Vamos a discutir «este» asunto a la glorieta. Esto tiene todo el cariz de ser un misterio, y sería formidable que nosotros pudiésemos contribuir a desentrañarlo.

El gordito entró también en la glorieta, con «Buster», sin previa invitación. «Buster» trepó por las rodillas de Larry, con gran contento por parte del muchacho.

—¿A qué hora viste al vagabundo? —interrogó Pip.

—A eso de las seis —respondió el chico—. Era un viejo mugriento, con un impermeable raído y un sombrero del año de Maricastaña. Andaba acechando por el seto. «Buster» también le vio y acercóse a él, ladrando.

—¿Te fijaste si llevaba una lata de gasolina en la mano? —

inquirió Larry.

—No, no llevaba ninguna lata —replicó el gordito—. Empuñaba una especie de bastón. Eso es todo.

—¡Escucha! —exclamó Daisy, súbitamente—. ¡Escuchad! ¡Se me ocurre una idea!

Todos la miraron. Daisy tenía especialidad en proponer ideas, a menudo luminosas.

—¿De qué idea se trata esta vez? —preguntó Larry.

—¡Seremos detectives! —decidió Daisy—. Emprenderemos la tarea de averiguar «Quién incendió la villa».

—¿Qué es un detective? —inquirió la chiquilla Bets, de sólo ocho añitos de edad.

—Una persona que indaga un misterio —explicó Larry—. Alguien que descubre al autor de un delito.

—¡Ah, ya! —exclamó Bets—. ¡Un pesquisidor! Me encantaría ser uno de ellos. Estoy segura de que yo haría una indagación excelente.

—No, eres demasiado pequeña —repuso Pip.

Poco faltó para que Bets se echase a llorar.

—Nosotros tres —declaró Larry con expresión radiante—, esto es, Pip, Daisy y yo, seremos unos magníficos detectives, ¡los Tres Grandes Detectives!

—Y a mí, ¿no me queréis? —apresuróse a protestar el gordito—. Tengo mucho talento.

Los otros le miraron dudosamente. Aquel talento no se traslucía en absoluto a su rostro.

—Ni siquiera te conocemos —replicó Larry.

—Me llamo Frederick Algernon Trotteville —presentóse el muchacho—. ¿Y vosotros?

—Yo me llamo Laurence Daykin —dijo Larry—, y tengo trece años.

—Yo, Margaret Daykin —declaró Daisy—, y cuento doce años.

—Yo, Philip Hilton, de doce años, y ésta es Elizabeth, mi hermanita menor —replicó Pip.

El chico les miró con asombro.

—¿De modo que ninguno de vosotros conserva su verdadero nombre? —murmuró al fin—. En lugar de Laurence, Larry; en lugar

de Philip, Pip; Daisy por Margaret y Bets por Elizabeth. En cambio, a mí me llaman siempre Frederick.

Por algún motivo, el detalle se les antojó curioso a los demás. El chico hablaba arrastrando las palabras, con una voz afectada, y, en cierto modo, el nombre de Frederick Algernon Trotteville le cuadraba a maravilla.

De improviso, Pip dijo con una sonrisa:

—Una F por Frederick; una A por Algernon, y una T por Trotteville, que, unidas, forman la palabra FAT, esto es «gordo». Conste que la denominación te va que ni pintada.

Al principio, Frederick Algernon Trotteville pareció algo enojado. Pero, después, esbozando una sonrisa burlona, reconoció:

—Sí, «soy» bastante gordo. Tengo un apetito de espanto y me parece que como demasiado.

—Tus padres deberían haber evitado ponerte tres nombres cuyas iniciales forman la palabra FAT —comentó Daisy—. ¡Pobre amigo Fatty!

Frederick Algernon exhaló un profundo suspiro. Sabía perfectamente que, en adelante, sería Fatty para sus nuevos amigos. En el colegio le llamaban Tonel y Salchicha, y ahora mientras durasen las vacaciones, se convertiría en Fatty.

—¿Me dejáis pertenecer al club de pesquisidores? —inquirió, contemplando fijamente al pequeño grupo de sus cuatro amigos—. Al fin y al cabo, os he contado lo del vagabundo.

—Esto no es ningún club —corrigió Larry—. Nos hemos limitado a asociarnos tres chicos mayores para desentrañar un misterio.

—¡Y yo también! —lamentóse Bets—. ¡Os aseguro que no estorbaré! ¡No me dejéis fuera!

—Tiene razón —terció Fatty, inesperadamente—. No la excluyáis. Es muy pequeña, pero podría resultar de utilidad. Y opino que «Buster» también debe pertenecer a la asociación. Podría prestar inapreciables servicios husmeando cosas ocultas.

—¿Qué cosas? —interrogó Larry.

—No lo sé —murmuró Fatty vagamente—. Nunca sabe uno qué encontrará cuando se embarca en la aclaración de un misterio.

—¡Por favor! —suplicó Bets—. ¡Dejadnos intervenir a todos! ¡A mí, a Fatty y a «Buster»!

Presa de excitación, «Buster» se puso a gruñir quedamente, tocando a Larry con su negra patita.

Los tres mayores sintiéronse mucho más inclinados a aceptar la colaboración de Fatty, ante la perspectiva de que «Buster» entrase también a formar parte del grupo. Con tal de contar con el perrito, resignáronse a tolerar al rechoncho, presumido y estúpido Fatty. «Buster» podría ser una especie de sabueso. Todos estaban convencidos de que los verdaderos detectives, especializados en aclarar toda clase de misterios, debían tener un sabueso.

—De acuerdo —convino Larry—. Quedamos en que todos pertenecemos al grupo destinado a desentrañar el Misterio de la Villa Quemada.

—Seremos los Cinco Pesquisidores y el perro —declaró Bets.

Todos se rieron.

—¡Qué nombre más cursi! —comentó Larry.

Con todo, prevaleció, y durante el resto de aquellas vacaciones y mucho tiempo después, los Cinco Pesquisidores y el perro echaron constantemente mano de aquel nombre para denominarse a sí mismos.

—Yo estoy muy enterado de todo lo relativo a policías y detectives —manifestó Fatty—. Por tanto, opino que podría ser vuestro jefe.

—No, nada de eso —repuso Larry—. Apuesto cualquier cosa a que no sabes más que nosotros. ¡No te figures que somos tan estúpidos como para no darnos cuenta de la excelente opinión que tienes de ti mismo! Por eso te aconsejo que ahora mismo te hagas a la idea de que no nos tragaremos la mitad de los embustes que nos cuentes. En cuanto a lo del jefe…, todo el mundo presente sabe que no hay más jefe que yo.

—Ni más ni menos —convino Pip—. Larry es muy listo. Por consiguiente, debe ser el cabecilla de los intrépidos Cinco Pesquisidores.

—De acuerdo —accedió Fatty, ásperamente—. Comprendo que sois cuatro contra uno. ¡Sopla! ¿Ya son las doce y media? Debo irme.

—Nos reuniremos aquí esta tarde, a las dos en punto —anunció Larry—. ¡Discutiremos la cuestión del hallazgo de las pistas!

—¡Pedazo de alcornoque! —refunfuñó Pip—. ¡Ya estoy viendo que sólo vas a servir para enredar!

Capítulo III

La primera reunión

A las dos en punto, los Cinco Pesquisidores y el perro se reunieron en el espacioso jardín de Pip. Éste les aguardaba y, apenas llegaron, les condujo a la vieja glorieta.

—Lo mejor será que la convirtamos en nuestro cuartel general —repuso el muchacho—. Supongo que necesitaremos reunimos para discutir ciertos detalles. Éste es un lugar muy propio para ello, pues se halla al fondo del jardín y no es fácil que nadie sorprenda nuestras conversaciones.

Todos tomaron asiento en el banco de madera dispuesto alrededor de la vieja glorieta. «Buster» saltó a las rodillas de Larry, con gran contento del interesado. A Fatty no pareció importarle.

—Ahora —empezó Larry—, puesto que soy vuestro jefe será mejor que ponga en marcha el asunto. Primero, expondré lo que todos nosotros sabemos, y, después, discutiremos el camino a tomar.

—Todo esto me parece emocionante —comentó Bets, entusiasmada de contarse entre los mayores.

—No interrumpas, Bets —ordenó Pip.

La niña adoptó una expresión grave, permaneciendo inmóvil y erguida.

—Bien —prosiguió Larry—, todos sabemos que la villa estudio del señor Hick, sita en un extremo de su jardín, ardió por completo anoche. El señor Hick no se presentó hasta la última hora, pues su chófer había acudido a aguardar su llegada al tren de Londres. La compañía de seguros afirma que, para prender fuego, alguien utilizó gasolina, de lo cual se deduce que la cosa fue hecha aposta. Los

Pesquisidores han resuelto descubrir al autor de ese delito. ¿De acuerdo?

—Completamente de acuerdo —convino Pip, al punto.

«Buster» meneó el rabo con fuerza, y Fatty abriendo la boca, empezó a hablar con su aguda y afectada voz.

—Sugiero que lo primero que debemos hacer es…

Pero Larry le interrumpió al punto con estas palabras:

—¡Cállate, Fatty! Aquí el que lleva la voz cantante soy yo.

Fatty obedeció a regañadientes. Adoptando una expresión fastidiosa, se entretuvo en hacer sonar las monedas que llevaba en el bolsillo.

—Para descubrir al autor del hecho, lo primero que debemos hacer es averiguar quién anduvo por las inmediaciones del estudio o por el jardín aquella tarde —propuso Larry—. Fatty nos ha dicho que vio a un vagabundo. Por tanto, debemos hallar a ese vagabundo y tratar de descubrir si tuvo algo que ver con el incendio. Además, nos queda la señora Minns, la cocinera. Es preciso que indaguemos también algo acerca de ella.

—¿No sería conveniente que averiguásemos si alguien guarda rencor por algo al señor Hick? —intervino Daisy—. La gente no se entretiene quemando casas por puro pasatiempo. A lo mejor, alguien lo hizo para vengarse del señor Hick por alguna ofensa, ¿no te parece?

—Tu idea es muy acertada, Daisy —celebró Larry—. En efecto, una de las primeras cosas que tendremos que descubrir es quién estaba resentido con el señor Hick.

—Aseguraría que, al menos, había un centenar de personas en esas condiciones —gruñó Pip—. Nuestro jardinero dice que tiene muy mal genio y que nadie simpatiza con él.

—No obstante, si pudiésemos averiguar si ayer por la tarde anduvo por el jardín alguno de esos resentidos, daríamos en seguida con nuestro hombre —coligió Larry.

—Además, debemos hallar pistas —intervino Fatty, incapaz de permanecer callado por más tiempo.

—¿«Pastas»? —repitió Bets, gozosamente, recreándose en el son de aquella palabra—. ¿«Qué pastas»?

—No cabe duda que eres una chiquilla, Bets —masculló Pip—.

No son «pastas», sino pistas.

—¿Y qué son pistas? —inquirió la niña.

—Pistas son cosas que nos ayudarán a averiguar lo que queremos saber —explicó Larry—. Por ejemplo, en una novela de detectives que leí el otro día, un ladrón echó una colilla en la tienda que estaba desvalijando, y, cuando la policía la recogió, se encontró que pertenecía a una extraña clase de cigarrillos. Inmediatamente, intentaron descubrir quién los fumaba y a poco dieron con el ladrón. De modo que la colilla fue una pista.

—Comprendo —musitó Bets—. Encontraré montones de «pastas»…, quiero decir pistas. Me encantará ese trabajo.

—Debemos mantener los ojos y los oídos bien abiertos para descubrir pistas de todas clases —aconsejó Larry—. Por ejemplo, podríamos buscar huellas de pisadas. ¿Sabéis a qué me refiero? A las estampadas en la tierra por el criminal, a su paso hacia la villa.

Fatty rióse, desdeñosamente. Los otros le miraron, sorprendidos.

—¿A qué viene esa estúpida risa? —preguntó Larry, idamente.

—¡Oh, no es nada de particular! —contestó Fatty—. Simplemente que me han dado ganas de reír al imaginaros a todos buscando huellas de pasos en el jardín del señor Hick. No creo que bajen de un millón, teniendo en cuenta la cantidad de gente que estuvo contemplando el incendio anoche.

Larry se puso como la grana. Pese a que miró la redonda cara de Fatty con expresión incendiaria, el gordito limitóse a sonreír.

—Es posible que el hombre que pegó fuego a la villa hubiese permanecido escondido en el seto o en algún otro punto, en espera de una ocasión propicia —sugirió Larry—. Anoche, nadie anduvo por el seto. Cabe la posibilidad de que encontremos esas huellas allí, ¿no os parece? Por ejemplo en una zanja, donde siempre hay barro.

—Sí, no lo niego —asintió Fatty—. ¡Pero es inútil buscar huellas que conduzcan a la villa! Encontraríamos las mías, las tuyas, las del viejo Ahuyentador y las de un centenar de personas más.

—Propongo que ninguno de nosotros permita que el Ahuyentador se entere de que nos dedicamos a desentrañar el misterio —declaró Pip.

—¡Lo considera «su» misterio! —exclamó Daisy—. Está como un

chico con zapatos nuevos porque, por fin, se enfrenta con un verdadero delito por resolver.

—Está bien —convino Larry—. Procuraremos mantenernos a distancia del Ahuyentador. ¡La cara de bobo que pondrá cuando le digamos quién fue el autor de la fechoría! Porque estoy seguro de que lo averiguaremos, si trabajamos todos en dilucidarlo.

—¿Qué haremos primero? —preguntó Pip, que ardía en deseos de actuar.

—Ante todo, buscar pistas —decidió Larry—. Debemos averiguar más detalles acerca del vagabundo de la gabardina raída y el viejo sombrero sorprendido por Fatty. Además, tenemos que descubrir si alguna persona está resentida con el señor Hick y si alguien tuvo ocasión de entrar ayer en el estudio para incendiarlo.

—No sería mala idea hablar con la señora Minns, la cocinera —propuso Daisy—. Caso que alguien hubiese ido por allí ayer, a buen seguro ella lo sabría. ¿No tiene el señor Hick otro criado además de un chófer?

—Sí, tiene un ayuda de cámara pero ignoro su nombre —respondió Larry—. Procuraremos también indagar algo acerca de él. ¡Caracoles! ¡Pues no tenemos poco quehacer tan sólo empezar!

—Primero, vamos todos en busca de «pastas» —intervino Bets, que estaba convencida de que encontraría toda clase de cosas alrededor de la villa quemada, reveladoras de la identidad del malhechor.

—De acuerdo —accedió Larry, deseoso como nadie de buscar las ansiadas pistas—. Ahora, escuchad: es posible que nos echen si alguien nos sorprende curioseando en el jardín del señor Hick. Por si las moscas, dejaré caer un chelín en algún sitio y, si nos interpelan, diré que he perdido un chelín para que se figuren que lo estamos buscando. Y no diré ninguna mentira, porque, en efecto, ¡«habré» perdido un chelín!

—Magnífico —exclamó Pip, poniéndose en pie—. Vamos. Manos a la obra. Y, después de esto, soy del parecer que uno de nosotros se acerque a interrogar a la señora Minns. Apuesto a que le encantará charlar del asunto. Es posible que, a través de ella, nos enteremos de una porción de cosas.

«Buster» saltó de las rodillas de Larry, meneando el rabo.

—¡Aseguraría que este perro lo ha entendido todo! —comentó Bets—. ¡Tiene tantos deseos de buscar «pastas» como nosotros!

—¡Tú y tus «pastas»! —profirió Larry, riendo—. ¡Vamos, Cinco Pesquisidores! ¡Todo esto va a resultar muy emocionante!

Capítulo IV

Pistas… y reprimendas del Ahuyentador

Los cinco chicos y «Buster» descendieron por la calzada en dirección a la calle. Tras pasar ante la casa del señor Hick prosiguieron la marcha por la tortuosa calleja hasta el lugar donde se hallaba la villa quemada. Un diminuto portillo de madera daba acceso a un sendero cubierto de hierba que conducía a la villa. Los niños proyectaban recorrerlo con la esperanza de que, una vez dentro, nadie les vería.

La atmósfera olía aún intensamente a humo y a quemado. Era un apacible día primaveral, muy cálido y soleado. Por todas partes se veían doradas masas de celidonias.

Los muchachos abrieron el portillo de madera y echaron a andar por el herboso sendero. Allí estaba lo que quedaba del estudio: un negro montón de ruinas. En otro tiempo, había sido una pequeña villa de dos habitaciones, convertidas en una sola, espaciosa y confortable, cuando el señor Hick ordenó el derribo del tabique de separación de ambos aposentos con objeto de transformar la casa en estudio.

—Ahora —cuchicheó Larry—, es cuestión de explorar estos alrededores para ver si encontramos algo de utilidad.

Con todo, saltaba a la vista que era inútil intentar aquella búsqueda en un lugar que había estado tan abarrotado de curiosos la noche anterior. El jardín presentaba un verdadero laberinto de huellas de pisadas por doquier. Los chicos se separaron, y, muy solemnemente, procedieron a explorar el herboso sendero hasta la villa y los altos setos que sobresalían de las zanjas al fondo del jardín bastante descuidado.

«Buster» buscaba también, pero, convencido de que los muchachos iban en pos de algún conejo, husmeaba todas las madrigueras y escarbaba la tierra con fuerza, en espera de encontrar alguno. Siempre se le había antojado una pena que los conejos no hiciesen sus madrigueras lo suficientemente grandes para dar cabida a un perro. ¡Qué fácil resultaría entonces atrapar a un gazapo fugitivo!

—Fijaos con qué interés se dedica «Buster» a buscar pistas —observó Pip, con un cloqueo.

Los chicos seguían tratando de encontrar huellas de pasos. Pero, en el sendero, cubierto de cenizas, no se veía ninguna. Tampoco las hallaron entre las celidonias que crecían a centenares junto al sendero.

A todo esto Pip, que andaba buscando por una zanja sobre la cual se elevaba un desmayado seto de zarzas y rosales salvajes, encontró algo.

—¡Venid aquí! —susurró a los demás, con excitación—. ¡Mirad qué he encontrado!

Inmediatamente, se agolparon todos a su alrededor, con inclusión de «Buster», que husmeaba sin cesar.

—¿Qué es? —inquirió Larry.

Pip señaló la lodosa zanja. Las ortigas que crecían en ella hallábanse pisoteadas. Saltaba a la vista que alguien había permanecido allí, en aquella zanja. ¡Y el único móvil que podía inducir a una persona a postrarse entre las ortigas de una zanja llena de barro era el deseo de esconderse!

—¡Pero eso no es todo! —declaró Pip, excitado—. ¡Fijaos! ¡Por aquí entró y salió esa persona!

Al tiempo que hablaba, Pip señaló el seto que se alzaba detrás. Sus compañeros advirtieron la presencia de una especie de claro, con ramitas rotas y torcidas que indicaban claramente que alguien habíase abierto paso por allí para entrar y salir.

—¡Cielos! —exclamó Daisy, abriendo unos ojos como naranjas—. ¿Es esto una pista, Larry?

—¡Una pista fantástica! —afirmó Larry, complacido—. ¿Has visto alguna huella, Pip?

—Al parecer, el hombre que se escondió aquí procuró andar

sobre las ortigas todo el tiempo —repuso Pip, meneando la cabeza —. Mirad por dónde pasó. Fijaos en las ortigas chafadas, a lo largo de la zanja.

Cautamente, los chicos siguieron el rastro de las ortigas aplastadas. La zanja describía una curva hacia la parte posterior de la villa, pero, por desgracia, eran tantas las personas que habían hollado aquel lugar la noche anterior, que resultaba imposible captar ninguna huella y atribuirla al autor del desaguisado.

—De todos modos —intervino Fatty—, atended. Aunque nos resulte imposible encontrar en el jardín huellas pertenecientes al malhechor, podríamos hallar alguna al otro lado del seto. ¿Qué os parece si todos nosotros atravesásemos esa abertura por donde entró y salió el individuo para ver si descubrimos algo al otro lado?

Todos ellos se deslizaron a gatas por el claro. Fatty, que cerraba la marcha, descubrió algo a su paso. Era un pedazo de franela gris prendido en una espina.

Emitiendo un pequeño silbido, agarró a Larry, que le precedía en la marcha.

—El hombre se rasgó la americana al atravesar este claro —murmuró, señalando el fragmento de franela—. ¿Ves eso? ¡No cabe duda que «prosperamos»! ¡Ahora sabemos que el sujeto llevaba un traje de franela gris!

Cuidadosamente, Larry retiró el pedacito gris de la espina. Luego, lo metió en una caja de fósforos, algo apesadumbrado por no haber sido él su descubridor, en lugar de Fatty.

—¡Buena faena! —reconoció, a pesar de todo—. Sí, esto puede constituir una pista muy valiosa.

—¿Qué sucede? —preguntó Bets, con excitación—. ¿Que Fatty ha encontrado una «pasta»?

Todos se apiñaron alrededor de los chicos para ver el descubrimiento de Fatty. Abriendo la fosforera, Larry les mostró el pedacito de franela gris.

—¡Ahora sólo es cuestión de encontrar a un hombre con traje de franela rasgado en algún sitio! —coligió Daisy, ebria de satisfacción.

—Opino que somos mucho más listos que el Ahuyentador —comentó Pip.

—Habéis de saber que tengo unos ojos de lince —se jactó Fatty,

sintiéndose profundamente satisfecho de sí mismo—. ¡Yo soy el único que lo vi! No se puede negar que tengo talento.

—¡Cierra el pico de una vez! —ordenó Larry—. Lo viste por pura casualidad.

Al propio tiempo, guardó de nuevo el pedacito en su fosforera. Todos sentíanse un poquito nerviosos a consecuencia de lo que iba ocurriendo.

—Me encanta ser Pesquisidora —declaró Bets, dichosamente.

—No sé por qué —gruñó Pip—. Aún no has encontrado ni una mala cosa. Yo he descubierto el lugar, donde estuvo escondido el hombre, y Fatty ha hallado un pedacito de su chaqueta. ¡Pero «tú» no has encontrado nada!

Fue Larry el que descubrió la huella. La encontró por pura casualidad. La abertura del seto daba paso a un campo lleno de hierba, donde resultaba imposible ver ninguna marca. Pero, gracias a que el granjero había arrancado unas pocas matas de césped en un punto determinado, a un lado, cerca de la orilla, advertíase claramente la presencia de una pista.



—Me figuro que pertenece al granjero —sugirió Pip, cuando Larry se la mostró.

—No, la del granjero es aquélla —replicó Larry, señalando una gran pisada con clavos de herradura que aparecía a lo largo de la porción de tierra desprovista de hierba—. Esta otra es más pequeña. La del granjero es mucho mayor. ¿No lo ves? Es enorme. Creo que

ésta más pequeña «debe» de pertenecer al hombre que buscamos. Veamos si encontramos otra.

Los chicos prosiguieron sus pesquisas. Como, naturalmente, no se veía nada en la hierba, se limitaron a examinar la orilla del campo. Y allí, Daisy encontró tres o cuatro pisadas más, a ambos lados del portillo que conducía a una calle lindante con el campo.

—¿Son éstas las mismas huellas? —gritó sofocada la muchacha.

Los otros acudieron, corriendo. Todos las examinaron detenidamente. Por último, Larry dictaminó, con un cabezazo de asentimiento:

—Creo que sí. Fijaos: estos zapatos tienen suelas de goma con dibujos entrecruzados. Oye, Pip: ve a ver aquella otra huella para comprobar si el dibujo corresponde, ¿quieres?

Pip se precipitó a la porción de terreno de donde el granjero había arrancado la hierba. Sí: el dibujo entrelazado aparecía claramente marcado en la huella. ¡No cabía duda que se trataba del mismo zapato! —¡Sí!— vociferó. —¡Es la misma! Sus compañeros sintieron viva emoción. ¡La cosa iba viento en popa!

—Bien —dijo Larry, mirando el suelo de la calle—. Me temo que es inútil seguir explorando, porque la superficie de esta calle es dura y, por tanto, no presentará ninguna huella. Pero de todos modos hemos averiguado lo que deseábamos. Hemos averiguado que el hombre se escondió en el seto por algún motivo, y sabemos que lleva zapatos de determinada forma y tamaño, con suelas de goma de dibujos entrelazados. No está mal la faena efectuada en un solo día de trabajo, ¿verdad?

—Haré un dibujo de las huellas —decidió Fatty—. Tomaré la medida exacta y sacaré una copia exacta de las mismas. Después, sólo nos restará encontrar los zapatos, ¡y tendremos al hombre!

—Sabemos qué clase de zapatos y de traje llevaba —murmuró Larry, recordando el pedacito de tela gris guardado en su fosforera —. Apuesto cualquier cosa a que el viejo Ahuyentador no ha descubierto nada todavía.

—Creo que lo mejor que puedo hacer es volver al hotel a buscar un poco de papel para copiar las huellas —resolvió Fatty con aire importante—. Es una suerte saber dibujar tan bien. El último trimestre obtuve el primer premio de Arte Pictórico.

—¿De qué arte? —bromeó Larry—. ¿Del arte de fachendear o del arte de comer como un lobo?

—¡No intentes pasarte de listo! —protestó Fatty, que no podía soportar aquella clase de ironías.

—¡Pues conste que Larry es muy listo! —corroboró Daisy—. ¡Lo que ocurre es que no le gusta alardear de su talento como tú, Frederick Algernon Trotteville!

—Volvamos a la villa quemada a ver si descubrimos alguna otra pista —propuso Pip para evitar que se excitasen más los ánimos.

—Sí —convino Bets—. Yo soy la única que no he encontrado ninguna «pasta», y quiero inmediatamente probar fortuna.

La chiquilla parecía tan consternada por su fracaso, que Fatty apresuróse a consolarla con estas palabras:

—Tampoco «Buster» ha encontrado nada, a pesar de sus esfuerzos. No te preocupes, Bets. Estoy seguro de que pronto descubrirás algo maravilloso.

La pandilla volvió a deslizarse por el claro del seto. Fatty se dirigió al hotelito situado enfrente al jardín, en busca de papel y lápiz. Los demás se quedaron contemplando las ruinas de la villa.

—¿Qué estáis haciendo ahí? —profirió de pronto una áspera voz —. ¡Largaos!

—¡Caracoles! —cuchicheó Larry—. ¡Es el viejo Ahuyentador! ¡Vamos, buscad todos mi chelín!

Los cuatro chicos procedieron a explorar los alrededores, fingiendo buscar algo.

—¿Habéis oído lo que he dicho? —refunfuñó el policía—. ¿Qué estáis buscando?

—Mi chelín —explicó Larry.

—¡Ah! —exclamó el señor Goon—. Supongo, que lo perdiste anoche, cuando viniste a meter las narices aquí. No sé adonde llegarán los chicos de hoy en día. Se pasan el tiempo enredando y metiéndose en lo que no les importa. ¡Vamos, largaos de aquí de una vez!

—¡Aquí está mi chelín! —exclamó Larry, recogiendo la moneda que, a su llegada, había tenido buen cuidado de depositar junto a una mata de celidonias—. Está bien, señor Goon. Ya nos vamos. Ahora ya he encontrado mi chelín.

—En este caso, largo de aquí —repitió el policía, malhumorado—. Tengo mucho quehacer en este lugar y no quiero chicos entrometidos por medio.

—¿Está buscando «pastas»? —interrogó Bets.

Apenas formulada esta pregunta, la niña recibió un codazo tan fuerte de Pip, que estuvo a punto de perder el equilibrio.

Afortunadamente, el Ahuyentador no cayó en la cuenta de aquella observación y, empujando a los chiquillos a la calle, a través del portillo de madera, les gritó:

—¡Y no volváis a enredar por aquí!

—¡A enredar! —gruñó Larry, indignado, mientras se alejaban todos calle arriba—. Eso es todo cuanto ese cascarrabias se figura que hacen los niños: enredar. ¡Si supiera lo que hemos descubierto esta tarde, se quedaría patitieso!

—¿De veras? —murmuró Bets, interesada—. Me gustaría verle.

—¡Tú sí que por poco me dejas patitieso a mí cuando le has preguntado al viejo Ahuyentador si buscaba pistas! —espetó Pip, enojado—. ¡Menos mal que no se te ha ocurrido decirle, como me temía, que «nosotros» nos habíamos dedicado a buscarlas también con éxito arrollador! ¡Ése es el inconveniente de tener un crío como tú en nuestra asociación de Pesquisidores!

—«No» se me habría ocurrido decir ni una palabra de nuestros hallazgos —protestó Bets, casi llorosa—. ¡Fijaos! ¡Ahí viene Fatty! Será mejor que le advirtamos que el Ahuyentador anda por allí.

Los muchachos detuvieron a Fatty para prevenirle. En vista de las circunstancias, el gordito decidió llevar a cabo su tarea más tarde. Ni «Buster» ni él sentían la menor simpatía por el viejo Ahuyentador.

—Ya es hora de cenar —observó Larry, consultando su reloj de pulsera—. Mañana, a las diez de la mañana, nos reuniremos en la glorieta de Pip. Hoy hemos aprovechado magníficamente el día. Ahora consignaré por escrito todas nuestras pistas. ¡La cosa se está poniendo interesante!

Capítulo V

Fatty y Larry se enteran de unas pocas cosas

A las diez en punto de la mañana siguiente, los cinco niños y «Buster» reuniéronse de nuevo en la vieja glorieta. Fatty, adoptando una expresión presuntuosa, mostró a sus compañeros una enorme hoja de papel en la cual había dibujado, en tamaño natural, las huellas derecha e izquierda, con todas las marcas entrecruzadas de la suela de goma. Era realmente una buena faena.

Los demás lo contemplaron con admiración.

—¿No está mal, verdad? —aventuró Fatty, esponjándose, y, como de costumbre, produciendo una mala impresión en sus amigos por su jactancia—. ¡Ya os dije que sabía dibujar muy bien!

Larry, tocando con el codo a Pip, cuchicheóle al oído:

—Vamos, tomémosle un poco el pelo.

Pip sonrió, preguntándose qué propósitos abrigaba Larry. Éste tomó el dibujo y, contemplándolo solemnemente, comentó:

—Está muy bien, sólo que me parece que no has sacado la cola del todo exacta.

—Pues a mí las orejas tampoco me parecen muy acertadas —apresuróse a intervenir Pip—. Sobre todo, la derecha.

Desconcertado, Fatty miró su dibujo para cerciorarse de que era el de las huellas. Sí, en él figuraba una copia de las mismas. Entonces, ¿de qué estaban hablando Larry y Pip?

—Claro está —agregó Larry, mirando de nuevo el dibujo detenidamente, con la cabeza ladeada—, que, según dicen, las manos son los miembros más difíciles de dibujar. En resumidas

cuentas: que opino que Fatty debería aprender un poco más la técnica de dibujar manos.

Daisy trató de reprimir una risita. Por su parte, Bets contemplaba, aturdida, el dibujo, intentando descubrir la cola, las orejas y las manos a que tan extrañamente se referían Larry y Pip. Fatty se puso rojo de ira.

—Me figuro que volvéis a dároslas de graciosos —refunfuñó arrancando violentamente el dibujo de manos de Larry—. Sabéis perfectamente que esto es una copia de las huellas.

—¡Cáspita! —exclamó Pip en tono sorprendido—. ¿Conque es eso? ¡Claro! ¡Ahora lo veo! ¿Cómo es posible que las hayamos tomado por otra cosa, Larry?

Incapaz de contenerse por más tiempo, Daisy prorrumpió en risas. Fatty dobló el papel con expresión profundamente ofendida. «Buster» saltó a sus rodillas y se puso a lamerle la nariz.

Bets lo arregló todo con su acostumbrada y angelical sencillez.

—¡Bien! —dijo, sorprendida—. ¿Ha sido todo una broma, verdad, Larry? He mirado ese dibujo y he visto perfectamente que se trataba de una maravillosa copia de aquellas huellas que vimos ayer. Por eso no caía en la cuenta de lo que estabais diciendo tú y Pip. ¡Cuánto me gustaría saber dibujar como tú!

Fatty, que se había levantado con intención de marcharse, volvió a tomar asiento. Los demás sonrieron. No estaba bien hacer rabiar al pobre amigo Fatty. ¡Pero era tan presuntuoso!

—Por mi parte, he escrito unas pocas notas sobre lo de ayer —declaró Larry, sacándose una pequeña agenda del bolsillo.

Tras abrirla, leyó rápidamente la lista de pistas con que contaban. Luego, tendiendo la mano para tomar el dibujo de Fatty, prosiguió:

—Creo que lo mejor será conservarlo con las notas. Lo guardaré todo junto, en unión del fragmento de tela gris, en un sitio seguro, pues es posible que todo ello tenga una gran importancia en poco tiempo. ¿Dónde lo guardaremos?

—En la pared de la glorieta —propuso Pip con avidez—, exactamente detrás de ti hay una tabla desprendida. Ahí solía yo esconder mis cosas cuando tenía la edad de Bets. Sería un lugar apropiadísimo para guardar algo; a nadie se le ocurriría mirar en un

sitio tan inocente como el citado.

El chico mostró a sus compañeros la tabla en cuestión. «Buster», poniéndose de patas sobre el banco, la rascó, interesadísimo.

—Sin duda cree que hay un conejo detrás de ella —coligió Bets.

La agenda, la fosforera con el fragmento gris y el dibujo de Fatty fueron cuidadosamente colocados detrás de la tabla desprendida. Después, ésta volvió a ser encajada en su sitio. Todos mostráronse satisfechísimos de tener un escondrijo como aquél.

—Ahora, dinos —apremió Pip, dirigiéndose a Larry—. ¿Qué planes tienes para hoy? Porque supongo que debemos seguir indagando para desentrañar el misterio, ¿no? ¡Y no nos interesa que la policía lo descubra todo antes que nosotros!

—Bien —respondió Larry—, en primer lugar es preciso que uno o más de nosotros interrogue a la señora Minns, la cocinera.

Y al ver que Bets no comprendía lo que era «interrogar», explicó:

—Eso significa que debemos ir a ver lo que opina la cocinera sobre el caso.

—Yo misma podría hacerlo —ofrecióse Bets con un ademán de asentimiento.

—¿Tú? —profirió Pip, desdeñosamente—. ¡Te faltaría tiempo para contarle todo lo que hemos hecho y descubierto! ¡Eres incapaz de guardar el menor secreto! ¡No puedes ir!

—Ahora no cuento ningún secreto —protestó Bets—. Lo sabes perfectamente. No he contado ni un solo secreto desde que tenía seis años.

—Bueno, basta —ordenó Larry—. Callaos ya los dos. Opino que Daisy y Pip podrían ir a ver a la señora Minns. Daisy es muy hábil en esa clase de cometidos, y Pip se encargará de vigilar que el Ahuyentador o el señor Hick no se presenten de improviso y adivinen las intenciones de Daisy.

—¿Y yo, qué hago, Larry? —preguntó Fatty, muy humildemente por una vez.

—Tú y yo podríamos ir a hablar con el chófer —propuso Larry —. Es posible que le saquemos algo de utilidad. Regularmente, lava el coche por la mañana.

—¿Y «yo»? —exclamó Bets, consternada—. ¿Es que no voy a hacer nada? ¡Yo también soy una Pesquisidora!

—No hay trabajo para ti, niña —repuso Larry. Bets se quedó tan triste, que Fatty, compadeciéndose de ella, le dijo:

—No es preciso que «Buster» nos acompañe. ¿Te gustaría llevarle a dar un paseo por el campo? A mi perro le encanta husmear conejos.

—¡Oh, sí! —accedió Bets, animándose inmediatamente—. ¡Lo haré con mucho gusto! ¡Y quién sabe! ¡A lo mejor encuentro una «pasta» por el camino!

Todos se rieron. Era obvio que Bets «no» lograba acordarse de la correcta pronunciación de aquel vocablo tan corriente.

—Sí —asintió Larry jocosamente—. Ve a ver si descubres una buena «pasta».

Así, pues, Bets se alejó, seguida de «Buster». En tanto, la niña descendía calle abajo, en dirección a los campos, los demás la oyeron decir a «Buster» que, mientras él buscaba conejos, ella buscaría «pastas».

—¡Y ahora, a trabajar! —ordenó Larry, levantándose—. Daisy, tú y Pip a ver a la señora Minns.

—¿Qué excusa podemos darle para justificar nuestra visita? —interrogó Daisy.

—Eso es cosa tuya —replicó Larry—. Aguza tu ingenio, como hacen los detectives. Si no se te ocurre nada, tal vez Pip podrá ayudarte.

—Es preferible que no salgamos todos juntos —aconsejó Pip—. Tú y Fatty pasad delante, a ver si encontráis al chófer limpiando el auto. Daisy y yo saldremos un poco más tarde.

Larry y Fatty abrieron la marcha. Tras echar a andar calle abajo, llegaron a la casa del señor Hick, que se hallaba bastante retirada, con calzada propia y el garaje al lado. Procedente de este último llegaba un fuerte silbido y un inconfundible rumor de agua, vertida por algún grifo de servicio.

—El chófer está lavando el coche —murmuró Larry en voz baja—. Vamos. Primero fingiremos que deseamos ver a una persona que no vive aquí, y luego le preguntamos si quiere que le ayudemos.

Ambos muchachos recorrieron la calzada. A poco apareció el garaje.

—Buenos días —dijo Larry, dirigiéndose al joven que procedía a

lavar el coche con una manguera—. ¿Vive aquí el señor Thompson?

—No —repuso el joven—. En esta casa vive el señor Hick.

—¡Ah! —exclamó Larry, afectando contrariedad.

Luego, contemplando el automóvil, agregó:

—Es un coche muy hermoso, ¿verdad?

—Sí, es un «Rolls Royce» —explicó el chófer—. Da gusto conducirlo. De todos modos, hoy está muy sucio. Me veré negro para tenerlo limpio antes de que el señor lo reclame esta mañana.

—Nosotros le ayudaremos —ofrecióse Larry, ávidamente—. Yo me encargaré de lavarlo con la manguera. Muchas veces ayudo a limpiar el coche de mi padre.

En menos que canta un gallo, los dos chicos se hallaban manos a la obra, ayudando al joven chófer. La conversación no tardó en versar sobre el tema del incendio.

—¡Qué caso más raro el de ese incendio! —comentó el chófer, frotando la capota del auto con un paño—. El señor se llevó un gran disgusto con la pérdida de aquellos valiosos papeles de su propiedad. Para colmo, ahora dicen que la cosa fue premeditada, es decir, que alguien lo hizo aposta. Claro está que… Peeks dijo que era un milagro que nadie hubiese dado una bofetada al señor Hick por el modo con que trata a todo el mundo.

—¿Quién es Peeks? —inquirió Larry, aguzando los oídos.

—Peeks es su criado, una mezcla de ayuda de cámara y secretario —explicó el chófer—. Ahora ya no sirve aquí. Se marchó el día del incendio.

—¿Por qué motivo? —preguntó Fatty inocentemente.

—¡Porque le echaron a puntapiés! —aclaró el chófer—. El señor Hick le dio el dinero que le correspondía y le puso de patitas a la calle. Pero antes se las tuvieron los dos.

—¿Cuál fue la causa de la disputa? —inquirió Larry.

—Pues parece ser que el señor Hick descubrió que Peeks solía ponerse sus trajes —declaró el chófer—. Los dos tenían más o menos la misma talla, y a Peeks le gustaba bastante darse importancia. Muchas veces le he visto pavonearse con el traje azul marino del señor Hick, su corbata azul de lunares rojos e incluso su bastón con puño de oro.

—¡Caramba! —exclamó Fatty—. Así supongo que cuando el

señor Hick lo descubrió se puso hecho un basilisco y dijo a Peeks que se marchara. ¿Se lo tomó Peeks muy mal?

—¡Y que lo digas! —asintió el chófer—. Vino a desahogarse conmigo, y las cosas que dijo del patrón eran como para perforar el oído de cualquiera. Luego a eso de las once se marchó. Su anciana madre vive en el pueblo vecino, y estoy seguro de que se quedó boquiabierta al ver llegar a Horacio Peeks, maleta en mano, a aquellas horas de la mañana.

Los dos muchachos llegaron a la misma conclusión. Los dos se decían para sus adentros: «¡Sin duda fue Peeks el que incendió la villa! ¡Debemos encontrarle y averiguar qué anduvo haciendo aquella noche!».

En aquel momento alguien gritó desde una ventana superior:

—¡Tomás! ¿No está listo el coche todavía? ¿Qué charlas son esas ahí abajo? ¿Se figura usted que le pago por charlar?

—Es el señor —susurró Tomás—. Será mejor que os marchéis. Gracias por vuestra ayuda.

Los chicos miraron hacia la ventana. El señor Hick se hallaba asomado a la misma, con una taza de té o cacao en la mano, contemplándolos furiosamente.

—El señor Hick con una taza —comentó Larry con una risita burlona—. ¡Vaya con el viejo cascarrabias de «Hiccup[1]»!

Fatty soltó una sonora carcajada.

—¡En adelante le llamaremos «Hiccup»! —propuso—. ¡Oye, chico! ¿Te das cuenta de las noticias que nos han dado esta mañana? ¡Apuesto a que fue Peeks!

—¿Qué tal debe irles a Daisy y a Pip? —murmuró Larry mientras recorrían la calzada para coches—. Me parece oír sus voces en alguna parte. ¡Estoy seguro de que no traerán noticias tan despampanantes como las nuestras!

Capítulo VI

La señora Minns charla por los codos

Lo cierto es que a Daisy y a Pip les iban las cosas viento en popa. Mientras se hallaban ante el jardín del señor Hick discutiendo qué excusa podrían dar para dirigirse a la puerta de la cocina, percibieron un leve maullido.

—¿Has oído? —preguntó Daisy a Pip, tratando de dilucidar de dónde procedía el sonido.

Éste volvió a dejarse oír. Ambos niños miraron a lo alto de un árbol y, entre sus ramas, vieron un diminuto gatito blanco y negro, incapaz de subir o bajar.

—Está desorientado —murmuró Daisy—. ¿Por qué no subes a buscarlo, Pip?

Pip no tuvo inconveniente en encaramarse al árbol y, a los pocos instantes, puso en manos de Daisy al pequeño animalito.

—¿A quién debe de pertenecer? —inquirió la niña estrechándolo contra sí.

—Probablemente a la señora Minns, la cocinera —dedujo Pip—. Sea de quien sea, esto será una maravillosa excusa para ir a la cocina a preguntar.

—Efectivamente —convino Daisy, complacida.

Y sin más preámbulos echaron a andar por la calzada en dirección a la entrada de la cocina, que se hallaba en el extremo de la casa opuesto al garaje.

Una muchacha de unos dieciséis años procedía a barrer el patio, en tanto de la inmediata cocina llegaba el son de una machacona voz.

—¡Y no dejes tampoco ningún papelito flotando por el patio,

Lily! La última vez que lo barriste, dejaste una botella rota, medio periódico y una porción de cosas más. ¡No me cabe en la cabeza que tu madre no te enseñase a barrer, ni a quitar el polvo, ni a guisar! Hoy día las mujeres confían la educación de sus hijas a personas como yo. ¡Como si no tuviese bastante trabajo en cuidar a un caballero tan particular como el señor Hick para, además, estar pendiente todo el día de una perezosa como tú!

La mujer dijo todo esto de un tirón. Sin prestar atención a sus palabras, la muchacha siguió barriendo el patio lentamente, con una nube muy espesa de polvo flotando ante sí.

—Hola —saludóla Pip—. ¿Es de ustedes este gato?

—¡Señora Minns! —gritó la muchacha—. Aquí están unos niños con el gatito.

La señora Minns apareció en la puerta. Era una mujer baja y rechoncha, con las mangas arremangadas por encima de sus regordetes dedos, y la respiración algo jadeante a causa de su gordura.



—¿Es suyo este gatito? —repitió Pip.

—¿Dónde se había metido esta vez? —exclamó la señora Minns, tomándolo de manos de Daisy y estrechándolo contra sí—. ¡«Dulcinea»! ¡«Dulcinea»! Aquí tienes de nuevo a tu gatito. ¿Por qué no lo cuidas mejor?

Una gran gata blanca y negra salió indolentemente de la cocina,

mirando al gatito con expresión interrogante. El chiquitín emitió un maullido, tratando de saltar al suelo.

—Toma tu gatito, «Dulcinea» —murmuró la señora Minns.

En cuanto se vio en el suelo, el animalito precipitóse hacia su madre.

—¿Verdad que es exactamente igual que ella? —comentó Daisy.

—Tiene otros dos —declaró la señora Minns—. Entrad a verlos. ¡Son una monada! A los perros no puedo soportarlos. Pero si queréis verme feliz, dadme una gata con sus gatitos.

Los dos niños entraron en la cocina. La gata blanca y negra se metió en una cesta, en cuyo interior había tres gatitos blancos y negros, todos iguales.

—¡Oh, qué lindos! ¿Me permite usted quedarme un ratito a jugar con ellos? —preguntó Daisy, diciéndose que los mininos serían un magnífico pretexto para charlar con la señora Minns.

—Podéis quedaros con tal que no entorpezcáis mi trabajo —accedió la señora Minns, vaciando una lata de harina sobre la mesa, con intención de hacer un pastel—. ¿Dónde vivís?

—No lejos de aquí, en lo alto de la calle —respondió Pip—. La otra noche vimos el incendio.

Esto tuvo la virtud de despertar al punto la verborrea de la señora Minns. Poniéndose en jarras, la mujer empezó a dar cabezazos de asentimiento hasta conseguir que sus gruesas mejillas se agitasen en un temblor.

—¡Qué susto más grande me llevé! —exclamó—. Os aseguro que cuando vi lo que sucedía, me quedé tan pasmada que el roce de una pluma podría haberme derribado por tierra.

Pero ambos niños pensaron que, para conseguir semejante cosa, habría sido preciso, por lo menos, una barra de hierro. Mientras la cocinera continuaba charlando, sin acordarse ya para nada del pastel, Daisy acarició a los lindos gatitos.

—Yo me hallaba aquí sentada, en la cocina, tomando una taza de cacao y explicando a mi hermana esto y lo de más allá —explicó la mujer—. Aquel día estaba molida de limpiar la despensa y mis huesos agradecían aquel descanso que les deparaba. Pero he aquí que, de pronto, mi hermana me dijo: «¡María! ¡Huelo a quemado!».

Los niños la contemplaron fijamente. Ni que decir tiene que la

señora Minns estaba encantada de contar con tan solícito auditorio.

—Entonces yo dije a Hannah, esto es, a mi hermana: «¡Parece que se quema algo! ¿No se estará tostando la sopa?». A lo cual Hannah replicó: «¡María! ¡Creo que está ardiendo algo!». Y entonces yo me asomé a la ventana. ¡Y vi un gran resplandor al fondo del jardín!

—¡Qué impresión debió de llevarse usted! —comentó Daisy.

—Inmediatamente dije a mi hermana: «¡Me parece que el estudio del amo se ha incendiado! ¡Cielos, qué día! Primero, el señor Peeks es despedido y se marcha con la maleta. Luego se presenta el señor Smellie y arma una trifulca de espanto con el señor. Después se cuela el mugriento vagabundo y el amo le sorprende robando huevos en el gallinero. ¡Y ahora, para colmo, se declara un espantoso incendio!».

Ambos niños escuchaban atentamente. Todo aquello era absolutamente nuevo para ellos. ¡Ave María! ¡Pues no había habido pocas riñas y pendencias el día del incendio! Pip preguntó quién era el señor Peeks.

—Era el criado y secretario del señor —explicó la señora Minns—. ¡Valiente tunante estaba hecho el tal mocito! Nunca fue santo de mi devoción. ¡Qué suerte que se fuera con la música a otra parte! ¡No me sorprendería que tuviese algo que ver con el incendio!

Al oír esto, Lily se sorprendió y no pudo menos que intervenir.

—El señor Peeks era demasiado caballero para hacer una cosa como ésa —declaró la muchacha, barriendo un rincón—. Yo creo que fue el señor Smellie.

Los niños no concebían que pudiese haber una persona con semejante nombre[2].

—¿De «veras» se llama así ese señor?

—En efecto —aseguró la señora Minns—. Y conste que el nombre le sienta a maravilla por lo sucio y lo desaliñado que va. No sé qué clase de mujer debe ser su ama de llaves. No se preocupa en absoluto de su aspecto personal. Le manda por esos mundos con tomates en los calcetines, sietes en la ropa y un sombrero que pide a voces una buena cepillada. Según dicen, es un anciano caballero muy instruido, que sabe más de libros antiguos y de toda clase de cosas que ninguna otra persona del reino.

—¿Por qué se peleó con el señor Hick? —preguntó Pip.

—¡Cualquiera sabe! —gruñó la señora Minns—. Siempre andan discutiendo. Los dos saben mucho, pero no están de acuerdo en lo que saben. El caso es que el viejo señor Smellie sale siempre de esta casa refunfuñando y dando tales portazos que mis cacerolas casi saltan de los fogones. Pero de eso que dice Lily no os creáis una palabra. ¡Estoy segura de que ese hombre no sabría encender una hoguera! Sin duda fue ese resentido del señor Peeks el que incendió la villa, deseoso de vengarse del señor Hick. ¡Tened en cuenta lo que os digo!

—Pues yo no opino lo mismo —protestó Lily, que parecía dispuesta a defender al ayuda de cámara—. Es un joven muy bueno y muy simpático. No tiene usted derecho a decir esas cosas, señora Minns.

—¡Alto ahí, muchacha! —soltó la cocinera, enojándose por momentos—. ¡Si te figuras que puedes hablar en ese tono a tus superiores, te equivocas! ¡Mira que decirme a mí que no tengo derecho a decir esto, lo otro y lo de más allá! ¡Antes de propasarte conmigo con esas bravatas tienes que aprender a barrer el suelo como es debido, quitar el polvo de encima de los cuadros y ver las telarañas que tienes ante tus propias narices!

—Yo no me he propasado —disculpóse la pobre Lily—. Todo cuanto he dicho es…

—¡No empieces otra vez! —ordenó la señora Minns, aporreando la mesa con el rodillo como si estuviese golpeando la cabeza de la infeliz muchacha con él—. Lo que has de hacer es ir a buscarme la manteca, si es que tienes idea de dónde la pusiste ayer. ¿Y basta de reconvenciones, eh? ¡Márchate!

A los niños no les interesaba saber los defectos de Lily, ni dónde había puesto la manteca. Lo que les interesaba saber eran detalles de las personas con quienes había discutido el señor Hick, y, por tanto, susceptibles de guardarle algún rencor. Al parecer, tanto el señor Peeks como el señor Smellie tenían motivos para estar resentidos con él. Además, quedaba el vagabundo.

—¿Se enfadó el señor Hick con el vagabundo cuando le sorprendió robando huevos? —inquirió Pip.

—¿Que si se enfadó? —exclamó la señora Minns satisfecha de

poder charlar sin tasa—. ¡Las voces que daban podían oírse por toda la casa y el jardín! Recuerdo que pensé para mis adentros: «¡Ya está el amo disparado otra vez! ¡Lástima que no malgaste parte de su genio con esa perezosa de Lily!».

Lily salió de la despensa con expresión huraña. Los niños no pudieron menos de compadecerla. Al ver que la muchacha dejaba la mantequera sobre la mesa con estrépito, la señora Minns preguntó:

—¿Hay necesidad de romper la vasija? Conste que hoy te estás portando muy mal, pésimamente. ¡Ahora, ve a fregar la escalera trasera, señorita! ¡Eso te mantendrá ocupada un rato!

Lily desapareció rápidamente de la habitación con un rechinante cubo.

—Háblenos usted del vagabundo —instó Pip—. ¿A qué hora le vio el señor Hick robando huevos?

—Fue por la mañana —respondió la señora Minns, trabajando fuertemente la masa con el rodillo—. El viejo vino aquí primero, mendigando pan con carne, y yo le despaché. Supongo que entonces se deslizó por el jardín, en dirección al gallinero, y el señor le vio allí dentro desde la ventana de la villa. Inmediatamente, el señor Hick bajó a ahuyentarle, diciendo que llamaría a la policía. Ante esa perspectiva, el viejo vagabundo pasó volando ante la puerta de la cocina, como si le persiguiesen cien perros.

—A lo mejor fue «él» quien incendió la villa —sugirió Pip.

Pero la señora Minns no podía consentir que nadie atribuyese el hecho a otra persona distinta del señor Peeks.

—Era un pillo redomado. Por las noches, cuando todo el mundo dormía, bajaba a la cocina a robar empanadas, bollos o cuanto se le antojaba de la despensa. Y, a mi modo de ver, el que hace eso es también perfectamente capaz de pegar fuego a una villa.

Pip recordó con un profundo sentimiento de culpabilidad, que, una vez, sintiéndose terriblemente hambriento, bajó a la despensa del colegio a comerse unas galletas. Al propio tiempo, preguntóse si no sería también capaz de incendiar una villa, pero llegó a la conclusión de que jamás podría cometer semejante desaguisado.

De improviso, procedente de algún rincón de la casa, llegó el rumor de una furiosa retahíla de palabras. La señora Minns levantó la cabeza para escuchar.

—Es el señor —declaró con un ademán de asentimiento—. ¿Qué diablos debe ocurrirle ahora?

Súbitamente, «Dulcinea», la gran gata blanca y negra, irrumpió en la cocina, con el pelaje erizado y el rabo como un plumero. La señora Minns lanzó un espantoso grito de dolor.

—¡Oh, «Dulcinea»! ¿Has vuelto a interponerte en su camino? ¡Pobre cordera, pobrecilla!

La pobre «cordera» escondióse debajo de la mesa, resollando. Los tres gatitos de la cesta se enderezaron, alarmados, respirando también afanosamente. El señor Hick apareció en la cocina, hecho un basilisco.

—Señora Minns —gruñó el señor Hick—. ¡He pisado la impertinente cola, de esa horrible gatucha suya! ¿Cuántas veces he de repetirle que la tenga a raya? Cualquier día la ahogaré.

—¡Señor! —protestó la señora Minns, soltando el rodillo con estrépito—. ¡El día que ahogue usted a mi gata, me marcharé!

El señor Hick miró a la cocinera como si quisiera ahogarla a ella también.

—No comprendo por qué se empeña usted en tener ese repugnante y asqueroso animal —masculló—. ¡Atiza! ¡Lo que faltaba! ¿Qué hacen esos gatitos en esa cesta?

—Esperar a ser lo bastante creciditos para instalarse en las excelentes casas que les he buscado —respondió la señora Minns, levantando la voz.

Entonces, el señor Hick descubrió a los dos niños. Al verlos, semejó tan contrariado como a la vista de los gatitos.

—¿Qué hacen aquí estos chicos? —preguntó secamente—. ¡Debería usted procurar mantener su cocina libre de críos fastidiosos y de despreciables gatas y gatitos, señora Minns! ¡Dígales que se vayan!

Y tras depositar sobre la mesa el plato y la taza vacía que llevaba consigo el hombre desapareció por la puerta. La señora Minns asomóse a mirarle, con mirada incendiaria.

—¡Con qué gusto pegaría fuego a su preciosa villa si estuviese aún en pie! —le gritó la cocinera, cuando ésta comprendió que el señor Hick ya no podía oírla.

«Dulcinea» restregóse a su falda, ronroneando sonoramente.

—¿Te ha pisado ese desalmado? —preguntóle su dueña cariñosamente, inclinándose a acariciarla—. ¿Ha insultado a tus preciosos gatitos? ¡No le hagas caso, «Dulcinea»!

—Creo que será mejor que nos vayamos —dijo Daisy, temiendo que el señor Hick oyese los comentarios de la señora Minns y se pusiese más rabioso todavía—. Gracias por todo cuanto nos ha contado, señora Minns. Ha sido muy interesante.

La mujer estaba encantada. Tanto es así que les obsequió con un bollo de jengibre a cada uno. Tras darle las gracias, Pip y Daisy se alejaron, ebrios de excitación.

—Nos hemos enterado de tantas cosas que va a resultar difícil atar cabos —profirió Pip—. Parece ser que son tres las personas sospechosas de haber cometido el delito. ¡Es más, si ésa es la forma en que suele comportarse el señor Hick, no me sorprendería que hubiese por lo menos veinte personas dispuestas a darle su merecido por algo!

Capítulo VII

El vagabundo, el Ahuyentador… ¡Y Fatty!

Los cuatro muchachos se reunieron en la vieja glorieta, presos de gran excitación. Bets y «Buster» no estaban de vuelta todavía, pero sus compañeros no tuvieron paciencia para aguardarles, deseosos de exponer las novedades.

—¡Hemos visto al chófer! —empezó Larry—. Se llama Tomás. Nos contó muchas cosas acerca del ayuda de cámara llamado Peeks. ¡Fue despedido el día del incendio por ponerse los trajes de su amo!

—Estoy seguro de que fue él el autor de la fechoría —comentó Fatty, ávidamente—. Debemos averiguar más detalles sobre él. Vive en el pueblo vecino.

—¡Sí, pero escuchad! —intervino Daisy—. ¡También podría haber sido el viejo señor Smellie!

—¿«Quién»? —interrogaron Larry y Fatty, pasmados de asombro —. ¿El señor Smellie?

—Sí —afirmó Daisy con un cloqueo—. Tampoco nosotros creímos que se trataba de un verdadero nombre cuando lo oímos, pero así es, en efecto.

—¡El señor Hiccup y el señor Smellie! —exclamó Fatty inesperadamente—. ¡Valiente par!

—Daisy y Pip no saben lo del señor Hick con su taza —observó Larry, riéndose por lo bajo.

Él mismo se lo contó a los aludidos. Éstos celebraron la ocurrencia con risas.

—«En realidad» la cosa no es graciosa, pero nos lo «parece» —comentó Daisy—. A veces, en el colegio nos morimos de risa por una cosa así, pero en seguida pasa el efecto y ya no me parece

divertida. Pero hablemos del señor Smellie y de la disputa que sostuvo con el señor Hiccup.

Acto seguido, la muchacha explicó a Larry y a Fatty todo lo que la señora Minns había contado. Después Pip habló del viejo vagabundo sorprendido en el gallinero, robando huevos. Y, por último, Daisy refirió la escena del señor Hick entrando en la cocina y armando un escándalo a la señora Minns por dejar a su gata pasearse por la casa.

—Se tiraron los trastos a la cabeza —concluyó Daisy—, y la señora Minns gritó al señor Hick que de buena gana pegaría fuego a su villa si no se hubiese anticipado alguien en aquel cometido.

—¡Caracoles! —exclamó Larry, sorprendido—. Según eso, la propia la señora Minns podría haber sido la autora del hecho. Si hoy se sentía con ánimos de hacerlo, ¿qué tendría de particular que hubiese tenido la misma idea dos días atrás? Le sobraban ocasiones.

—Según eso —declaró Fatty solemnemente—, contamos ya con cuatro sospechosos. Es decir que tenemos motivos suficientes para sospechar de cuatro personas como presuntas autoras del incendio de la villa, a saber: el viejo vagabundo, el señor Smellie, el señor Peeks, y la señora Minns. No se puede negar que «prosperamos».

—¿Tú crees? —masculló Larry—. Yo no estoy tan seguro. Con eso de encontrar cada vez más sospechosos, la cosa se complica por momentos. No tengo idea de cómo nos las compondremos para descubrir al verdadero culpable.

—Ante todo, debemos averiguar las idas y venidas de los cuatro sospechosos —aconsejó Fatty, juiciosamente—. Por ejemplo, si averiguamos que ese tal señor Smellie pasó la noche de anteayer a cincuenta millas de distancia de este lugar, podemos descartarlo. Y si descubrimos que Horacio Peeks estuvo toda la noche en casa con su madre, podremos hacer otro tanto con él. Y así sucesivamente.

—Lo que sin duda averiguaremos es que esas cuatro personas andaban enredando por las inmediaciones del lugar —gruñó Pip, malhumorado—. Además, ¿cómo lo haremos para seguir la pista a ese viejo vagabundo? Ya sabéis lo que ocurre con los vagabundos: andan millas y millas, y nadie sabe de dónde vienen ni adonde van.

—Sí —reconoció Daisy—. Lo del vagabundo va a resultar difícil. Muy difícil. No podemos recorrer todo el país en su busca. Y,

aunque lo encontráramos, resultaría difícil preguntarle, de buenas a primeras, si fue él el que pegó fuego a la villa.

—No tendríamos necesidad de hacer tal cosa, boba —repuso Larry—. ¿Olvidas nuestras pistas?

—¿A qué te refieres? —interrogó Daisy.

—Pues que lo único que deberíamos averiguar es la medida de sus zapatos; si éstos tienen suelas de goma con dibujos entrecruzados, y si el hombre lleva un traje de franela gris —respondió Larry.

—No lleva un traje de franela gris —replicó Fatty—. Ya dije que llevaba una gabardina vieja.

Los demás guardaron silencio unos instantes. Por último, Daisy comentó:

—De todos modos, podría ser que llevase una chaqueta de franela gris debajo y que se hubiese quitado un momento la gabardina.

Sus compañeros consideraron muy remota esta posibilidad, pero no se les ocurrió nada mejor.

—¡Ya habrá tiempo de hacer cábalas sobre gabardinas y chaquetas de franela gris cuando encontremos al vagabundo! —refunfuñó Pip—. ¡Eso va a ser un problema!

—¡Escuchad! —profirió Fatty bruscamente—. ¡Me parece que oigo ladrar al viejo «Buster»! Apuesto a que es Bets, de regreso de su paseo. Sí… está llamando a «Buster». ¡Pues no tenemos pocas noticias que darle!

Percibiéronse los rápidas pasos de Bets en la calzada y luego en el sendero del jardín que conducía a la glorieta. Los cuatro muchachos mayores asomáronse a la puerta para darle la bienvenida. «Buster» precipitóse hacia ellos, ladrando locamente.

—¡Bets! —gritó Larry—. ¡Tenemos muchas noticias que comunicarte!

—¡Si supieras qué emocionante ha sido todo! —agregó Daisy.

Pero Bets no les escuchaba. Tenía los ojos brillantes y las mejillas arreboladas de correr, y mostrábase tan excitada, que apenas podía hablar.

—¡Pip! ¡Larry! ¡Tengo una «pasta»! ¡Tengo una!

—¿Cómo dices? —exclamaron los otros cuatro, todos a una.

—¡He encontrado al vagabundo! —jadeó la niña—. ¡Es la «pasta» más importante que hemos descubierto!

—En realidad, ese hombre no es una pista, sino un sospechoso —corrigió Larry.

Pero los demás le interrumpieron.

—¡Bets! —exclamó Pip acaloradamente—. ¿Estás segura de que has encontrado al vagabundo? ¡Cáspita! ¡Y pensar que eso nos parecía poco menos que imposible!

—¿Dónde está? —inquirió Fatty, dispuesto a salir en su busca inmediatamente.

—¿Cómo sabes que es el vagabundo? —dijo Daisy.

—Porque lleva una vieja y sucia gabardina y un sombrero del año de Maricastaña con un agujero en la copa —explicó Bets—. Exactamente como dijo Fatty.

—Efectivamente —corroboró el gordito—. El sombrero tenía un agujero en la copa. ¿Dónde está ese individuo, Bets?

—Pues veréis —empezó Bets, sentándose sobre el césped para descansar de su corrida—. Como sabéis, fui a dar un paseo con «Buster». Por cierto que es un perro encantador; se interesa por todo lo que ve. Así, pues, fuimos los dos calle abajo y seguimos por la orilla del río, hasta llegar a un campo lleno de ovejas y corderos, con un almiar en las inmediaciones.

«Buster» ladró un poquito, como si quisiera contribuir también a las explicaciones de la niña.

—Fue «Buster» el que encontró al vagabundo, ¿verdad, querido? —murmuró Bets, rodeándole con un brazo—. Veréis lo que pasó: mientras yo andaba, observé que, de improviso, «Buster» se paraba, gruñía y se le erizaba el pelo del pescuezo.

—¡Urrrrrr! —corroboró «Buster» cortésmente.

—¿Veis cómo lo entiende todo? —exclamó Bets maravillada—. Como iba diciendo, «Buster» se puso muy raro y después echó a andar hacia el almiar, tan rígido que daba la impresión de tener reuma o algo por el estilo.

—Los animales siempre caminan así cuando están recelosos o asustados —declaró Fatty sonriendo a Bets—. Continúa. No seas tan prolija.

—Seguí a «Buster» con el máximo sigilo posible —prosiguió Bets

—, creyendo que habría un gato o algo parecido al otro lado del pajar. ¡Pero era el vagabundo!

—¡Caracoles! —exclamó Larry, al tiempo que Pip emitía un silbido.

—Eres una Pesquisidora excelente —encomió Fatty con calor.

—¡Tenía tantos deseos de descubrir algo! —confesó la niña—. Pero me figuro que en realidad fue «Buster» el que hizo el descubrimiento, ¿no os parece?

—Hasta cierto punto —repuso Larry—, pues si no le hubieras llevado de paseo, no habría visto nada. ¿Qué hacía el vagabundo?

—Estaba durmiendo —explicó Bets—. Durmiendo a pierna suelta. Tanto que ni siquiera se despertó cuando «Buster» le husmeó los pies.

—¡Los pies! —profirió Pip—. ¿Qué clase de zapatos llevaba? ¿Tenía suelas de goma?

—No se me ocurrió mirarlo —contestó Bets, consternada—. Y eso que podría haberlo comprobado fácilmente, porque el hombre dormía como un tronco. Pero estaba tan excitada por el hallazgo, que no atiné a mirarle los zapatos.

—No hay tiempo que perder —mascullό Pip con impaciencia—. Es posible que siga aún dormido. Lo mejor que podemos hacer es ir a echarle un vistazo y examinar sus ropas y sus zapatos. Fatty nos dirá inmediatamente si es el mismo vagabundo que vio en el jardín del señor Hick.

A un tiempo nerviosos y precavidos, los Cinco Pesquisidores y el perro echaron a andar calle abajo, en dirección a los campos que discurrían junto al río.

Caminaban de prisa, temerosos de que el vagabundo se hubiese despertado y proseguido su camino. Era tan maravilloso que Bets le hubiera encontrado que no podían arriesgarse a perderle.

Por fin llegaron al almiar. El suave rumor de un ronquido indicóles que el vagabundo seguía allí. Acompañado de «Buster», Fatty deslizóse alrededor del pajar, procurando no hacer ruido.

Al otro lado, bien repantigado en la paja, había un vagabundo. Era un hombre viejo, con una hirsuta barba gris, pobladas cejas también grises, la nariz encarnada y un cabello largo y desaliñado que sobresalía de un viejísimo sombrero. Tras echarle una ojeada,

Fatty volvió de puntillas al lado de los demás.

—¡Sí! —cuchicheó emocionado—. Es el mismo vagabundo que vi aquel día. Pero va a resultar difícil retirarle la gabardina para ver si lleva una chaqueta gris debajo. Además, tendremos que echarnos al suelo para comprobar qué clase de suelas tienen sus zapatos.

—Yo me encargaré de ello —decidió Larry—. Vosotros quedaos aquí con «Buster» y vigilad afuera.

Y dejando a sus compañeros detrás del almiar, Larry se deslizó en torno al mismo, hacia el lado donde dormía el vagabundo. Una vez allí, se sentó cerca de él y tendió la mano para apartar la vieja gabardina y comprobar si el hombre llevaba alguna prenda interior gris. Por de pronto, los pantalones que asomaban por debajo de la gabardina estaban tan viejos y sucios que resultaba prácticamente imposible precisar de qué color habían sido.

Al ver que el vagabundo se meneaba ligeramente, Larry retiró la mano. Entonces resolvió acercarse a ver la suela de los zapatos del hombre. Arrodillándose, arrimó la cabeza al suelo e intentó examinar los zapatos del vagabundo.

Súbitamente, éste abrió los ojos y, contemplando a Larry con indescriptible asombro, exclamó:

—¿Qué bicho te ha picado?

Larry tuvo un sobresalto de espanto.

—¿Qué te ha dado para arrodillarte delante de mí con la cabeza en el suelo? —exclamó el vagabundo—. ¿Te figuras que soy el rey de Inglaterra? Vamos, lárgate. No puedo soportar a los niños. ¡Qué seres más fastidiosos y entrometidos!

Y, acurrucándose de nuevo, cerró los ojos. Larry aguardó uno o dos segundos y, cuando se disponía a examinar una vez más los zapatos del hombre, oyó un pequeño silbido procedente del otro lado del pajar. No les quedaría más remedio que esperar a que se alejara el inoportuno viandante. Larry volvió al lado de Pip y los demás.

—¿Viene alguien? —preguntó.

—¡Sí! —asintió Fatty—. ¡El viejo Ahuyentador!

Larry atisbo por un lado del almiar. El policía del pueblo venía en dirección contraria, por un sendero a bastante distancia del pajar. Por consiguiente, no tardaría en alejarse.

Pero, al tiempo que se acercaba, el agente advirtió la presencia del viejo vagabundo durmiendo junto al almiar. Al ver que el señor Goon se acercaba rápida y sigilosamente al lugar, los muchachos se apresuraron a retroceder. Larry empujó a Bets y a los demás a lo alto de una escalera de mano apoyada en el pajar. Estarían más seguros en lo alto que abajo. Afortunadamente, parte del heno de la parte superior del almiar había sido retirado para alimento de los animales de la alquería, y era fácil mantenerse sobre él.

El policía se acercó quedamente. Atisbando por encima del pajar, los niños le vieron sacar una agenda. Fatty dio un codazo a Larry que por poco le hizo caer.

—¡Mira, mira qué tiene en su agenda! ¡Un dibujo de aquella huella que «vimos»! ¡Ha sido más listo de lo que nos imaginamos!

El Ahuyentador se acercó de puntillas al vagabundo e hizo lo posible para ver qué clase de zapatos llevaba. Al igual que Larry, se arrodilló en el suelo para verlo mejor. ¡Y el vagabundo abrió los ojos!

Su asombro al ver al policía arrodillado ante él no tuvo límites. Una cosa era sorprender a un muchacho en aquella actitud y otra muy distinta ver a un policía. El vagabundo se puso en pie, emitiendo un gruñido.

—¿Pero qué sucede? —exclamó, calándose el viejo sombrero sobre su largo cabello gris—. ¡Primero viene un chico haciéndome reverencias y ahora se presenta un polizonte! ¿Qué es toda esta comedia?

—¡Quiero ver tus zapatos! —declaró malhumorado el Ahuyentador.

—¡Pues entonces, mírelos! —espetó el vagabundo, encolerizándose por momentos—. ¡Examínelos bien, con cordones y todo!

—Lo que me interesa ver son las suelas —puntualizó el policía sin inmutarse.

—¿Pero usted qué es, un zapatero remendón o un policía? —soltó el vagabundo—. ¡Está bien! ¡Usted enséñeme los botones de su camisa y yo le enseñaré las suelas de mis zapatos!

El policía resolló pesadamente, con la cara como la grana, y cerrando de golpe su agenda, mascculló:

—Lo mejor será que te vengas conmigo.

Pero, por lo visto, el vagabundo no era de la misma opinión, porque, esquivando a su interlocutor, echó a correr por el campo con una ligereza sorprendente en un hombre de su edad. Entonces, el Ahuyentador, lanzando un rugido, dio media vuelta para emprender su persecución.

En aquel momento, Fatty, presa de una excitación irresistible, cayó del almiar y aterrizó en el suelo con un fuerte batacazo. El muchacho dio tal grito de dolor que el policía se detuvo, sorprendido.

—¿Qué es eso? —profirió, mirando a Fatty furioso.

Pero su asombro fue en aumento al advertir la presencia de los demás muchachos, atisbando ansiosamente desde lo alto del pajar, temerosos de que Fatty se hubiese roto todos los huesos.

—¡Vamos, bajad de ahí! —rugió el Ahuyentador—. ¡Dichosos críos! ¡Veréis si os pilla el granjero! ¿Cuánto tiempo lleváis ahí? ¿Qué perseguís, acechando ahí escondidos?

Fatty exhaló un espantoso gemido, y el policía, pugnando entre sus deseos de perseguir al fugitivo vagabundo y de zarandear al gordito, optó por acercarse a este último.

—¡No me toque! —exclamó Fatty, sinceramente convencido de que estaba medio muerto—. ¡Creo que me he roto la pierna izquierda y el brazo derecho, que me he dislocado los dos hombros y que me he roto el apéndice!

Con un alarido de terror, Bets saltó para socorrer al pobre Fatty. Los demás la imitaron, en tanto «Buster» brincaba regocijado en torno a los tobillos del Ahuyentador.

—¡Largo de aquí! —refunfuñó éste, dándole un puntapié—. ¡Los perros y los chicos andáis siempre enredando y metiéndoos en lo que no os importa! ¡Ahora ese individuo ha desaparecido y he perdido una magnífica ocasión de interrogarle!

El hombre aguardó a ver si Fatty estaba realmente herido. Pero, aparte de un buen magullamiento y de algunas contusiones, Fatty no tenía nada roto. ¡Su grasa le había salvado!

En cuanto el policía vio a los demás muchachos ayudando a Fatty a levantarse, sacudiéndole la paja de la ropa y consolándole, echó una mirada circular en un intento por descubrir hacia dónde

había ido el vagabundo. Pero no se veía rastro de él. Entonces, volviéndose a los cinco niños, el hombre profirió:

—Ahora, marchaos de aquí. Y que sea la última vez que os vea a ninguno de vosotros merodeando por estos alrededores.

Luego, con gran dignidad, el señor Goon dirigióse pesadamente al sendero y emprendió su descenso sin volver la cabeza ni una sola vez. Los muchachos se miraron mutuamente.

—¡Tan bien que nos iban las cosas! —suspiró Daisy—. ¡Pensar que el viejo Ahuyentador lo ha estropeado todo! ¿A dónde se habrá dirigido el vagabundo?

—Yo me voy a casa —farfulló Fatty desmayadamente—. Me encuentro muy mal.

—Yo te acompañaré —brindóse Daisy—. Tú vente también, Bets. En cuanto a vosotros —agregó la niña, dirigiéndose a los dos muchachos—, ¿queréis ver si encontráis al vagabundo?

—Sí —asintió Larry—. Aún tenemos probabilidades de dar con él. No me extraña que Fatty se cayese del pajar. ¿Ha sido todo muy emocionante, verdad?

—¡Qué raro que el viejo Ahuyentador tuviese un dibujo de aquella huella en su agenda! —murmuró Pip pensativo—. Es más vivo de lo que me imaginaba. Con todo, tenemos algo que él no tiene: ¡un pedacito de franela gris!

Fatty, Daisy, Bets y «Buster» partieron juntos. Los otros dos echaron a andar en la dirección emprendida por el vagabundo, con el firme propósito de encontrarlo a toda costa.

Capítulo VIII

¿Qué partido tomar?

Larry y Pip se precipitaron rápidamente hacia el lugar por donde había desaparecido el vagabundo. Era imperdonable que ni ellos ni el Ahuyentador hubiesen logrado averiguar qué clase de suelas tenían sus zapatos.

No había rastro del vagabundo. Los muchachos saludaron a un labrador que hallaron a su paso.

—¡Eh! ¿Ha visto usted a un viejo vagabundo por aquí?

—Sí, se ha metido en aquel bosque —contestó el hombre, señalando un pequeño grupo de árboles en lontananza.

Ambos chicos se precipitaron hacia allí y anduvieron buscando entre los árboles y la maleza.

A poco, olisquearon el humo de un fuego, y el olfato y la vista no tardaron en conducirlos allí. Junto al mismo, sentado sobre un árbol caído, hallábase el viejo y sucio vagabundo, al presente con la cabeza descubierta, y mostrando su enmarañado y polvoriento cabello. El hombre se dedicaba a guisar algo en una lata dispuesta sobre el fuego.



Al ver a Larry, gruñó, enfurruñado:

—¡Qué! ¿Ya estáis aquí otra vez? ¡Vamos, largaos! ¿Por qué me seguís así? Yo no he hecho nada.

—¡Ya lo creo que sí! —repuso Larry, audazmente—. El otro día intentó usted robar huevos del gallinero del señor Hick. ¡Lo sabemos perfectamente! Pero eso no es de nuestra incumbencia.

—¿El señor Hick? —repitió el viejo vagabundo, ensartando con una broqueta lo que estaba guisando—. ¿De modo que ése es su nombre? ¡Yo no le robé los huevos! No robé nada en absoluto. Soy un hombre honrado. ¡Preguntadle a cualquiera!

—¿Por qué permaneció usted escondido en la zanja que hay al fondo del jardín? —inquirió Larry.

—Jamás he hecho tal cosa —replicó el vagabundo sorprendido—. No era yo el que estaba allí escondido. Sin embargo, creo que lo mejor que puedo hacer es cerrar el pico. Podría contaros algo, pero prefiero callarme. Supongo que fuisteis vosotros los que soplasteis mi paradero a ese policía, ¿no es eso?

—Ni hablar —aseguróle Larry—. Se presentó inesperadamente y llegó hasta donde estaba usted, sin sospechar nuestra presencia allí.

—No te creo —repuso el viejo vagabundo—. Sé perfectamente que le pusisteis sobre mi pista. No pienso meterme en lo que no me importa. Pero lo cierto es que sucedieron cosas muy raras aquella noche. ¡Ya lo creo! Muy raras.

De pronto, el viejo se frotó el pie derecho, gimiendo lastimeramente. El dedo gordo del pie asomaba por debajo del agujereado zapato, el cual le estaba un poco pequeño.

Entonces, el hombre, despojándose del zapato y dejando al descubierto un calcetín materialmente lleno de tomates, se restregó el pie suavemente.

Los chicos miraron el zapato, arrojado negligentemente a un lado. La suela se veía perfectamente. Era de cuero y tan gastada que, a buen seguro, no preservaba en lo más mínimo el pie de la humedad.

—¡No es de goma! —cuchicheó Larry a Pip—. Por consiguiente, no puede ser el vagabundo el que estuvo escondido en la zanja. No creo que este hombre sepa nada. Además, fíjate en la vieja chaqueta que lleva debajo de la gabardina. ¡No es gris, sino de color cachumbo!

—¿Qué estáis murmurando? —preguntó el vagabundo—. Marchaos de una vez. ¿Por qué no me dejáis vivir en paz? No hago daño a nadie y, no obstante, los niños y los polizontes me siguen como moscas. Dejadme en paz. Sería más feliz que un mirlo si tuviese un par de zapatos que se adaptasen a la medida de mis

pobrecitos pies. ¿No tenéis algunos para darme?

—¿Qué número calza usted? —interrogó Pip, pensativo que tal vez podría hacerse con un par de botas viejas de su padre para aliviar los doloridos pies del vagabundo.

Pero el viejo no lo sabía. En su vida nunca se había comprado unos zapatos.

—Si puedo echar mano de un par de botas viejas de mi padre, se las traeré —prometió Pip—. O acaso será mejor que venga usted por ellas. Vivo en la casa roja de la calle inmediata a la casa del señor Hick. Si pasa usted mañana, es posible que tenga unas botas para usted.

—Si vuelvo por allí, sois capaces de advertir de nuevo a ese polizonte —refunfuñó el vagabundo, sacando de la lata algo muy peculiar y comiéndoselo al punto con los dedos—. Vosotros o ése, el señor Hick. Aunque a ése más le valiera ser prudente. Sé unas pocas cosas de él y de su familia. Sí, señor. Y aquel día le oí gritar a varias personas, pero os repito que no quiero meterme.

Larry consultó su reloj. Se estaba haciendo tarde.

—Tenemos que marcharnos —dijo—. Si quiere usted ir a casa de Pip mañana, podrá contarnos lo que guste. Puede usted estar seguro de que no lo divulgaremos.

Ambos muchachos se separaron del vagabundo y regresaron a sus respectivos domicilios a comer, más tarde que de costumbre. Sus madres pusieron de manifiesto su descontento.

—¿Qué has estado haciendo? —inquirió la madre de Pip—. ¿Por dónde has andado?

Pip no podía decirle la verdad, dada la índole secreta de los Cinco Pesquisidores y sus acciones. Por último murmuró:

—Estaba con los demás.

—No es cierto, Pip —repuso su madre—. Bets y Daisy han regresado hace mucho rato, y también ese gordito, cuyo nombre ignoro. No digas mentiras.

—Bien —farfulló Pip—. Estaba con Larry.

Al ver que su hermano se hallaba en un aprieto, Bets intentó acudir en su ayuda, cambiando con brusquedad de tema.

—Fatty se cayó pesadamente de un pajar esta mañana —dijo la niña.

A su manera, Bets logró su objetivo. Su madre la miró horrorizada.

—¿Quién dices que se cayó? ¿Ese gordito? ¿Se lastimó? ¿Qué hacíais subidos en un pajar?

Temeroso de que Bets explicase por qué habían tenido que encaramarse todos al almiar, cambió de tema a su vez.

—Oye, mamá —preguntó el chico inocentemente—. ¿Tiene papá algún par de botas viejas que no use?

—¿Para qué? —interrogó su madre, sorprendida por aquel inusitado interés de Pip por las prendas viejas de su padre.

—Verás —respondió Pip—; es que conozco a una persona que tendría una alegría si se las diera.

—¿Por qué? —preguntó su madre.

—Porque los zapatos que lleva están agujereados y va enseñando los dedos de los pies —explicó Pip, tratando de interesar a su madre en el asunto.

—¿Quién es esa persona? —inquirió la madre, asombrada.

Pip hizo una pausa. Ahora tendría que sacar a colación al vagabundo, y aquel asunto constituía parte del secreto. ¡Qué fastidio! Todos los temas de aquella conversación semejaban evocar alguna actividad de los Cinco Pesquisidores.

—Es un pobre vagabundo —soltó Bets, ante la mirada incendiaria de Pip.

—¿Un vagabundo? —exclamó su madre—. Me figuro que no trabas amistad con gente de esa calaña, ¿verdad, Pip?

—No —replicó Pip desesperadamente—. Nada de eso. Pero me da pena. Tú siempre dices, mamá, que deberíamos compadecernos de las personas que no gozan de tantas comodidades como nosotros y aliviarles en lo posible, ¿no es eso? Pues bien, ése es el motivo por el cual se me ocurrió darle unas botas viejas. Eso es todo.

—Ya comprendo —murmuró su madre—. Miraré si hay un par de botas viejas de papá, y, si las encuentro, te las daré. Ahora, ponte a comer.

Pip exhaló un suspiro de alivio y, después de dar cuenta de su tardío almuerzo, salió al jardín y fue en busca de Bets, que estaba en la glorieta.

—¡Bets! ¿Cómo está Fatty? Supongo que no se ha lastimado de

verdad.

—No —le tranquilizó Bets—, pero tiene unas magulladuras de espanto. Las más grandes que he visto en mi vida. Me figuro que se vanagloriará de ellas hasta la exageración. ¿Recuerdas el batacazo que se dio? Y vosotros, ¿habéis encontrado al vagabundo por algún lado? ¿Qué ha sucedido?

—Ese individuo no es la persona que permaneció escondida en la zanja ni la que se enganchó la chaqueta en las zarzas —manifestó Pip—. Hemos visto sus zapatos y su chaqueta, y no corresponden a los indicios que poseemos. El hombre oyó todas las disputas entabladas. Larry y yo nos proponemos formularle unas pocas preguntas mañana, cuando venga por las botas. Creo que podría aclararnos algunos puntos si estuviese seguro de que no le delataremos a la policía. ¡Es posible que incluso se percatase de quién se ocultaba en la zanja!

—¡Oooh! —exclamó Bets, emocionada—. ¡Oh, Pip! ¿Verdad que fue divertido cuando el vagabundo se despertó y vio a Larry arrodillado delante de él y después al viejo Ahuyentador en la misma posición?

—Sí, muy divertido —asintió Pip, sonriendo—. ¡Hola! Aquí están Fatty y «Buster».

Fatty atravesó el jardín, renqueando, con el cuerpo extremadamente rígido. Estaba indeciso entre conducirse heroicamente y no dar importancia a su caída, cojear para inspirar lástima a los demás, o bien asustarles diciendo que estaba herido de gravedad.

Al presente, optó por la actitud heroica. Tras sonreír a Bets y a Pip, se sentó con grandes precauciones para no sentir dolores.

—¿Te hiciste mucho daño? —preguntó Bets, solícitamente.

—¡Quiá! —respondió Fatty, en tono muy animoso—. Estoy perfectamente. ¡Una caída de un pajar no tiene gran importancia! ¡No os preocupéis por mí!

Los otros le miraron con admiración.

—¿Queréis ver mis contusiones? —preguntó Fatty.

—Ya las he visto —contestó Bets—. Pero no me importa volverlas a ver. En realidad, me encantan los golpes cuando empiezan a amarillear. ¿Tú no los has visto, verdad, Pip?

Por una parte, Pip deseaba verlos, por otra, le molestaba que Fatty hiciese ostentación de los mismos. Sin embargo, el gordito no aguardó la respuesta de su compañero, sino que, despojándose de varias prendas, procedió a mostrar contusiones de todas las formas y tamaños. No se podía negar que eran de envergadura.

—Jamás había visto semejantes preciosidades —reconoció Pip, incapaz de ocultar su admiración—. Yo nunca he tenido magulladuras como ésas. Supongo que la gordura favorece su desarrollo. ¡Qué guapo estarás cuando te pongas entre amarillo y verdoso!

—Ésa es una de mis cualidades —jactóse Fatty—. Tengo una encarnadura fantástica para las magulladuras. Una vez, jugando al fútbol, tropecé con el poste de la portería y me salió un cardenal aquí exactamente igual que una campana. Era digno de verse.

—¡Cuánto me habría gustado contemplarlo! —exclamó Bets.

—Y otra vez —prosiguió Fatty—, alguien me golpeó con un palo, justamente aquí, y a la mañana siguiente el cardenal era exactamente igual que una serpiente, con cabeza y todo.

—Si lo deseas —intervino Pip, tomando un palo—, te haré otra serpiente. No tienes más que decirme dónde la quieres.

—No seas mezquino —protestó Fatty con un aire de ofendido.

—Pues entonces cesa ya de hablar de serpientes y campanas —gruñó Pip, malhumorado—. Con sólo oír decir a Bets: «¡Oh, qué maravilloso!», te inventas las patrañas más grandes que he oído en mi vida… ¡Mirad! Ahí vienen Larry y Daisy.

Fatty se abstuvo de referirse de nuevo a sus contusiones, pese a arder en deseos de mostrárselas a los demás. Larry había reflexionado mucho, sobre todo mientras engullía su tardío almuerzo, y, a la sazón, tenía ya trazados todos sus planes.

Sin siquiera preguntar al pobre Fatty cómo se encontraba después de la caída, procedió a exponer sus ideas.

—¡Atended! —instó a los demás—. He estado reflexionando sobre el Ahuyentador. No me gusta que sepa lo de las huellas. No nos interesa que desentrañe este misterio antes que nosotros. Al parecer, no sólo ha echado el ojo al vagabundo, sino además a Peeks y al señor Smellie. «Es preciso» que nos adelantemos. ¡Sería espantoso que ese horrible viejo Ahuyentador lo averiguase todo

antes que nosotros!

«Buster» mostró su conformidad meneando el rabo.

—¡Tienes razón! —convinieron todos.

—Debemos ir a ver a ese criado llamado Peeks —decidió Larry —. Este detalle es importantísimo. Yo ya no sospecho en absoluto del viejo vagabundo desde que he visto sus zapatos y su chaqueta. Además, estoy seguro de que, si hubiese incendiado la villa, habría huido de esta comarca a la primera ocasión. De hecho, sigue por estos contornos, lo cual me induce a suponer que no lo hizo. Más bien me inclino a pensar que el autor del desaguisado fue Peeks. Debemos averiguarlo.

—En efecto —convinieron sus compañeros una vez más.

—Mañana interrogaré a fondo al vagabundo —concluyó Larry solemnemente—. Tengo la certeza de que puede decirnos muchas cosas. Oye, Fatty, ¿qué te parece si mañana fueses con Daisy a interrogar a Peeks? Yo permaneceré aquí con Pip y Bets para interrogar al vagabundo.

—¡De acuerdo! —accedieron Fatty y Daisy, gozosamente.

¡Qué alegría si lograban adelantarse al Ahuyentador! ¡Era preciso vencerle!

Capítulo IX

Lily entra en escena

En realidad, Fatty sentíase demasiado alicaído para proseguir sus actividades aquel día. Así, pues, Larry, Pip y Daisy le dejaron en el jardín con Bets y «Buster», leyendo tranquilamente, en tanto ellos optaron por ir a casa del señor Hick a interrogar de nuevo a la señora Minns.

—Debemos averiguar si cabe la posibilidad de que la señora Minns incendiase la villa personalmente —propuso Larry—. No creo que lo hiciera, pero los detectives no pueden fiarse de sus convicciones. Además, tenemos que hacernos con las señas de Horacio Peeks.

—Llevaremos un poco de pescado para «Dulcinea», la gata —decidió Daisy—. Creo que ha sobrado algo. A buen seguro, la cocinera me lo dará. La señora Minns estará encantada de vernos si llevamos un pequeño obsequio para «Dulcinea».

La cocinera le entregó una cabeza de pescado, envuelta en un papel. Al olfatearlo, «Buster» intentó seguir a Daisy, pero Fatty le sujetó fuertemente por el collar.

—No es conveniente que venga —objetó Daisy—. Probablemente, perseguiría a «Dulcinea», y la señora Minns se enfadaría con nosotros.

Mientras descendían calle abajo, Larry advirtió a sus compañeros:

—Dejadme hablar a mí.

—¡No te preocupes! —exclamó Daisy, riéndose—. ¡La que llevará la voz cantante será la propia la señora Minns!

Al llegar junto a la puerta de la cocina, vieron a Lily escribiendo

una carta. Parecía haber llorado.

—¿Dónde está la señora Minns? —preguntó Larry.

—Arriba —respondió Lily—. Está de mal humor. Vertí un jarro de leche encima de ella y está empeñada en que lo hice adrede.

—¿Te hallabas aquí la noche del incendio? —inquirió Larry.

Lily meneó la cabeza negativamente.

—Pues, ¿dónde estabas? —insistió Larry—. ¿No viste el fuego?

—Lo vi a mi regreso de mi tarde libre —exclamó Lily—. No hace falta que me preguntes dónde estaba. ¡No es de tu incumbencia!

—Ya lo sé —convino Larry, sorprendido del violento tono de Lily—, lo que no comprendo es por qué la señora Minns o su hermana no olieron el fuego en cuanto se declaró.

—Ahí viene la hermana de la señora Minns —dijo Lily, contemplando a una mujer muy gorda que se acercaba a la puerta, guiñando los ojos bajo un enorme sombrero adornado con flores.

La recién llegada pareció sorprenderse al ver a los niños.

—Hola, señora Jones —murmuró Lily, con expresión ceñuda—. La señora Minns ha ido arriba a cambiarse de vestido. No tardará un minuto en bajar.

La señora Jones entró y sentóse en una mecedora, resollando pesadamente.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Qué calor hace hoy! ¿Quiénes son todos esos niños?

—Vivimos en la parte alta de esta calle —explicó Pip.

—Hemos traído una cabeza de pescado para la gata, «Dulcinea».

—¿Dónde están los gatitos? —preguntó Daisy, mirando la cesta vacía.

—¡Espero que no habrán subido arriba! —profirió Lily—. La señora Minns me dijo que tuviera la puerta cerrada.

—A lo mejor están fuera —sugirió Larry, cerrando la puerta que daba al vestíbulo, a fin de evitar que el señor Hick oyese la conversación entablada en la cocina y se presentase en el lugar—. ¡Ahí está «Dulcinea»!

La enorme gata blanca y negra entró en la cocina con el rabo levantado. Atraída por el olor del pescado, fue directamente hacia Daisy. Ésta desenvolvió la cabeza y la puso en la escudilla de la gata, dispuesta en un rincón de la cocina. Inmediatamente

«Dulcinea» la sacó del recipiente y procedió a comérsela en el suelo.

—¿Se asustó «Dulcinea» la otra noche con el incendio? —preguntó Daisy, diciéndole que ya era hora de iniciar el tema.

—Estaba algo inquieta —respondió de mal modo la señora Jones.

—¿Ah, pero estaba usted aquí? —exclamó Daisy, fingiendo sorpresa—. ¡Cielos! ¿Y cómo no se dio usted cuenta de que la villa estaba ardiendo?

—¡Pues claro que me di cuenta! —repuso la señora Jones con indignación—. Constantemente, repetí a María: «Oye, María, ¡me parece que se quema algo!». Tengo muy buen olfato, al revés de mi hermana. Anduve husmeando por la cocina, e incluso asomé las narices al vestíbulo, pensando que quizá se quemase algo allí.

—¿Y la señora Minns, no fue a ver lo que pasaba? —interrogó Larry.

—¡Quiá! —contestó la señora Jones—. Aquella noche María no estaba para moverse. Tenía un ataque de reuma de padre y muy señor mío. Estaba aviada, completamente aviada y dolorida.

Pero los chicos no la entendían.

—¿Qué quiere usted significar con eso de aviada? —inquirió Larry con interés.

—A la hora de merendar se sentó en esta mecedora y me dijo: «Hannah, estoy aviada. Ha vuelto a darme otro ataque de reumatismo y no puedo moverme». A lo cual le respondí: «Ni falta que hace, María. Yo me ocuparé de preparar el té y todo lo demás. Como el señor Hick ha salido, no habrá que hacer cena. Me quedaré contigo hasta que se te alivien un poco esas pobres piernas».

Los chicos la escuchaban, haciéndose todos la misma reflexión: «Si la señora Minns se pasó toda la tarde sentada en una silla con un ataque de reuma, no pudo incendiar la villa».

—¿Conque la pobre señora Minns no se levantó para nada de la mecedora? —preguntó Daisy—. ¿Es decir, hasta que se convencieron ustedes de que, efectivamente, había un incendio?

—No —repuso la señora Jones—. María permaneció sentada hasta que mi olfato descubrió que algo se quemaba. Primero me acerqué a husmear a la puerta de la cocina; después salí al jardín y vi el resplandor al fondo. Entonces grité: «¡Hay un incendio, María!

—al oírme, se puso más blanca que el papel—. ¡Vamos, María! —dije—. Tenemos que hacer algo». Pero la pobre María estaba tan aviada, que no pudo moverse de la silla.

Mentalmente, los muchachos tomaron nota de lo dicho. Saltaba a la vista que la señora Minns no tenía arte ni parte en el asunto. Con semejante ataque de reumatismo, era imposible que hubiese andado incendiando villas. Además, su hermana había estado con ella todo el tiempo. En resumidas cuentas: ¡que quedaba descartado otro sospechoso!

En aquel momento, la señora Minns abrió la puerta de la cocina y entró con expresión encolerizada, por haber tenido que subir a cambiarse el vestido, empapado de leche. Tras echar una mirada furibunda a Lily, reparó con sorpresa en la presencia de los tres niños.

—¿Qué tal, María? —exclamó la señora Jones—. ¿Cómo va ese reumatismo?

—Buenas tardes, señora Minns —saludó Daisy—. Hemos venido a traer una cabeza de pescado a «Dulcinea».

La señora Minns se puso radiante. Invariablemente, se enternecía cuando alguien tenía una fineza con su preciosa gata.

—Sois muy amables —agradeció la mujer.

Luego, dirigiéndose a su hermana, agregó:

—Mi reumatismo va mejor, aunque no sé lo que le pasará después de este remojón de leche. Esa chica está tan despistada que ha derramado toda la leche encima de mí.

—No lo hice aposta —protestó Lily, enfurruñada—. ¿Puedo ir a echar esta carta al correo?

—No —replicó la señora Minns—. Tienes que preparar el té para el señor Hick. Conque cesa ya de escribir cartas y trabaja un poco para variar.

—Quisiera que saliese en este correo —insistió Lily a punto de llorar.

—Pues quítatelo de la cabeza —repuso la señora Minns ásperamente.

Lily echóse a llorar, con gran consternación por parte de los pequeños visitantes. La pobre muchacha se levantó a preparar las tazas y los platillos de té.

Entretanto, los chicos se devanaban los sesos pensando cómo aludirían a Horacio Peeks, deseosos de obtener sus señas para poder ir a verle. Por fin Larry aventuró:

—¿No tiene aún un criado nuevo el señor Hick?

—Hoy han venido a ofrecerse algunos —respondió la señora Minns, sentándose en un sillón, cuyos muelles chirriaron desagradablemente bajo su peso—. Confío en que contrate a alguno menos presuntuoso que el señor Peeks.

—¿Vive el señor Peeks cerca de aquí? —inquirió Pip, con aire inocente.

—Sí —afirmó la señora Minns—. A ver, déjame pensar… ¡Nada, no puedo! ¡Cada día tengo menos memoria!

Para colmo de los males, cuando parecía que la señora Minns se hallaba a punto de recordar las señas de Horacio Peeks, sobrevino una inoportuna interrupción. De improviso, la puerta de la cocina abrióse de par en par, al tiempo que tres gatitos volaban por el aire y aterrizaban en el suelo entre maullidos y bufidos. Todos los presentes volviéronse a mirar, mudos de asombro.

El señor Hick estaba en la puerta, con su penacho de pelo erizado como la cresta de un loro.

—¡Esos bichos han invadido mi despacho! —vociferó—. ¿Cuándo se obedecerán mis órdenes en esta casa? ¡Si no están fuera de aquí esta noche, los ahogaré a todos!

Y en el momento en que se disponía a cerrar la puerta con un portazo, reparó en los tres niños. Entonces, señalándoles con el índice, avanzó hacia ellos farfullando:

—¿No os he echado ya una vez? ¿Cómo os atrevéis a volver por aquí?

Larry, Pip y Daisy se marcharon precipitadamente. No eran ni mucho menos cobardes, pero el señor Hick estaba tan furioso que temieron que los arrojase a la calle en la misma forma puesta en práctica con aquellos pequeños y lindos gatitos.

Los chicos corrieron por la calzada, pero cuando estaban a medio camino del portillo, Larry se detuvo, diciendo:

—Aguardad hasta que el viejo «Hiccup» se vaya de la cocina. Debemos obtener las señas de Horacio Peeks «a toda costa». De lo contrario, no podremos actuar.

Tras aguardar uno o dos minutos, volvieron a la cocina muy cautelosamente. La señora Minns charlaba con su hermana y Lily seguía preparando la vajilla del té. Los niños se asomaron a la puerta.

—¿Qué queréis ahora? —preguntó la señora Minns afablemente —. ¡A fe que echasteis a correr como ratones asustados! ¡Me dio risa veros!

—En el preciso momento en que entró el señor Hick estaba usted tratando de recordar las señas de Horacio Peeks —aventuró Larry.

—¿De veras? —murmuró la señora Minns—. ¡Ah, sí! Pasaron por mi memoria como un relámpago… y ahora he vuelto a olvidarlos. Vamos a ver…, dejadme pensar…, un momento.

Mientras la mujer reflexionaba y los niños aguardaban sin aliento, resonaron unas recias pisadas en el sendero del jardín, seguidas de una fuerte llamada a la puerta de la cocina.

La señora Minns acudió a abrir. ¡Era el señor Goon, el policía! Parecían condenados a tropezar constantemente con el viejo Ahuyentador.

—Buenos días, señora —dijo éste a la señora Minns, sacándose una voluminosa agenda negra del bolsillo—. Creo que me ha facilitado usted toda la información requerida respecto al incendio declarado en esta finca. Pero me gustaría formularle unas pocas preguntas acerca de ese sujeto llamado Peeks.

Los chicos se miraron, frunciendo el ceño. ¡Aquello significaba que el Ahuyentador andaba también tras Peeks!

—¿Sabe usted sus señas? —preguntó el policía, mirando a la señora Minns con sus saltones y desvaídos ojos azules.

—¡Qué casualidad, señor Goon! —exclamó la cocinera—. ¡Justamente estaba intentando acordarme de sus señas cuando usted ha llamado! Estos niños también desean saberlas.

—¿Qué niños? —masculló el Ahuyentador, sorprendido. Y asomando por la puerta vio a Larry, Daisy y Pip.

—¿Otra vez vosotros? —profirió con enojo—. ¡Largaos de aquí! ¡Qué fastidio de chicos! ¡Siempre metiéndose en donde no deben! ¿Para qué queréis saber las señas de Peeks? ¿Supongo que por simple curiosidad, no?

Los chicos guardaban silencio. Entonces, el señor Goon, con un expresivo ademán del pulgar, ordenó:

—¡Marchaos a casa! Aquí tengo que hacer una gestión personal. ¡Largaos!

No había más alternativa que «largarse», y así hicieron los niños, dirigiéndose al portillo con indignación, sintiéndose decepcionados.

—¡Justamente cuando la señora Minns estaba a punto de recordar las señas! —refunfuñó Larry.

—Confío en que no consiga acordarse de ellas —murmuró Pip, lúgubremente—. Si se acuerda, el Ahuyentador irá a ver a Peeks antes que nosotros.

—¡Sopla! —exclamó Daisy.

Sentíanse todos muy descorazonados. En el momento en que franqueaban el portillo, percibieron un quedo silbido procedente de los arbustos inmediatos. Los chicos se volvieron a mirar, todos a una.

Entre el verdor de los arbustos, apareció Lily con una carta en la mano. Semejaba asustada pero resuelta.

—¿Queréis echarme esta carta al correo? —preguntó—. Es para el señor Peeks, para advertirle que la gente le acusa de haber provocado el incendio. ¡Él no fue! ¡Me consta que no fue! ¿Echaréis esta carta al correo, verdad?

Procedente de la cocina llegó una voz airada:

—¡Lily! ¿Dónde estás?

La muchacha desapareció inmediatamente. Por su parte, los muchachos atravesaron el portillo, excitados y sorprendidos. Tras correr un rato, se detuvieron detrás de un «seto», con objeto de examinar el sobre de Lily. No tenía sello. Con las prisas, la muchacha habíase olvidado de ponerlo.

—¡Caracoles! —exclamó Larry—. ¡Después de estar toda la tarde tratando inútilmente de obtener las señas de Horacio Peeks, ahora resulta que nos las han servido poco menos que en bandeja!

—¡Qué suerte! —musitó Daisy—. ¡Qué contentísima estoy!

—El caso es… —empezó Larry, algo indeciso—. Vamos a ver, ¿de veras nos interesa que Peeks sea puesto sobre aviso? Si cometió el desaguisado, debe ser detenido y castigado. De eso no cabe duda. Ahora bien, si alguien le advierte de antemano que la gente

sospecha de él, es posible que emprenda la huida, en cuyo caso no podríamos desentrañar el misterio.

Por espacio de unos instantes, los tres se miraron en silencio. Por último, Pip tuvo una idea.

—¡Ya sé lo que debemos hacer! Hoy mismo, después del té, iremos a ver a Peeks, sin aguardar a mañana. Una vez le hayamos interrogado, decidiremos si es culpable o no. Y en caso de que lleguemos a la conclusión de que no lo es, ¡le daremos la carta de Lily!

—¡Buena idea! —celebraron los demás, complacidos—. Al fin y al cabo, no podemos enviar una carta sin sello. No tendrá, pues, nada de particular que se la entreguemos a mano.

Los chicos miraron la dirección. Ésta rezaba así:

Mr. H. Peeks.
Villa de la Hiedra.
Wilmer Green.

—Iremos en nuestras bicicletas —decidió Larry—. ¡Vamos! ¡Debemos advertir a los demás!

Capítulo X

Entrevista con el señor Horacio Peeks

Los tres acudieron a poner en antecedentes a Fatty y a Bets. «Buster» les saludó bulliciosamente.

—¡Hola! —dijo Fatty—. ¿Cómo os ha ido?

—Al principio, muy mal —declaró Larry—. Pero luego hemos tenido una racha de buena suerte.

Bets y Fatty escucharon con el máximo interés los incidentes de aquella tarde, examinando, emocionados, la dirección de Peeks en el sobre.

—De modo que Pip, Daisy y yo saldremos inmediatamente para Wilmer Green en bicicleta —concluyó Larry—. Está sólo a unas cinco millas de distancia. Pero, antes de salir, tomaremos el té.

—Yo también quiero ir —suplicó Bets al punto.

—A mí también «me gustaría» —suspiró Fatty—, pero creo que no estoy en condiciones.

—Tú quédate aquí con Bets —aconsejó Pip—. Será mejor que no vayamos muchos. A lo mejor Peeks sospecharía y se pondría en guardia.

—Siempre me excluís —lamentóse Bets tristemente.

—No, nada de eso —repuso Larry—. ¿De veras quieres una ocupación? Pues bien, averigua las señas del señor Smellie. Fatty te ayudará. Es posible que figuren en la guía telefónica o que alguien las sepa. Mañana las necesitaremos, pues nos proponemos ir a verle. ¡Debemos interrogar a todos los sospechosos!

—Por ahora, ya hemos descartado a dos de ellos —manifestó Pip —. La señora Minns no fue la autora del hecho, y estoy seguro de que el vagabundo tampoco tuvo nada que ver con ello. De modo

que sólo quedan el señor Smellie y el señor Peeks. ¡Ojalá encontrásemos a alguien calzado con zapatos de suela de goma, cuyos dibujos correspondiesen a los de las pisadas! ¡Sería una gran ayuda!

—Averiguaré las señas del señor Smellie —afirmó Bets, gozosamente, satisfecha de tener algo que hacer—. Traeré aquí la guía telefónica para que Fatty la consulte.

En aquel momento, sonó la campanilla del té. Los niños entraron corriendo en la casa, a lavarse y ponerse presentables, y a poco, se hallaban sentados, comiendo pan con mantequilla y mermelada. Larry y Daisy se quedaron también a tomar el té con sus amigos, pero Fatty tuvo que regresar al hotel porque su madre le aguardaba.

Después del té, Fatty regresó a reunirse con Bets, en tanto, Larry, Pip y Daisy sacaban sus bicicletas y emprendían la marcha. Conocían bien el camino de Wilmer Green.

—¿Qué excusa daremos para ver a Horacio Peeks? —interrogó Larry, mientras los tres pedaleaban vivamente.

A ninguno se le ocurrió ningún buen pretexto. Por fin, Pip tuvo una idea.

—Acerquémonos a la casa y pidamos un vaso de agua. Si está allí la madre de Peeks, hablará más que una urraca, y es posible que averigüemos lo que deseamos saber, esto es, dónde estaba Horacio Peeks la noche del incendio. Si su madre nos dice que estuvo en casa con ella toda la noche podremos descartarle.

—¡Excelente idea! —exclamó Larry—. Y ahora voy a decirte lo que haré yo, por mi parte; antes de acercarnos a la casa, soltaré el aire del neumático anterior de mi bicicleta, y, luego, con la excusa de hincharlo, aprovecharemos la ocasión para estar más rato charlando.

—¡Magnífico! —celebró Pip—. ¡Creo que cada vez nos estamos volviendo más listos!

Tras una dura marcha en bicicleta, llegaron al pueblo de Wilmer Green. Éste era un lugar muy bonito, con un estanque lleno de patos blancos. Apeándose de sus bicicletas, los chicos procedieron a buscar la Villa de la Hiedra. Una chiquilla les indicó la casa, la cual se hallaba muy retirada de la carretera, algo metida en un bosque.



Los muchachos se dirigieron a ella en sus bicicletas. Luego, desmontando de las mismas, se acercaron al viejo portillo de madera. Larry había soltado ya el aire de su neumático delantero y éste aparecía casi deshinchado.

—Yo pediré el agua —propuso Daisy.

Los chicos avanzaron hacia la puerta, la cual permanecía

entreabierta. Del otro lado de la misma llegaba el sordo rumor de una plancha.

Daisy llamó con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó una áspera voz.

—¿Podríamos tomar un vaso de agua? —inquirió Daisy.

—Entra a buscarla —respondió la voz.

Daisy empujó la puerta. Al punto vio a una anciana de cara desapacible, planchando una camisa.

—Ahí está el agua —dijo la mujer, indicando con un ademán de cabeza un grifo instalado sobre un fregadero—. Las tazas están detrás, en el anaquel.

Mientras Daisy abría el grifo, entraron los dos muchachos.

—Buenas tardes —dijeron cortésmente—. Muchas gracias por permitirnos tomar un poco de agua —agregó Larry—. Hemos pedaleado un buen trecho y estamos acaloradísimos.

La anciana lo miró con aprobación. Larry era un muchacho muy apuesto y hacía gala de exquisitos modales cuando quería.

—¿De dónde venís? —preguntó la mujer manipulando su plancha.

—De Peterswood —contestó Larry—. Supongo que no conoce usted ese pueblo, ¿verdad?

—Pues, sí, lo conozco —repuso la anciana—. Mi hijo servía allí, en casa de un tal señor Hick.

—¡Oh, qué casualidad! —exclamó Daisy, tomando un sorbo de agua—. La otra noche estuvimos en el jardín del señor Hick, cuando se declaró el incendio.

—¿Qué incendio? —murmuró la vieja, alarmada—. No estaba enterada de eso. Me figuro que no fue en la casa del señor Hick.

—No —replicó Pip—. En la villa que hace las veces de estudio. No hubo desgracias personales. Es raro que su hijo no se lo haya dicho… ¿Acaso no lo vio?

—¿Cuándo ocurrió ese incendio? —inquirió la anciana.

Pip la puso en antecedentes. La señora Peeks cesó de planchar, y, tras reflexionar unos instantes, declaró:

—Total, que fue el día que Horacio vino a casa. Por eso no estaba enterado de nada. Sostuvo una disputa con el señor Hick y fue despedido. Llegó aquí a primera hora de la tarde, dándome el

gran susto.

—En este caso, es natural que no se enterase del incendio —coligió Pip—. Supongo que estuvo toda la tarde con usted, ¿verdad?

—Pues no —repuso la señora Peeks—, no estuvo aquí. Después de tomar el té, salió con su bicicleta y no volví a verle hasta que anocheció. No le pregunté a dónde había ido. No soy de las que andan todo el día fisgoneando las idas y venidas de los demás. Supongo que fue al casino a jugar a las flechas. Nuestro Horacio es un gran tirador de flechas.

Los chicos cambiaron una mirada. ¡De modo que Horacio desapareció después del té y no regresó hasta la noche! Esto resultaba muy sospechoso. ¡«Sospechosísimo»! ¿Dónde estaba el joven criado aquella noche? ¡Habría sido tan sencillo volver a Peterswood en la bicicleta, esconderse en la zanja, incendiar la villa, y luego regresar, sin ser visto, en la oscuridad!

Larry se preguntó qué clase de zapatos llevaría Horacio. Echando una mirada circular a la cocina, vio un par de zapatos en un rincón, en espera de una buena cepilladura. Eran, más o menos, del tamaño de la huella, pero no tenían las suelas de goma. Tal vez Peeks llevaba los otros puestos en aquel momento. Todos deseaban que el joven hiciese acto de presencia.

—Tengo que ir a hinchar mi neumático delantero —dijo Larry, levantándose—. En seguida estaré listo.

Pero aunque dejó a los otros dos un margen de cinco minutos y pico para hablar, no hubo forma de averiguar nada más. Tras despedirse de la señora Peeks, Daisy y Pip acudieron a reunirse con Larry.

—No hemos averiguado nada más —susurró Pip—. ¡Hola! ¿Quién es éste? ¿No es Horacio?

Un joven delgaducho franqueó el portillo. Sobre su frente pendía un mechón de pelo. Su rostro se caracterizaba por una pequeña barbilla y unos ojos azules bastante saltones, como los del señor Goon. Pero lo que en él llamaba verdaderamente la atención era que… ¡Llevaba una americana de franela gris!

Los tres muchachos advirtieron el detalle inmediatamente. A Daisy se le aceleró el ritmo del corazón. ¿Habrían hallado, al fin, la persona que buscaban?

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Horacio Peeks.

—Hemos entrado a pedir un vaso de agua —explicó Larry, preguntándose cómo se las arreglaría para comprobar disimuladamente si la americana gris de Horacio ostentaba algún desgarrón.

—Y hemos averiguado que venimos del mismo pueblo donde vivió usted hace poco —intervino Daisy muy oportunamente—. Nosotros vivimos en Peterswood. No está muy lejos.

—Allí trabajaba yo —corroboró Horacio—. ¿Conocéis a ese viejo cascarrabias llamado señor Hick? Trabajé a su servicio, pero nunca nada le parecía bien. ¡Qué calamidad de viejo!

—Tampoco a nosotros nos es muy simpático —convino Pip—. ¿Sabe usted que hubo un incendio en su finca el día que usted se marchó?

—¿Cómo sabéis qué día me marché? —preguntó el señor Peeks, estupefacto.

—Muy sencillo —respondió Pip—. Al hablar del incendio a su madre, ésta nos ha dicho que, sin duda, la cosa ocurrió el día que se marchó usted, porque usted no sabía ni una palabra del asunto.

—Bien —gruñó Horacio—, todo cuanto se me ocurre decir es que ese tacaño, sórdido y avinagrado señor Hick merecía que se le quemase toda la finca. ¡Me gustaría haberlo visto!

Los niños le miraron, tratando de dilucidar si fingía o no.

—¿Así, no estaba allí? —inquirió Daisy, con voz inocente.

—¿A ti qué te importa dónde estaba? —espetó Peeks contrariado.

Y, volviéndose a Larry, que en aquel momento procedía a dar la vuelta a su alrededor para comprobar si había algún desgarrón en su americana de franela gris, le gritó:

—¿Y tú qué haces? ¡Cesa ya de husmear como un perro a mi alrededor!

—Lleva usted una mancha en la americana —justificóse Larry con la primera excusa que se le ocurrió—. Voy a quitársela.

Pero, al sacarse el pañuelo, ¡arrastró con él la carta que Lily habíale confiado para entregarla a Horacio Peeks! Para colmo, la misiva cayó al suelo con la dirección boca arriba. Al inclinarse a cogerla, Horacio se quedó mirándola, pasmado de asombro, al ver

su propio nombre en el sobre.

—¿Qué es esto? —farfulló, volviéndose a Larry.

—¡Oh, es para usted! —respondió el muchacho, furioso contra sí mismo por su torpeza—. Lily nos rogó que la echásemos al correo, pero teniendo que venir aquí, decidimos entregársela personalmente.

Como Horacio Peeks parecía dispuesto a formular ciertas preguntas embarazosas, Larry llegó a la conclusión de que lo mejor que podían hacer era marcharse.

—Bien, adiós —murmuró, llevándose la bicicleta al portillo—. Ya me encargaré de decirle a Lily que ha recibido usted su carta.

Cuando, tras montar en sus respectivas bicicletas, los tres muchachos procedían a alejarse, oyeron a sus espaldas la voz de Horacio gritándoles.

—¡Eh, chicos! ¡Volved aquí un instante!

Pero los chicos no hicieron caso. Sentíanse absolutamente desconcertados. Tras pedalear cosa de una milla y media, Larry se apeó de su bicicleta y fue a sentarse junto a un portillo.

—¡Venid acá! —gritó a los otros—. Es preciso que cambiemos impresiones.

Todos se sentaron en hilera, con expresión muy grave y varonil.

—No tengo perdón por haber dejado caer aquella carta del bolsillo tan tontamente —murmuró Larry, avergonzado de sí mismo —. De todos modos tal vez fue mejor así. Me figuro que las cartas deben ser entregadas a sus destinatarios, ¿no os parece? ¿Creéis que Horacio fue el autor del incendio?

—Las apariencias lo condenan —contestó Daisy pensativa—. Aquel mismo día riñó con el señor Hick, y su madre no sabe dónde se encontraba aquella noche. ¿Te fijaste si llevaba zapatos con suela de goma, Larry? ¿Viste si su americana de franela gris tenía algún desgarrón?

—No pude ver las suelas de sus zapatos —repuso Larry—, pero sí puedo asegurar que su americana estaba intacta. Sea como fuere, después de leer esa carta, el hombre se pondrá en guardia y ya no habrá nada que hacer.

Los muchachos siguieron conversando unos minutos, indecisos respecto al partido a tomar con Peeks. Por último, decidieron de

momento olvidarlo y dedicarse a averiguar qué clase de individuo era el señor Smellie. El enigma parecía circunscribirse a Horacio Peeks y el señor Smellie.

Tras montar de nuevo en sus bicicletas, reanudaron la marcha. Cesando de pedalear, se deslizaron por una ladera seguida de un recodo… y allí Larry chocó violentamente con otro ciclista. Ambos se vinieron abajo.

Larry se incorporó y, al dirigir una mirada de disculpa al hombre caído en la carretera, vio con horror que era el viejo Ahuyentador.

—¿Qué? —rugió el señor Goon en tono amenazador—. ¿Otra vez vosotros?

Larry se puso en pie precipitadamente. Los otros dos aguardaban un poco más allá, riéndose.

—¿Qué haces ahora? —aulló el señor Goon al ver que Larry enderezaba su bicicleta, disponiéndose a montar otra vez.

—¡Pues largarme! —gritó Larry—. ¿No lo ve usted? ¡Largarme inmediatamente!

Y los tres muchachos continuaron el descenso de la ladera entre risas, deteniéndose de cuando en cuando para comprobar si el viejo Ahuyentador había proseguido la marcha con el intento de interrogar a Horacio Peeks. Sin embargo, no tenían por qué preocuparse. Gracias a la carta de Lily, Horacio estaría ahora sobre aviso, y por ende, el señor Goon no podría sacarle gran cosa.

Capítulo XI

El vagabundo reaparece

A las siete, los tres niños remontaron la calzada de Pip. Por entonces, Bets estaba ya preocupada porque se acercaba la hora de acostarse y se sentía incapaz de hacerlo, sin antes saber las noticias aportadas por Larry, Daisy y Pip, al término de su excursión.

Ni que decir tiene que la pequeña dio un brinco de alegría al oír los timbres de sus bicicletas, al tiempo que éstas ascendían raudamente por la calzada. Hacía una tarde tan hermosa que Fatty, ella y «Buster» seguían aún en el jardín. Fatty había vuelto a examinar sus magulladuras, comprobando con satisfacción que, al presente, ostentaban un maravilloso tono púrpura. Aun cuando le dolían, no podía menos de sentirse orgullosísimo de ellas.

—¿Qué noticias traéis? —gritó Bets, en tanto se acercaban los tres viajeros.

—¡Un montón! —respondió Larry—. ¡Un momento! ¡Dejadnos recoger nuestras bicicletas!

A poco se hallaban todos sentados en la glorieta, con inclusión de «Buster», comentando los acontecimientos. A Fatty por poco se le salieron los ojos de las órbitas al oír que Larry había dejado caer involuntariamente la carta de Lily a los pies de Horacio Peeks.

—Pero el Ahuyentador está sobre la pista —intervino Pip—. Le hemos encontrado a nuestro regreso. Al dar la vuelta a un recodo, Larry le ha derribado de su bicicleta. Sin duda, ese hombre es más listo de lo que nos imaginamos. Nosotros le llevamos la delantera, pero él va atando cabos.

—Bien —decidió Fatty—. Lo que interesa es que mañana sin falta nos dediquemos al señor Smellie. Bets y yo hemos averiguado

sus señas.

—¡Buena faena! —celebró Larry—. ¿Dónde vive?

—Su domicilio está en la guía telefónica —explicó Bets—. Ha sido muy fácil encontrarlo porque en ella sólo figura un señor Smellie. Vive en la Villa del Sauce, en la Jeffreys Lane.

—¿Cómo? —exclamó Larry, sorprendido—. Esto está justamente en la parte trasera de nuestro jardín. Nunca supe quién vivía allí, porque jamás hemos visto a nadie en el jardín, a no ser una señora anciana.

—Probablemente se trata de la señorita Miggle, el ama de llaves —coligió Fatty.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Daisy con sorpresa.

—Porque Bets y yo hemos sido unos excelentes pesquisidores en el día de hoy —declaró Fatty, sonriendo—. Preguntamos a vuestro jardinero dónde estaba la Villa del Sauce y él nos dio razón en seguida, pues su hermano trabaja allí. Además, nos habló de la señorita Miggle y de las batallas que debe librar para que el viejo señor Smellie vaya limpio, coma a la hora y se acuerde de ponerse la gabardina cuando llueve.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —preguntó Larry—. ¿Está loco, chiflado o algo por el estilo?

—¡Oh, no! —replicó Bets—. Nada de eso. Es algo acabado en «ólogo». Se dedica al estudio de papeles y documentos antiquísimos, y sabe más que nadie acerca de ellos. Lo único que le interesa en el mundo son los manuscritos antiguos. El jardinero afirma que posee algunos muy valiosos.

—Bien —decidió Daisy, con la esperanza de llevar a cabo nuevas «indagaciones», como las denominaba Bets—. Aprovechando que vive tan cerca de nosotros, tal vez Larry y yo podríamos interrogarle mañana. Opino que estamos haciendo grandes progresos en el arte de interrogar a la gente. Apuesto cualquier cosa a que lo hacemos mejor que el viejo Ahuyentado. Cualquier sospechoso comprendería al punto las intenciones del señor Goon y extremaría las precauciones. En cambio, la gente no tiene inconveniente en hablar sin reserva a unos chicos como nosotros.

Entonces Larry, sacando sus notas de detrás de la tabla desprendida de la glorieta, empezó a escribir en ellas, diciendo:

—Debemos añadir unos pocos pormenores.

Por su parte, Pip abrió la fosforera, deseoso de comprobar si el pedacito de franela gris se parecía al género de la americana gris de Horacio Peeks. Era, en efecto, muy semejante al mismo.

—Con todo —observó Pip—, Larry no vio ningún desgarrón en la prenda, ni yo vi tampoco ninguno en sus pantalones, pese a lo mucho que me fijé en ellos.

Los muchachos contemplaron la franela gris. Tras meterla de nuevo en la caja, Pip desplegó el hermoso dibujo de Fatty de las huellas, sonriendo al recordar el rabo, las orejas y las manos a que tan solemnemente habíanse referido él y Larry cuando admiraron el dibujo por primera vez.

—Es un dibujo más que pasable, ¿no os parece? —comentó Pip.

Fatty se puso muy hueco, pero en esta ocasión tuvo la prudencia de no pronunciar una palabra.

—Me aprenderé de memoria esas marcas entrecruzadas —agregó Pip—. Así, si alguna vez tropiezo con ellas, al punto las reconoceré.

—Yo también me las aprenderé —espetó Bets, contemplando detenidamente el dibujo.

A poco, la pequeña tuvo la absoluta certeza de que si algún día descubría en el barro una huella con aquellas características, la reconocería inmediatamente.

—Ya he terminado mis notas —anunció Larry—. De hecho, nuestras pistas no nos han sacado de ningún apuro. Lo que debemos averiguar es si Peeks lleva zapatos con suela de goma y no olvidarnos de efectuar la misma averiguación con respecto al señor Smellie.

—Pero a lo mejor no los llevan puestos —objetó Fatty—. Podría ser que los hubiesen metido en el armario o guardado en su dormitorio.

—¿Qué os parece si echásemos un vistazo al armario donde guarda sus botas el señor Smellie? —propuso Larry, pese a no tener la más pequeña idea de cómo proceder a aquel cometido—. Atended: hay cuatro sospechosos. Uno era la señora Minns, pero, como según su hermana tuvo un ataque de reuma aquel día y permaneció toda la tarde sentada en una silla, no pudo ser la autora

del hecho. Según eso, los sospechosos quedan reducidos a tres. El vagabundo era otro de ellos, pero como no lleva zapatos con suela de goma ni chaqueta gris, ni se alejó rápidamente de estos contornos como era de esperar, prácticamente podemos descartarle a él también. De modo que nos quedan sólo dos sospechosos.

—Yo creo que el culpable es Horacio Peeks —declaró Pip—. ¿Por qué no nos dijo dónde estaba la noche del incendio? Eso es muy sospechoso.

—Bien —concluyó Larry—. Si el señor Smellie nos dice dónde estaba él, el único sospechoso será Horacio Peeks. Entonces le dedicaremos toda nuestra atención y averiguaremos cómo son sus zapatos, si tiene alguna americana gris con un desgarrón, y qué hizo durante las horas de aquella noche.

—¿Y después de eso, qué haremos? —interrogó Bets—. ¿Ir a contárselo a la policía?

—¿Cómo? —protestó Larry—. ¿Contárselo al viejo Ahuyentador y permitir que recoja él todos los laureles? ¡Ni hablar! Iremos a ver directamente al inspector de policía, el señor Jenks. Es el jefe de toda la policía de esta región. Papá le conoce mucho. Es un hombre muy listo e inteligente, y vive en el pueblo vecino.

—Creo que me daría miedo verle —murmuró Bets—. Sin ir más lejos, el viejo Ahuyentador ya me intimida un poco.

—¡Bah! —replicó Fatty—. ¿Miedo de ese vejete con ojos de rata? Deberías hacer lo que Larry; ¡deslizarte por una ladera en tu bicicleta y derribarlo en el recodo!

Todos se rieron. A poco, repicó una campanilla y los cinco se levantaron, en tanto «Buster» corría, alborozado, en torno a sus piernas. Tras darles las buenas noches, Fatty se marchó a cenar con su padre al hotel. Larry y Daisy regresaron a casa en sus bicicletas. Pip fue a cenar y Bets a acostarse. En cuanto a «Buster», siguió a su joven dueño. Aquella noche Fatty se retiró a descansar muy temprano porque le dolían mucho los golpes y tenía aún el cuerpo anquilosado.

—Mañana vendrá aquel viejo vagabundo a buscar las botas que le guarda mamá —dijo Pip a Bets—. Aprovecharemos la ocasión para formularle unas pocas preguntas.

—¿Qué preguntas? —inquirió Bets.

—Le preguntaremos si vio a Horacio Peeks escondido en la zanja. Si responde afirmativamente, tendremos mucho ganado.

Ninguno de los cinco durmió muy bien aquella noche, pues todos ellos se hallaban bajo los efectos de la excitación producida por los sucesos de la jornada. Bets soñó que el Ahuyentador la metía en la cárcel, acusándola de ser la autora del incendio; ni que decir tiene que la niña se despertó con un grito de angustia. Tampoco Fatty pudo descansar mucho, debido a sus contusiones; como le dolía todo el cuerpo, no acertaba con la posición adecuada sobre su mullido colchón.

Antes de separarse, los chicos habían dispuesto que, al día siguiente, Pip, Bets y Fatty permanecerían en el jardín de los primeros en espera del vagabundo, y que Pip se encargaría de interrogarle. Larry habíale aleccionado respecto a lo que debía preguntar.

—Saca las botas y pónselas a la vista para darle dentera —aconsejó Larry—. Pero no se las entregues hasta que haya contestado a tus preguntas. Si no hay respuesta, no hay botas, ¿entiendes?

Así, pues, al día siguiente, Fatty y «Buster» reuniéronse con Pip y Bets, y los cuatro procedieron a aguardar al vagabundo.

Éste no tardó en aparecer. El hombre se deslizó disimuladamente por el portillo trasero, mirando a su alrededor como si temiera la presencia de algún perseguidor. El pobre diablo seguía llevando aquellos horribles zapatones agujereados que dejaban al descubierto sus dedos.

Al verle, Pip le llamó en voz baja.

—¡Hola! ¡Venga usted acá!

El vagabundo buscóle con la mirada.

—¿No habéis advertido a ese viejo polizonte? —preguntó el hombre con recelo.

—¡Naturalmente que no! —repuso Pip, impacientemente—. Le tenemos tanta antipatía como usted.

—¿Has conseguido las botas? —inquirió el vagabundo.

Pip asintió en silencio. El viejo vagabundo se acercó al muchacho con paso vacilante y Pip le condujo a la glorieta. Sobre una mesita de madera instalada allí hallábanse las botas. Los ojos

del vagabundo centellearon al verlas.

—Son estupendas —masculló—. Me estarán que ni pintadas.

—Aguarde un momento —ordenó Pip, al tiempo que el hombre tendía la mano para tomarlas—. Antes deseamos que responda usted a unas pocas preguntas.

El vagabundo le miró con expresión adusta.

—Ya os dije que no quiero meterme en camisas de once varas —refunfuñó.

—Pues claro que no —tranquilizóle Pip—. Puede usted estar seguro de que no le traicionaremos. Lo que nos diga no saldrá de nosotros.

—¿Qué queréis saber? —preguntó el vagabundo.

—¿Vio usted a alguien escondido en el jardín del señor Hick la noche del incendio? —inquirió Fatty.

—Sí —respondió el vagabundo—. Vi a alguien entre los arbustos.

Bets, Pip y Fatty escucharon sin aliento.

—¿De veras? —insistió Pip.

—¡Naturalmente! —asintió el viejo—. Aquella noche vi a una porción de gente en el jardín.

—¿Dónde se encontraba usted? —inquirió Bets, curiosamente.

—Eso no es de vuestra incumbencia —repuso el vagabundo secamente—. No hacía daño a nadie.

Pip pensó muy atinadamente:

«A buen seguro se dedicaba a acechar el gallinero en espera de una oportunidad para robar uno o dos huevos, pese a la advertencia del viejo Hiccup».

Los tres chicos y el vagabundo se miraban de hito en hito.

—La persona que se ocultaba entre los arbustos, ¿era un joven con un mechón de pelo sobre la frente? —preguntó Pip, refiriéndose a Horacio Peeks—. ¿Tenía los ojos saltones?

—No me fijé en los ojos —replicó el vagabundo—. Pero aseguraría lo del mechón. Cuchicheaba con alguien, pero no pude ver con quién.

Eso constituía una novedad. ¡Horacio Peeks escondido entre los arbustos con otra persona! Según esto, ¿había dos individuos implicados en la fechoría?

Era desconcertante. ¿Cabía la posibilidad de que Horacio Peeks y el señor Smellie hubiesen maquinado el incendio juntos? Los niños no sabían qué pensar.

—Oiga usted —instó Pip.

Pero el vagabundo no estaba dispuesto a proseguir.

—Vengan estas botas de una vez —gruñó tendiendo la mano para tomarlas—. No pienso decir una palabra más. Si no voy con tiento, me meteré en un berenjenal. Y no quiero complicaciones. Yo soy un hombre honrado.

Y, sin pronunciar una palabra más, se puso las botas.

—Parece que se haya quedado mudo —lamentóse Pip, mientras el hombre se alejaba con sus botas nuevas, que le estaban un poco grandes pero muy cómodas.

—El asunto se pone cada vez más misterioso —murmuró Fatty —. Ahora resulta que había «dos» personas escondidas en el jardín en vez de una. No cabe duda que una de ellas era nuestro querido Horacio. Pero ¿y la otra? Tal vez Larry y Daisy nos traerán alguna noticia cuando vuelvan.

«Buster» estuvo gruñendo casi todo el tiempo que el vagabundo permaneció en la glorieta, hasta el punto que Fatty había tenido que sujetarlo para que no se abalanzase sobre el desaliñado viejo. Más, en aquel momento, el perrito se puso a ladrar alegremente.

—Son Larry y Daisy —exclamó Bets—. ¡Ojalá trajesen buenas noticias!

Capítulo XII

El señor Smellie… y un zapato con suela de goma

Larry y Daisy habían pasado una mañana muy agitada. Ambos estaban decididos a interrogar al viejo el señor Smellie lo antes posible, y acabar de una vez. Los dos hermanos discutieron el mejor medio de abordarle.

—No podremos pedirle un vaso de agua o algo por el estilo —comentó Daisy—. No se me ocurre ningún pretexto para justificar nuestra visita.

Ambos reflexionaron profundamente unos instantes. Por último, Larry propuso:

—¿Qué te parece si arrojásemos nuestra pelota a su jardín?

—¿Y qué sacaríamos con ello? —interrogó Daisy.

—¡Si serás tonta! —exclamó Larry—. Pues nos encaramaríamos a la tapia y aguardaríamos a que el señor Smellie nos viese y nos interpelase.

—Ya comprendo —murmuró Daisy—. Sí, parece una buena idea. Vamos a ponerla en práctica.

Así, pues, Larry lanzó su pelota hacia lo alto, y ésta, pasando por encima de los árboles, fue a caer en medio del prado de césped del jardín contiguo. Entonces, ambos hermanos corrieron hacia la tapia del fondo y en un abrir y cerrar de ojos saltaron al otro lado y se encontraron entre los arbustos del extremo del jardín del señor Smellie.

Sin arredrarse avanzaron al prado de césped en busca de la pelota. Veíanla perfectamente, ya que ésta se hallaba en el borde de

un macizo de rosales. Mientras fingían buscarla, se hablaban a voces el uno al otro, esperando que alguien les oyese desde el interior de la casa y acudiese a una ventana.

A poco se abrió una ventana situada a la derecha del edificio y se asomó a ella un hombre con la cabeza completamente calva y una enmarañada barba que le llegaba casi a mitad de su chaleco. Además, llevaba unas recias gafas con montura de concha que agrandaban extraordinariamente sus ojos.

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó.

Entonces Larry se acercó a la ventana, y apostándose bajo ella, dijo con extrema cortesía:

—Le ruego que nos disculpe, señor, pero es que se nos ha caído la pelota a su jardín y estamos buscándola.

Una ráfaga de viento agitó el cabello de Daisy, esparciéndolo sobre la cara. Al propio tiempo, meció la barba del señor Smellie y azotó los papeles dispuestos sobre el escritorio junto a él. Uno de ellos flotó en el aire, volando por la ventana. El señor Smellie intentó en vano cogerlo al vuelo, pero el papel cayó al suelo.

—Yo se lo recogeré, señor —brindóse Larry cortésmente.

Y devolviéndoselo al viejo de la barba, exclamó:

—¡Qué papel más raro!

Era, en efecto, grueso y amarillento, cubierto de una curiosa escritura.

—Es un pergamino —explicó el señor Smellie, mirando a Larry con sus ojos miopes—. Es un documento antiquísimo.

Larry se dijo que acaso surtiría efecto fingir un gran interés en los documentos antiguos.

—¡Oh, señor! ¿De veras es tan antiguo? ¿A qué época pertenece? ¡Qué interesante!

—Tengo otros mucho más antiguos —declaró el señor Smellie, satisfecho de que el muchacho mostrase tanto interés—. Me dedico a descifrarlos, a leerlos, ¿sabes? De ese modo aprendemos muchas cosas interesantes de la historia antigua.

—¡Qué maravilloso! —exclamó Larry—. ¿Sería pedir demasiado que me enseñase algunos documentos antiguos, señor?

—¡No faltaba más, muchacho! —accedió el señor Smellie, radiante de satisfacción—. Ya puedes entrar. Creo que encontrarás

la puerta abierta.

—¿Podría entrar también mi hermana? —preguntó Larry—. A ella le interesan mucho estas cosas.

«¡Cielos!» —pensó el señor Smellie, contemplándolos mientras se alejaban—. «¡Qué niños más particulares!».

En el momento en que ambos hermanos procedían a limpiarse los pies en el felpudo, una mujer menudita, con aspecto de pájaro, salió precipitadamente de una habitación inmediata.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó mirándolos sorprendida—. Ésta es la casa del señor Smellie y el señor no quiere que entre nadie.

—Él mismo nos ha invitado —repuso Larry, cortésmente—. Ya nos hemos limpiado muy bien los pies.

—¿Que él mismo os ha invitado? —repitió la señorita Miggle, el ama de llaves, estupefacta—. ¡Pero si jamás invita a «nadie» como no sea al señor Hick! Y, desde que se pelearon, nuestro vecino no ha vuelto a poner los pies aquí.

—¡Pero tal vez el señor Smellie ha visitado al señor Hick! —sugirió Larry sin cesar de limpiarse los pies, deseoso de proseguir la conversación.

—Nada de eso —replicó la señorita Miggle—. Precisamente me dijo que no pensaba visitar a nadie que le gritase en la forma que lo había hecho el señor Hick. ¡Pobre señor! La verdad es que no merece que le griten. Es muy distraído e incluso un poco raro en ocasiones, pero desconoce la maldad, eso desde luego.

—¿No se acercó a ver el fuego cuando ardió el estudio del señor Hick? —preguntó Daisy.

La señorita Miggle meneó la cabeza negativamente.

—A eso de las seis salió a dar su acostumbrado paseo. Pero regresó antes de que el incendio fuese descubierto.

Los niños cambiaron una mirada. ¿De modo que el señor Smellie había salido aquella noche? ¿No sería posible que se hubiese deslizado en la finca del señor Hick para pegar fuego a la villa y regresar después?

—¿Visteis vosotros el fuego? —inquirió el ama de llaves, con interés.

Pero los muchachos no pudieron responder a su pregunta porque en aquel momento apareció el señor Smellie, extrañado de su

tardanza. Larry y Daisy entraron con él en su despacho, un desordenado aposento, atestado de papeles, con las paredes materialmente cubiertas de libros.

—¡Válgame Dios! —exclamó Daisy, echando una mirada circular —. ¿No arregla nunca nadie esta habitación? ¡Apenas se puede andar sin pisar papeles!

—La señorita Miggle tiene prohibido limpiar esta habitación — repuso el señor Smellie, calándose las gafas para evitar que resbalasen, como de costumbre, por su pequeña nariz—. Ahora os enseñaré esos antiquísimos manuscritos, escritos en el año…, dejadme pensar…, en el año… Tendré que consultarlo otra vez. Lo sabía perfectamente, pero ese individuo llamado Hick siempre me contradice; luego me arma un embrollo y no logro acordarme.

—Me figuro que la discusión que sostuvo usted con él hace uno o dos días le trastornó a usted de verdad —aventuró Daisy solícitamente.

El señor Smellie quitóse las gafas y, tras limpiarlas cuidadosamente, volvió a ponérselas sobre la nariz.

—Sí —asintió—. Me trastornó mucho. No me gustan las disputas. Hick es un hombre muy inteligente, pero se pone furioso si no le doy la razón en todo. Ahora, veamos este documento…

Los chicos escucharon pacíficamente, sin entender una sola palabra del largo discurso que les endosó el señor Smellie. Olvidando por completo que hablaba a unos niños, el anciano caballero dirigióse a Larry y a Daisy como si fuesen personas tan sabias como él. Como es de suponer, ambos hermanos empezaron a sentir los efectos del aburrimiento, y aprovechando el momento en que el profesor se volvió a tomar otro fajo de documentos antiguos, Larry cuchicheó a Daisy:

—Ve a ver si encuentras alguno de sus zapatos en la alacena del vestíbulo.

Daisy salió con disimulo. El señor Smellie no pareció advertir su ausencia. Larry se dijo que, a buen seguro, tampoco se daría cuenta de la suya si él también optase por marcharse.

Daisy encontró la alacena del vestíbulo y abriendo la puerta, entró en su interior. Hallábase llena de botas, zapatos, chanclas, bastones y chaquetas. Sin perder un momento, Daisy examinó los

zapatos. Parecían corresponder al tamaño de la huella, pero no tenían suelas de goma.

De improviso, la muchacha dio con lo que buscaba. ¡Encontró un par de zapatos con suelas de goma! ¡Qué estupendo! ¡Tal vez eran los verdaderos! Daisy miró sus dibujos, pero por más esfuerzos que hizo no pudo recordar los del dibujo de la huella. ¿Serían o no serían iguales a los que estaba contemplando?

«Tendré que comprobarlo —pensó la niña—. Me llevaré uno de estos zapatos a casa y comprobaré si su suela de goma corresponde a la del dibujo de la pisada. No tardaremos en averiguar si son los verdaderos».

Metiéndose un zapato en la parte anterior de su «jersey», pese a imaginar el sospechoso bulto que formaba allí, Daisy salió de la alacena del vestíbulo, yendo a tropezar de narices… ¡con la señorita Miggle!

El ama de llaves quedóse viendo visiones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. Supongo que no andas jugando al escondite.

—Pues no —repuso Daisy sin saber qué decir—. No estaba haciendo eso exactamente.

La señorita Miggle entró una bandeja de bollos y leche al despacho, donde el señor Smellie seguía martirizando al pobre Larry con su interminable discurso. La mujer colocó la bandeja encima de la mesa. Daisy siguióla a poca distancia, con la esperanza de que nadie reparase en el enorme bulto que llevaba debajo del «jersey».

—He pensado que a los niños les gustaría compartir su bocadillo de las once, señor —dijo la señorita Miggle.

Volviéndose a mirar a Daisy, exclamó:

—¡Válgame Dios, muchacha! ¿Qué llevas debajo de tu «jersey»? ¿El pañuelo? ¡Vaya sitio para guardarlo!

Larry echó una ojeada a su hermana y no pudo menos de sorprenderse al ver aquel bulto debajo de su «jersey».

—Suelo guardar toda clase de objetos debajo de mi «jersey» —explicó Daisy con la esperanza de que nadie le hiciese mostrar lo que llevaba.

Afortunadamente, nadie se lo pidió. Larry estuvo a punto de

hacerlo, pero se reprimió a tiempo, al observar que el bulto tenía decididamente la forma bien visible de un zapato.

Los niños tomaron leche con bollos, pero el señor Smellie no tocó su ración. La señorita Miggle tirábale de la manga, tratando de interrumpir su charla y obligarle a comer y beber.

—Tómese la leche ahora, señor —repetía la mujer—. Recuerde usted que esta mañana no ha desayunado.

Y volviéndose a los niños, añadió:

—Desde la noche del incendio, el pobre el señor Smellie está trastornado. ¿Verdad, señor?

—Naturalmente —asintió el señor Smellie—. La pérdida de aquellos documentos únicos e irreemplazables me produjo una dolorosísima impresión. Valían miles de libras. Ya sé que Hick los tenía asegurados y que seré indemnizado debidamente, pero eso no resuelve nada. Los documentos tenían un valor incalculable.

—¿Fueron ellos el motivo de la discusión entablada por ustedes aquella mañana? —preguntó Daisy.

—¡Oh, no! —replicó el señor Smellie gravemente—. Veréis: Hick dijo que esos documentos que veis aquí, los que acabo de mostraros, fueron escritos por un hombre llamado Ulino, pero yo sé perfectamente que fueron escritos por tres personas diferentes. El caso es que no puedo hacerle entrar en razón. Y él se puso tan furioso que prácticamente me echó de su casa. De hecho, consiguió asustarme tanto, que me olvidé los documentos allí.

—¡Pobre señor Smellie! —suspiró Daisy compasiva—. Me figuro que no se enteró usted de lo del incendio hasta la mañana siguiente.

—¡Efectivamente! —afirmó el señor Smellie—. ¡No me enteré absolutamente de nada!

—¿No pasó usted cerca de la casa del señor Hick cuando fue a dar su paseo vespertino? —interrogó Larry—. En tal caso, es posible que hubiese visto indicios de fuego.

El señor Smellie semejaba desconcertado. Sus gafas resbaláronse de la nariz. El anciano profesor volvió a ponérselas con manos temblorosas.

—Vamos, vamos —animóle la señorita Miggle, poniéndole una mano en el brazo—. Bébase usted la leche, señor. Hace un par de días que no parece usted el mismo. Me dijo usted que no recordaba

adonde había ido aquella tarde. Todo cuanto sabía es que anduvo vagando sin rumbo fijo.

—Sí —asintió el señor Smellie, sentándose pesadamente en una silla—. Eso es lo que hice, ¿verdad, Miggle? Vagar de acá para allá. A veces, no recuerdo lo que hago, ¿verdad?

—En efecto, señor —corroboró la afable señorita Miggle, dándole palmaditas en el hombro—. La disputa y el incendio le han trastornado terriblemente. ¡No se preocupe usted, señor!

Luego, volviéndose a los niños, dijo en voz baja:

—Será mejor que os vayáis. El señor está un poco trastornado.

Los niños asintieron en silencio. Una vez en el jardín, saltaron de nuevo la tapia.

—¿Curioso, eh? —comentó Daisy—. ¿Por qué se condujo tan extrañamente cuando le preguntamos qué hizo la tarde del incendio? ¿Qué supones tú, Larry? ¿Que él incendió la villa y se ha olvidado de ello, o bien lo recuerda y está asustado?

—Es un enigma —masculló Larry—. Parece una persona muy apacible, incapaz de llevar a cabo la fechoría que supone incendiar una villa. Pero, a lo mejor, tiene el carácter violento cuando conviene. ¿Qué «llevas» debajo del «jersey», Daisy?

—Un zapato con suela de goma —declaró Daisy sacándolo de su escondrijo—. ¿Crees que corresponde al de la huella?

—A primera vista diría que sí —murmuró Larry excitándose—. ¡Vayamos a reunimos con los demás y lo compararemos con el dibujo! ¡De prisa! ¡Me consume la impaciencia!

Capítulo XIII

Una sorprendente conversación con Lily

Larry y Daisy corrieron a reunirse con los demás. Todos contemplaron, excitados, el zapato que llevaba Daisy en la mano.

—¡Daisy, oh, Daisy! —exclamó Fatty—. ¿Has encontrado los zapatos de suela de goma pertenecientes al hombre que incendió la villa?

—Así creo —respondió Daisy con aire importante—. Veréis lo que ha pasado: Larry y yo fuimos a ver al señor Smellie, según lo planeado, y mientras el profesor hablaba con Larry, yo me deslicé fuera del despacho a registrar la alacena del vestíbulo donde guardaba los zapatos y sus cosas. Y entre los zapatos encontré un par con las suelas de goma, cuyos dibujos aseguraría que son iguales que los de las huellas que descubrimos.

Los niños se apiñaron a su alrededor para examinarlos.

—De hecho se parecen mucho a los del zapato derecho —observó Pip.

—¡Lo «son»! —declaró Fatty—. Puedo asegurarlo, puesto que fui yo el que dibujó las huellas.

—Pues «yo» no soy del mismo parecer —objetó Bets inesperadamente—. Los cuadritos de esta suela no son tan grandes como los del dibujo. Casi lo aseguraría.

—¿Y tú qué sabes? —repuso Pip desdeñosamente—. Creo que nos hallamos en posesión del zapato derecho y lo demostraremos. Saca el dibujo de la glorieta, Fatty.

Todos examinaron alternativamente el dibujo y la suela del zapato del señor Smellie. Tras un detenido examen, suspiraron desilusionados.

—Bets tenía razón —murmuró Fatty—. Los cuadrados de esta suela no son tan grandes como los de mi dibujo. Y me consta que mi dibujo es exacto, porque tuve la precaución de medirlo todo cuidadosamente. Yo soy un as en estos cometidos. Nunca me…



—¡Cállate ya! —ordenó Larry, que no podía soportar las

fanfarronerías de Fatty—. Lo importante es que, como has dicho, Bets tenía razón. ¡Te felicitamos, pequeña Bets!

Bets acogió el elogio radiante de satisfacción. Tal como había anunciado a sus compañeros, «había» conseguido aprenderse aquel dibujo de memoria. Pero, por otra parte, se sintió tan desilusionada como los demás, al comprobar que, a fin de cuentas, Daisy no había hallado el verdadero zapato.

—Resulta terriblemente difícil ser un Pesquisidor, ¿no os parece? —comentó Bets—. No hacemos más que descubrir cosas que no conducen a nada o que aún complican más el asunto. Oye, Pip: ahora cuenta a Larry y a Daisy lo que dijo el vagabundo.

—De modo que como veis la cosa se está convirtiendo en un verdadero rompecabezas —concluyó Pip—. El vagabundo vio a Peeks escondido entre los arbustos; pero, además, le oyó cuchichear con alguien. ¿Os parece que su interlocutor podría haber sido el viejo señor Smellie? Decís que el profesor salió a dar un paseo aquella tarde, y sabemos que, hacia la misma hora, Peeks se hallaba también ausente de su casa. ¿Opináis que maquinaron el incendio juntos?

—Es posible que lo hicieran —murmuró Larry pensativo—. Sin duda se conocen y cabe la posibilidad de que aquel día se reunieran y decidieran castigar al viejo Hiccup por su irascibilidad. ¿Cómo podríamos averiguarlo?

—¿Qué os parece si volviésemos a ver al señor Smellie? —propuso Daisy—. De todos modos, debemos devolverle el zapato. No podemos quedárnoslo. ¿Alguno de vosotros ha visto hoy al Ahuyentador?

Ninguno había tenido aquel gusto, ni lo deseaba. Los niños discutieron el próximo paso a dar. A la sazón, todo aparecía muy embrollado y complicado. Aun cuando habían descartado a la señora Minns y al vagabundo de su lista de sospechosos, semejaba imposible establecer la posible culpabilidad de Peeks o de Smellie, o de ambos a la vez.

—No sería mala idea ir a ver a Lily —propuso Fatty inopinadamente—. A buen seguro nos contaría algo referente a Horacio Peeks. Al fin y al cabo, le escribió una carta para advertirle. Según eso, es posible que Lily sepa más de lo que nos figuramos.

—Pero Lily no estaba en la casa aquella tarde —objetó Daisy—. Recordad que nos dijo que era su tarde libre.

—Bien —gruñó Fatty—, ¿y quién nos asegura que no volvió a casa de Hiccup para esconderse en el jardín?

—A este paso va a resultar que medio pueblo estuvo escondido en aquel jardín la tarde del incendio —repuso Larry—. El viejo vagabundo se hallaba allí; suponemos que Smellie también merodeaba por los alrededores; sabemos que Peeks andaba entre arbustos, y ahora Fatty nos sale con que a lo mejor Lily hizo lo mismo.

—Sí —convino Fatty sonriendo—. Reconozco que resulta realmente curioso pensar lo lleno que estaba el jardín de Hiccup aquella tarde. Pero prescindiendo de esto, ¿no creéis que sería acertado ir a ver a Lily? No sospecho de «ella» en absoluto, pero no estaría de más interrogarla por si acaso tiene algo interesante que decirnos.

—Sí —convino Larry—, es una buena idea. ¡Sopla! ¡Ya os llaman a comer, Pip! ¿Oís la campanilla? Tendremos que aplazar nuestras pesquisas hasta la tarde. Iremos todos a ver a Lily y volveremos a llevar algo de comer a la gata y a los gatitos. Otra cosa, ¿qué haremos con el zapato del señor Smellie? ¿Cuándo lo dejamos donde estaba?

—Será mejor que lo hagamos esta misma tarde —aconsejó Daisy —. Tú te encargarás de ello, Larry, en cuanto anochezca. Seguramente encontrarás la puerta abierta. Entonces puedes colarte dentro y meter el zapato en la alacena.

—De acuerdo —accedió Larry, levantándose—. Volveremos aquí después de comer, amigos. A propósito, ¿cómo están tus contusiones, Fatty?

—Estupendamente —respondió el gordito orgullosamente—. ¿Quieres verlas?

—Ahora no puedo entretenerme —replicó Larry—. Ya me las enseñarás esta tarde. ¡Hasta luego!

—Una de ellas está ya casi amarilla —jactóse Fatty.

Pero Larry y Daisy habíanse marchado ya. Pip y Bets precipitáronse a la casa, temerosos de que les riñeran si tardaban. Y Fatty volvió con «Buster» a su hotel, con la esperanza de que sus

amigos no se olvidasen de sus magulladuras por la tarde.

A las dos y media volvieron a reunirse todos. Daisy se había detenido en la pescadería a comprar un poco de pescado para los gatos. Atraído por su intenso olor, «Buster» no cesaba de importunar a la muchacha para que deshiciera el paquete. Nadie preguntó a Fatty por sus contusiones.

El chico sintióse tan ofendido, que permaneció sentado, con expresión mohína, mientras los demás discutían el interrogatorio de Lily. Por fin Bets, observando su cara de circunstancias, preguntóle, sorprendida:

—¿Qué te pasa, Fatty? ¿Te encuentras mal?

—No —repuso el chico—. Sólo un poco anquilosado.

—¡Ah, pobre Fatty! —exclamó Daisy con una pequeña carcajada —. ¡Dijimos que miraríamos sus contusiones y no nos hemos acordado!

Todos rieron.

—Fatty es un verdadero chiquillo —comentó Larry—. ¡Ánimo, gordito! Muéstranos tus golpes y permítenos admirarlos uno por uno, grandes, medianos y chicos.

—No vale la pena hablar más de ello —replicó Fatty muy tieso —. Vamos, marchémonos de una vez. De lo contrario llegará la hora del té y aún estaremos aquí charlando.

—Ya veremos sus contusiones a la hora del té —cuchicheó Daisy a Larry—. ¡Ahora está demasiado enfurruñado!

Y sin más preámbulos descendieron calle abajo en busca de Lily. Esta vez tenían la certeza de que Hiccup no volvería a sorprenderlos, porque Pip le había visto pasar en su coche un poco antes.

—Uno o dos de nosotros deberíamos entablar conversación con la señora Minns mientras los demás interrogan a Lily en el jardín. Veremos qué pasa.

Pero, afortunadamente, todo resultó muy fácil. La señora Minns había salido y gracias a ello sólo encontraron a Lily en la cocina. La muchacha se mostró complacida al ver a los niños y a «Buster».

—Voy a poner a «Dulcinea» y a los gatitos en el vestíbulo —dijo —. Luego cerraré la puerta y así podrá entrar vuestro perrito. ¡Me gustan los perros! ¡«Buster», «Buster»! ¿Quieres un hueso?

Al poco, la gata y los gatitos se hallaban a salvo al otro lado de la puerta y «Buster» procedía a comerse un hueso en el suelo. Lily sacó unas pastillas de chocolate de un cajón y repartiólas entre los presentes. Los chicos estaban encantados con ella. Lily parecía mucho más alegre y cariñosa cuando no la atosigaba la señora Minns como siempre lo hacía.

—Ya entregamos aquella carta a Horacio Peeks —comunicóle Larry—. Nos parece que el señor Peeks estaba perfectamente.

—Sí, hoy he recibido carta suya —murmuró Lily entristeciéndose súbitamente—. Aquel horrible señor Goon fue a verle y le dijo toda clase de barbaridades. Horacio está tan preocupado, que no sabe qué hacer.

—¿Así, pues, el señor Goon le acusó de ser el autor del incendio? —inquirió Daisy.

—Sí —contestó Lily—. Una porción de gente anda diciendo lo mismo. Pero no es verdad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Fatty.

—Porque «lo sé» —insistió Lily.

—¿Cómo vas a saberlo si, según dices, no estabas aquí aquella tarde? —objetó Larry—. Podría haber sido Horacio, y tú no haberte enterado.

De pronto Lily susurró con aire misterioso:

—Si os cuento algo, ¿me prometéis no decir una palabra a nadie? Decid todos a una: «Palabra de honor que no diré nada a nadie».

Los cinco niños recitaron la frase solemnemente. Entonces Lily, dando muestras de un gran alivio, declaró:

—En este caso, ahí va eso: voy a deciros por qué sé positivamente que Horacio no es culpable. Lo sé porque aquel día me reuní con él a las cinco de la tarde y estuve en su compañía hasta que llegué aquí a las diez, hora en que debo estar de vuelta.

Los cinco muchachos se la quedaron mirando de hito en hito. Aquello era, en verdad, una noticia sensacional digna de tenerse en cuenta.

—¿Pero por qué no has contado eso a todo el mundo? —acertó a preguntar Larry al fin—. Si lo dijeras, nadie absolutamente acusaría a Horacio de haber incendiado la villa.

Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas.

—Ya os explicaré —balbuceó—. Mi madre dice que soy demasiado joven para pensar en casarme con nadie, pero Horacio Peeks me ama y yo le correspondo. Mi padre me amenazó con sacudirme si me pillaba paseando con Horacio, y la señora Minns me tiene dicho que se lo dirá a mi padre si me sorprende hablando con él. De modo que no me atrevía a ir al cine con él ni cambiar una palabra con él en la casa.

—¡Pobre Lily! —compadecióse Daisy—. ¿De modo que cuando oíste que todo el mundo le acusaba, le escribiste, consternada, para advertirle?

—Eso es —afirmó Lily—. ¿Os dais cuenta de mi situación? Si digo que salí con él aquella tarde, mi padre me castigará y tal vez la señora Minns me despedirá, lo que equivaldría a perder mi empleo. Por otra parte, Horacio no puede decir que estaba conmigo porque sabe que me comprometería si lo hiciera.

—¿A dónde fuisteis? —preguntó Fatty.

—Yo fui en mi bicicleta hasta medio camino de Wilmer Green — explicó Lily—. Nos encontramos allí, en casa de su hermana, y tomamos el té juntos, y más tarde un bocadillo de cena. Contamos a su hermana la forma en que el pobre Horacio había perdido el empleo aquel día, a lo cual ella respondió que quizá su marido podría darle algún trabajo hasta que encontrase otro empleo.

Recordando que el vagabundo había visto a Horacio Peeks en el jardín aquella tarde, Fatty escrutó el rostro de Lily. ¿Decía la muchacha toda la verdad?

—¿Estás segura de que Horacio no vino aquí aquella noche? — interrogó.

Los demás comprendieron la pregunta. Todos ellos recordaban también la declaración del vagabundo.

—¡No, no! —exclamó Lily, levantando la voz asustada, y retorciendo el pañuelo entre sus manos, al tiempo que miraba, asombrada, a sus pequeños interlocutores—. Horacio no vino aquí para nada. Ya os he dicho que nos encontramos en casa de su hermana. Si queréis, podéis preguntárselo a ella. Ella os lo dirá.

Larry tenía la convicción de que Lily estaba asustada y no decía la verdad. En consecuencia, decidió echar mano de la audacia.

—Atiende, Lily —dijo solemnemente—. «Alguien» vio a Horacio en el jardín aquella tarde.

—¡No! —profirió Lily, mirando a Larry con ojos desencajados de horror—. ¡Es imposible que le vieran! ¡Absolutamente imposible!

—Pues sí le vieron —contestó Larry.

Tras mirarle unos instantes, Lily se puso a sollozar.

—¿Quién pudo haberle visto? —farfulló con voz quejumbrosa—. La señora Minns y su hermana estaban aquí, en la cocina. El señor Hick y el chófer hallábanse ausentes. No había nadie más por estos alrededores; lo sé perfectamente.

—¿Cómo es posible que lo sepas si, como dices, no estabas aquí? —inquirió Larry.

—Está bien, está bien —accedió Lily reprimiendo un sollozo—. Os lo diré. ¡Yo «estaba» aquí! Y ahora no olvidéis que habéis dado palabra de honor de que no se lo diríais absolutamente a nadie. Veréis lo que pasó. Cuando me reuní con Horacio, éste me dijo que había dejado varias cosas en casa del señor Hick, pero que, aunque las necesitaba, no se atrevía a ir a reclamárselas al señor Hick. A lo cual yo le respondí: «Oye, Horacio: el señor Hick ha salido, ¿por qué no vas a buscarlas ahora antes de que regrese?».

Los niños la escucharon sin aliento. ¡Por fin iban a enterarse de la verdad!

—Así, pues —prosiguió Lily sin cesar de retorcer el pañuelo—, después de tomar una taza de té, vinimos aquí y dejamos nuestras bicicletas detrás del seto situado en la parte alta de la calle. No nos vio nadie. Descendimos, detrás del seto, hasta llegar a la altura de la casa del señor Hick. Entonces, ambos nos deslizamos entre los arbustos y aguardamos un poco para comprobar si había alguien por los alrededores.

Los chicos asintieron en silencio. El vagabundo había dicho que el hombre escondido en los arbustos cuchicheaba con alguien y a buen seguro era la propia Lily.

—No tardé en averiguar que la señora Minns estaba charlando con su hermana —prosiguió Lily—, lo cual significaba que la conversación se prolongaría por espacio de siglos. Entonces dije a Horacio que si quería yo misma iría a por sus cosas, a lo cual él replicó que prefería recuperarlas personalmente. En vista de ello, yo

me quedé vigilando mientras él entraba en la casa por una ventana abierta, iba a por sus cosas y volvía a los arbustos. Después nos alejamos en nuestras bicicletas sin ver a un alma.

—¿Y Horacio no se deslizó por el jardín en dirección al estudio? —preguntó Larry.

—¡Nada de eso! —protestó Lily con indignación—. En primer lugar, yo le habría visto. En segundo, no estuvo ni tres minutos ausente. Y en tercero, que podéis estar seguros de que mi Horado no habría sido capaz de cometer semejante fechoría.

—Bien, según eso, Horacio queda descartado —coligió Larry, expresando en voz alta el pensamiento de todos los demás—. Te agradezco que nos hayas contado todo esto, Lily. ¡Caracoles! Si no fue Horacio, ¿quién lo hizo?

—Ahora el único sospechoso que nos queda es el señor Smellie —dijo Bets sin pensar.

Las palabras de Bets produjeron un efecto inusitado. Lanzando un grito, Lily quedóse mirando a Bets como si no pudiera dar crédito a sus oídos. La muchacha abría y cerraba la boca como un pez, incapaz de pronunciar una palabra.

—¿Qué sucede? —inquirió Larry, sorprendido.

—¿Por qué ha dicho eso esa chiquilla? —balbuceó Lily, con voz apenas perceptible—. ¿Cómo sabe ella que el señor Smellie estuvo aquí esa noche?

Esta vez los sorprendidos fueron los muchachos.

—Verás —explicó Larry—. No lo sabemos seguro. Es una simple suposición. ¿Pero a qué viene ese asombro, Lily? ¿Qué «sabes» sobre ese particular? ¿Tú no viste al señor Smellie, verdad? Nos has dicho que no os vio nadie a Horacio y a ti.

—En efecto —asintió Lily—. ¡Pero «Horacio» sí vio a alguien! Cuando se introdujo por la ventana y fue arriba a buscar sus cosas, vio entrar a alguien furtivamente por la puerta del jardín. ¡Y ese alguien era el señor Smellie!

—¡Caracoles! —exclamaron Larry y Pip.

—¡De modo que, efectivamente, el señor Smellie «vino» aquí aquella noche! —masculló Larry.

—Por eso se asustó tanto cuando le preguntaste si anduvo por las inmediaciones de la finca del señor Hick la tarde del incendio —

dedujo Daisy.

—¡«Él» es el culpable! —profirió Bets triunfalmente—. ¡Ahora ya sabemos a qué atenernos! ¡«Él» es el culpable!

—¿Tú crees que él lo hizo? —preguntó Fatty a Lily.

—«Lo ignoro» —repuso la muchacha con expresión perpleja y desconcertada—. El señor Smellie es un anciano caballero muy apacible, o al menos así me lo parece. Siempre ha tenido una palabra amable para mí. No sería propio de él un acto de violencia como el que supone pegar fuego a algo. Además, «sé positivamente» que no fue Horacio.

—No, yo tampoco creo que fuese él —convino Larry—. Ahora comprendo por qué guardaste silencio, Lily. Tenías miedo. Pero no sufras. No diremos nada a nadie. En mi opinión lo que debemos hacer ahora es prestar más atención al señor Smellie.

—¡De eso no cabe duda! —exclamó Fatty—. ¡Vaya con la de cosas que hemos averiguado esta tarde!

Capítulo XIV

El Ahuyentador aparece en un momento inoportuno

Los niños permanecieron hablando un rato con Lily, y luego, viendo que se acercaba la hora de tomar el té, se despidieron. La muchacha, grandemente aliviada por haber podido expansionarse contando sus penas, les vio partir, tras arrancarles de nuevo la promesa de guardar para sí todo cuanto acababa de decirles.

Tomaron el té en casa de Pip, lo cual les vino de perilla para comentarlo todo, presas de gran excitación.

—¡La cosa marcha! —comentó Pip frotándose las manos—. ¡No cabe duda que viento en popa! No creo que Horacio Peeks tenga nada que ver con el asunto, absolutamente nada que ver. Opino que fue el señor Smellie. Acordaos del susto que se llevó cuanto tú y Daisy os referisteis a su paseo de aquella tarde. ¿Por qué motivo había de asustarse si no había hecho nada malo?

—Además —intervino Daisy—, sabemos que sus zapatos son del mismo tamaño que la huella, aun cuando las suelas de goma no concuerden con el dibujo.

—A lo «mejor» tiene un par que «concuerdan» —sugirió Fatty—, y los ha escondido por si acaso dejó huellas tras sí. Es posible que haya tenido esta precaución.

—Es posible —convino Larry—. ¡Lástima que no encontremos a alguien con una chaqueta de franela gris rasgada! Eso lo arreglaría todo.

—Opino que deberíamos efectuar un registro para ver si encontramos esos zapatos —propuso Daisy—. Seguramente los tiene

escondidos en su despacho. Entre otras cosas, nos dijo que la señorita Miggle tiene prohibido hacer limpieza allí. Por consiguiente, no sería raro que los hubiese encerrado en un armario del aposento, o bien detrás de un estante de libros o en cualquier otro rincón.

—¡Qué excelente idea has tenido, Daisy! —celebró Larry, complacido—. Creo que tienes razón. ¿Qué os parece si esta noche me introdujera allí a hacer a fondo un buen registro?

—¿Es lícito entrar en casa ajena en busca de unos zapatos? —inquirió Pip dudosamente.

—Por ahora no podemos preguntar eso a nadie —repuso Larry—, sino limitarnos a obrar sin comentarios. Con ello no hacemos nada malo. Nuestro único intento es llevar a cabo una indagación.

—Ya sé —murmuró Pip—. Pero las personas mayores son muy raras. Estoy seguro de que a la mayoría de ellas no les gustaría que unos chicos se deslizasen en su casa para buscar pistas.

—Pues no entreveo otra solución —replicó Larry—. De todos modos, tenemos que restituir el zapato que Daisy se llevó, ¿no os parece?

—Sí —convino Pip—. Eso hay que hacerlo sin falta. Procura que no te descubran. Eso es todo.

—Lo procuraré —tranquilizóle Larry—. ¡Silencio! Ahí viene tu madre, Pip. Hablemos de otra cosa.

La madre de Pip preguntó a Fatty cómo se encontraba después de la caída, con gran contento del interesado, ya que sus amigos habían vuelto a olvidarse de preguntarle por sus contusiones.

—Estoy muy bien, gracias —respondió el gordito—, pero mis contusiones son algo extraordinario. Tengo una en forma de cabeza de perro…, como la de «Buster».

—¿De veras? —exclamó la madre de Pip, asombrada—. ¡Déjamela ver!

Fatty pasó unos maravillosos cinco minutos mostrando todas sus magulladuras, una tras otra, especialmente la que tenía en forma de cabeza de perro. Resultaba difícil convencerse de que así era, pero la madre de Pip parecía interesadísima. Los niños se enfurruñaron. ¡Qué fastidiosas eran las personas mayores! ¡Pensar que habían intentado por todos los medios corregir la fanfarronería de Fatty y

al presente, la madre de Pip lo estaba echando todo a perder!

El resultado fue que, a los pocos instantes, Fatty procedía a contarle toda la historia de la contusión que había tenido una vez forma de campana y de aquella otra en forma de serpiente.

—Tengo una carnadura estupenda para los golpes —jactóse el chico—. Mañana dará gusto verlos en su fase amarilla.

—Vámonos —cuchicheó Larry a Pip—. No puedo soportar eso. Es la apoteosis de Fatty. Ya pasa de castaño oscuro tanta fanfarronería.

Los cuatro niños se alejaron furtivamente, dejando a Fatty charlando por los codos con la madre de Pip. «Buster» quedóse con su amo, meneando el rabo. Parecía tan interesado en las cuestiones de su joven dueño como la señora de la casa.

—Vamos a dar un paseo en bicicleta mientras Fatty se despacha a gusto —gruñó Pip, contrariado—. No puedo soportarlo cuando se pone así.

Sucedió, pues, que al dejarle la madre de Pip, Fatty comprobó con sorpresa y dolor que se hallaba solo en el jardín. Sin acertar a comprender la actitud de sus amigos, pasó una interminable hora solo, acusándoles interiormente de descorteses. Cuando regresaron, les acogió con una sarta de reconvenciones.

—¡Qué frescos «sois»! ¿Por qué os marchasteis sin decir nada? ¿Ése es tu modo de portarte, Pip, con tus invitados a merendar? ¡Sois detestables!

—Pensamos que probablemente estarías una hora presumiendo con la madre de Pip —repuso Larry—. No te pongas tan farruco, Fatty. ¡Deberías procurar no ser tan estúpido!

—No está bien que os marchéis a buscar pistas sin mí —protestó Fatty airadamente—. ¿Acaso no soy un Pesquisidor como vosotros? ¿Qué habéis estado haciendo? ¿Interpelando a Horacio Peeks o a Lily otra vez? ¡«Sois» unos frescos!, ya lo sabéis.

—No hemos visto a nadie —declaró Bets, compadecida del gordito porque, dada su corta edad, sabía por experiencia lo duro que resultaba ser excluido por los demás—. Sólo hemos ido por estos alrededores a dar un paseo en bicicleta.

Pero Fatty se sentía realmente ofendido y herido en su amor propio.

—No quiero pertenecer más a la asociación de Pesquisidores —manifestó—, voy a buscar mi dibujo de las huellas y después me marcharé. Veo claramente que no me queréis. Vamos, «Buster».

Ninguno de los muchachos deseaba perder la colaboración de «Buster», ni tampoco la de Fatty. En realidad, éste no resultaba tan insoportable, tan pronto se acostumbraba uno a él.

—Vuelve acá, bobo —instó Daisy, siguiéndole—. Pues claro que te queremos. Ahora vamos a discutir el partido a tomar esta noche con los zapatos del señor Smellie. Tú debes venir con nosotros y exponer también tu opinión. Yo quisiera ir a casa del señor Smellie a vigilar mientras Larry busca los zapatos que suponemos que el profesor tiene.

Fatty accedió a volver junto a los demás, con expresión aún algo huraña.

—Oye, Larry —dijo Daisy—. Me gustaría que me dejases entrar contigo en casa del señor Smellie. ¿Tú qué opinas, Fatty? ¿Crees que debería acompañarle para vigilar en tanto?

—No —repuso Fatty—. Creo que es mejor que le acompañe un chico. —Yo iré contigo, Larry. Tú efectuarás el registro y yo me encargaré de vigilar que nadie te descubra.

—No, iré yo —ofrecióse Pip al punto.

—No podrías escabullirte sin ser visto —objetó Larry—. En cambio Fatty, sí. Sus padres no parecen preocuparse mucho de sus idas y venidas. De acuerdo, Fatty, quedamos en que vendrás a ayudarme. He decidido explorar los alrededores a eso de las nueve y media, para comprobar si el viejo Smellie está aún en su despacho. Es inútil intentar nada hasta que se acueste. A lo mejor es una de esas personas que velan hasta las tres de la madrugada. Tendremos que averiguarlo.

—De acuerdo —convino Fatty—. Estaré aquí a eso de las nueve y media. ¿Dónde está el zapato? ¿En la glorieta? Me lo llevaré yo. No sea que a tu madre se le ocurra preguntar de dónde lo has sacado. Por entonces habrá anochecido ya y nadie verá lo que llevo.

Fatty se animó mucho ante la perspectiva de tomar parte en algo emocionante y, olvidando su mal humor, discutió con Larry el punto de reunión.

—Yo saltaré por la tapia que hay al fondo del jardín —decidió

Larry—. Pero tú, Fatty, es preferible que entres por la calzada de los coches de la casa del señor Smellie y que te dirijas a la parte trasera de la misma por allí. Nos encontraremos detrás del edificio. ¿Lo tienes perfectamente entendido?

—Está bien. Ulularé como una lechuza cuando llegue para que sepas que ya estoy allí.

—¿Pero sabes ulular? —exclamó Bets, sorprendida.

—Sí —asintió Fatty—. Escuchad.

Y uniendo ambos pulgares acopló las manos juntas y sopló cuidadosamente entre los dedos. Inmediatamente percibióse un lúgubre gorjeo, exactamente igual que el de una lechuza. Era maravilloso.

—¡Oh, qué listo eres, Fatty! —ensalzó Bets.

Fatty sopló otra vez y el plañidero gorjeo dejóse oír de nuevo en el jardín. La imitación era realmente perfecta.

—¡Es estupendo! —exclamó Bets.

Fatty abrió la boca para decir que sabía imitar las voces de otros muchos pájaros y animales, aún más perfectamente que la de la lechuza, pero se detuvo a tiempo, al sorprender una mirada de advertencia de Larry. Entonces optó por callar.

—Bien —concluyó Larry—. Quedamos así. Te reunirás conmigo a las nueve y media detrás de la casa del señor Smellie, y ulularás como una lechuza para advertirme tu presencia. Probablemente yo estaré escondido entre los arbustos, aguardándote.

Aquella noche se acostaron todos muy excitados. Fatty fue el único que no se metió en la cama, pero Larry se vio obligado a hacerlo, pues su madre, al contrario de la de Fatty, solía entrar a arroparle y a darle las buenas noches. Así, pues, Fatty permaneció tranquilamente sentado en su habitación, sin desvestirse, leyendo un libro para pasar el tiempo.

A las nueve y diez apagó la luz y asomó la nariz por la puerta del dormitorio. No había nadie en los alrededores. Entonces, deslizándose por el pasillo, bajó la escalera. Luego salió del hotel por la puerta del jardín. A los pocos instantes se hallaba en la calle, ascendiendo por la cuesta con el zapato escondido debajo de su chaqueta.

Poco antes de las nueve y media, llegó ante el portillo del jardín

del señor Smellie. La casa estaba en la más completa oscuridad. Fatty se paseó un rato arriba y abajo, para asegurarse de que no había nadie en las inmediaciones.

No vio que, junto a uno de los grandes árboles que bordeaban la carretera, permanecía apostada una persona en perfecta inmovilidad. Y, cuando el chico decidió entrar en la calzada, notó de improviso que una recia mano se posaba en su hombro.

El pobre Fatty quedóse paralizado de espanto.

—¡Ooooh! —exclamó, asustado, al tiempo que se le caía el zapato de debajo de la chaqueta.

—¡Alto! —ordenó una voz que Fatty conocía muy bien—. ¡Alto!

Alguien le apuntó con una linterna, al tiempo que repetía, con voz si cabe más recia esta vez.

—¡Alto!

Era la voz del Ahuyentador, que, desde su puesto de guardia junto al árbol había visto, no sin asombro, subir a Fatty por la calle e iniciar su quedo paseo ante la entrada de la casa. Su asombro fue en aumento al comprobar que se trataba de «uno de los chicos». El hombre se inclinó a recoger el zapato.

—¿Qué es esto? —inquirió, profundamente sorprendido.

—Parece un zapato, ¿no? —respondió Fatty—. ¡Suélteme usted! No tiene derecho a agarrarme así.

—¿Qué haces con ese zapato? —preguntó el Ahuyentados, sin salir de su asombro—. ¿Dónde está el otro?

—No lo sé exactamente —repuso Fatty, sin faltar a la verdad.

—¡No seas desvergonzado! —espetó el policía, sacudiéndole coléricamente.

Y, dando la vuelta al zapato, reparó en la suela de goma. Al punto, pasó como un relámpago por su mente el mismo pensamiento que había asaltado a Daisy al ver aquel zapato por primera vez: ¡los dibujos de la suela eran iguales que los de las huellas!

El señor Goon contempló el zapato, estupefacto, y, apuntando de nuevo a Fatty con su linterna, inquirió:

—¿Dónde lo has encontrado? ¿De quién es este zapato?

Fatty parecía resistirse a contestar.

—Alguien lo encontró y me lo entregó —dijo al fin.

—De momento, lo guardaré yo —decidió el señor Goon—. Ahora, ven conmigo unos instantes.

Pero Fatty no abrigaba los más mínimos deseos de complacerle. Con un rápido tirón, se desasió de la mano del Ahuyentador y echó a correr calle arriba como alma que lleva el diablo. Al llegar a lo alto de la misma, dobló la esquina de la calle donde se hallaba la casa de Larry, y, entrando en la calzada, se dirigió al fondo del jardín, con el corazón disparado. Una vez junto a la tapia, saltó al otro lado y avanzó cautelosamente hacia la parte trasera de la casa.

Entonces ululando como una lechuza, profirió:

—¡Huuuuu! ¡Huuuuuu!

Capítulo XV

Larry y Fatty se llevan un susto

Apenas transcurrió un segundo, el pobre Fatty volvió a quedarse paralizado de espanto. Alguien le agarró fuertemente por el brazo. El gordito esperaba oír algún silbido o gorjeo procedente de algún rincón del jardín, en contestación a su reclamo, sin advertir que Larry estaba justamente detrás del arbusto junto al cual permanecía él apostado.

—¡Ooooh! —exclamó Fatty, asustado.

—¡Pst! —susurró Larry—. ¿Tienes el zapato?

—No —repuso Fatty.

En dos palabras, le contó lo sucedido, en tanto Larry le escuchaba consternado.

—¡Eres un estúpido! —farfulló este último—. ¡Mira que servir en bandeja al Ahuyentador una de nuestras mejores pistas! ¡Ahora descubrirá que abrigamos las mismas intenciones que él!

—Ese zapato no era ninguna pista —arguyó Fatty—. Nos equivocamos. Pensamos que era una pista, pero no lo era. Aparte de eso, no pude evitar que el Ahuyentador me lo arrebatase. Por poco se me lleva a mí también. A duras penas logré desasirme.

—¿Qué haremos ahora? —interrogó Larry—. ¿Te parece que entremos a registrar? No se ve luz en el despacho. Seguramente el viejo el señor Smellie se ha acostado ya.

—Sí, vamos —convino Fatty—. ¿Dónde está la puerta del jardín?

No tardaron en dar con ella, comprobando, con satisfacción, que aún no tenía echada la llave. Como había luz en la cocina, los dos muchachos coligieron que la señorita Miggle estaba levantada aún, dado lo cual decidieron extremar las precauciones.

Tras franquear el umbral, Larry, abrió la marcha hacia el despacho donde él y Daisy habían conversado con el señor Smellie aquel día.

—Es preferible que tú te quedes de guardia en el vestíbulo —aconsejó a su compañero—. Así, si la señorita Miggle o el señor Smellie se acercan por aquí, podrás avisarme inmediatamente. Yo abriré una de las ventanas del despacho, caso que consiga hacerlo sin meter mucho ruido y si alguien intenta entrar en la habitación, saltaré al jardín por ella.

Larry entró en el despacho. Una vez dentro, paseó su linterna por toda la desordenada estancia, atestada de papeles. Había papeles y libros sobre el escritorio, en el suelo y en las sillas, aparte de los libros dispuestos en la estantería que guarnecían las paredes y de los que figuraban sobre la repisa de la chimenea. ¡Saltaba a la vista que el señor Smellie era un hombre muy docto!

Larry inició la búsqueda de los zapatos que esperaba hallar. Apartando unos pocos libros de cada estante, pasó la mano por detrás de los mismos, sin conseguir encontrar nada allí, ni tampoco debajo de los montones de papeles desparramados por doquier.

Entretanto, Fatty permanecía de guardia en el vestíbulo, y, reparando en la alacena donde Daisy había encontrado el zapato, se dijo que sería una buena idea echar una ojeada a su interior. Era muy posible que a Daisy le hubiese pasado por alto algunos zapatos que pudieran ser los verdaderos.

El chico se metió, pues, en la alacena, y tan absorto estaba examinando las suelas de las botas y zapatos dispuestos allí dentro, que no oyó el rumor de un llavín en la cerradura de la puerta principal, ni los pasos de alguien tras sí. Por consiguiente, no tuvo tiempo de advertir al pobre Larry, ya que no oyó al señor Smellie hasta que el anciano profesor entró en el despacho y encendió la luz.

Como es de suponer, entonces ya no hubo tiempo de hacer nada. Larry fue sorprendido con la cabeza metida en una alacena, ignorante por completo de que había alguien en la habitación hasta que se encendió la luz.

El muchacho sacó la cabeza del armario, horrorizado. Él y el señor Smellie, se miraron fijamente, Larry, altamente sobrecogido, y

el señor Smellie, entre sorprendido y colérico.

—¡Ladrón! —farfulló, al fin el profesor, indignado—. ¡Granujilla! ¡Ahora mismo te encerraré y telefonearé a la policía!

Y, abalanzándose sobre Larry, le agarró con una mano asombrosamente fuerte. Luego, procedió a zarandearle violentamente, en tanto Larry balbucía:

—¡Por favor, señor, por favor!

Pero el señor Smellie no parecía dispuesto a escucharle. Sus preciados papeles lo eran todo para él, y la vista de alguien revolviéndolos le llenó de tal furor, que se sintió incapaz de escuchar una sola palabra. Sin cesar de zarandear a Larry, entre toda suerte de horribles amenazas le empujó al vestíbulo. El pobre Fatty, muerto de vergüenza por no haber podido avisar a Larry, temblaba de pies a cabeza dentro de la alacena, sin atreverse a hacer acto de presencia.

—¡Grandísimo pillo! —vociferaba el señor Smellie, empujando al pobre Larry hacia la escalera.

Larry seguía protestando, pero el profesor negábase a escucharle.

—¡Mandaré venir a la policía y te entregaré sin contemplaciones!

Fatty se estremeció. Ser sorprendido con las manos en la masa, ya era mala cosa, pero todavía era peor pensar que el pobre Larry podía ser entregado a aquel horrible viejo Ahuyentador. El gordito oyó que el señor Smellie encerraba a Larry en una habitación del piso. Atraída por el inesperado ruido, la señorita Miggle acudió presurosamente al vestíbulo a ver qué pasaba.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Que qué pasa? —rugió el señor Smellie—. ¡Que han entrado ladrones y rateros! Al llegar a casa, hace un momento, he entrado en mi despacho y he encontrado ladrones y rateros robándome los papeles.

Imaginándose que los ladrones eran por lo menos dos o tres, la señorita Miggle farfulló, boquiabierta:

—¿Dónde están los ladrones?

—Encerrados arriba, en el trastero —declaró el señor Smellie.

La señorita Miggle le miró, si cabe más sorprendida todavía. No

podía creer que su patrón hubiese llevado dos o tres hombres arriba él solo, encerrándoles luego en el trastero. Y, al ver que el señor Smellie temblaba bajo los efectos de la sorpresa y la excitación, tranquilizóle con estas apaciguadoras palabras:

—Ahora, señor, siéntese usted a descansar un rato antes de telefonear a la policía. ¡Tiembla usted como una hoja! Voy a traerle algo de beber. Los ladrones pueden esperar un rato arriba sin el más mínimo temor a que se escapen.

El señor Smellie se desplomó en una silla del vestíbulo, con el corazón latiéndole locamente y la respiración fatigosa.

—¡En seguida me recuperaré! —balbuceó—. ¡Ah! ¡He echado el guante a la flor y nata de los rateros!

La señorita Miggle se precipitó a la cocina. Fatty aguzó el oído, conteniendo la respiración. En cierto modo, tenía la certeza de que el viejo el señor Smellie había vuelto a entrar en el despacho. Ignoraba que el profesor permanecía sentado en una silla, resollando, justamente al pie de la escalera.

—Lo mejor que puedo hacer es aprovechar esta oportunidad para rescatar al pobre Larry —pensó Fatty desesperado.

Y, abriendo la puerta de la alacena, se dirigió como un dardo a la escalera. El señor Smellie se quedó estupefacto al ver aparecer otro muchacho, esta vez del interior de la alacena, del vestíbulo. A duras penas podía dar crédito a sus ojos. ¿Hallábase su casa plagada de muchachos aquella noche?

Con un rápido ademán, el profesor intentó agarrar a Fatty. Éste se asustó y, lanzando un grito, trató de subir la escalera, arrastrando tras de sí al señor Smellie unos pocos peldaños. A la sazón, el anciano había vuelto a recuperar las fuerzas y, loco de ira ante lo que se figuraba era otro ladrón, se aferró a Fatty como una lapa. El muchacho subió otros varios peldaños, con el señor Smellie rasgándole casi la chaqueta a sus espaldas.



Por fin, Fatty, dando un traspiés, se sentó pesadamente en un peldaño, a medio camino del rellano. El señor Smellie cayó encima de él, aplastándole materialmente con su peso.

—¡Huuuuy! —gritó el pobre Fatty—. ¡Levántese usted! ¡Me está lastimando!

La señorita Miggle se precipitó al vestíbulo, soltando el vaso que

tenía en las manos. ¿Qué diablos sucedía? ¿Estaba aquella casa abarrotada de ladrones? La mujer llegó al pie de la escalera en el preciso momento en que Fatty, escabullándose de debajo del señor Smellie, rodaba escaleras abajo, entre profusión de fuertes gemidos y trompazos.

Al ver que se trataba simplemente de un muchacho, la mujer dijo, severamente:

—¿Qué significa esto? ¿Cómo te atreves a entrar en casa ajena? ¿Cómo te llamas y dónde vives?

Fatty optó por mostrarse muy nervioso y malparado. La señorita Miggle era una buena mujer, y tal vez le dejaría marchar si llegaba a la conclusión de que sólo se trataba de una travesura de chico entrometido.

Así pues, Fatty levantó la voz, lanzando grandes chillidos. Larry le oyó desde arriba y, preguntándose qué sucedía, aporreó la cerrada puerta, aumentando el bullicio y la conmoción. La señorita Miggle quedóse completamente aturdida.

—¡El señor Smellie ha encerrado a mi amigo en una habitación de arriba! —vociferó Fatty—. Cuando me dirigía a liberarle, el señor Smellie me ha golpeado y derribado por la escalera. ¡Estoy lleno de magulladuras! ¿Qué dirá mí madre cuando las vea? ¡Denunciará al señor Smellie por lastimar a un niño! ¡Avisará a la policía!

—Es imposible que estés tan magullado como dices —repuso la señorita Miggle—. Estoy segura de que un anciano tan bondadoso como el señor Smellie no puede haberte golpeado de esta forma y echado escaleras abajo. ¡No seas mentiroso!

—¡No lo soy, no lo soy! —protestó Fatty, fingiendo llorar—. ¡Estoy lleno de contusiones! ¡Mire usted aquí, aquí y aquí! ¡Oh, vaya en busca de un doctor, vaya en busca de un doctor!

Ante la sorpresa de la señorita Miggle y el horror del señor Smellie, resultó que el muchacho se hallaba realmente cubierto de terribles contusiones amoratadas, verdes y amarillas. Ambos le contemplaron, boquiabiertos, en tanto el chico les mostraba sus singulares cardenales. A ninguno de los dos se le ocurrió pensar que aquellas marcas, a juzgar por su aspecto, podían datar de uno o dos días antes.

—¡Señor Smellie! —profirió la señorita Miggle, en tono profundamente reprobatorio—. ¡Mire usted a esta pobre criatura! ¿Cómo ha sido capaz de golpear a un niño así? No me atrevo a pensar qué dirán sus padres.

El señor Smellie se quedó horrorizado ante la idea de haber sido el causante de los espantosos golpes de Fatty. Sin apartar la vista del muchacho, el hombre tragó saliva una o dos veces, hasta que, al fin, acertó a sugerir:

—Será mejor ponerle algo a esos golpes.

—Yo me encargaré de hacerlo mientras usted telefonea a la policía —decidió la señorita Miggle, recordando a los otros ladrones a quienes suponía encerrados aún en el trastero del piso.

Pero, al presente, el señor Smellie no parecía deseoso de telefonear a la policía. Un poco avergonzado, propuso a su ama de llaves.

—Oiga usted, la señorita Miggle. Tal vez sería preferible pedir a los muchachos una explicación de su extraña conducta en mi casa antes de avisar a la policía.

—¿Tendrá usted la bondad de soltar a mi amigo? —instó Fatty —. No hemos venido aquí para robarle a usted. En realidad, era sólo una broma. Hagamos las paces, ¿quiere? Si no dice usted nada a la policía, nosotros tampoco contaremos lo ocurrido a nuestras madres… y no mostraré mis golpes a nadie.

El señor Smellie carraspeó, en un intento por aclararse la garganta.

—¿De modo que todos aquellos rateros y ladrones no eran más que un par de niños? —exclamó la señorita Miggle, mirándole con reprobación—. ¡Válgame Dios! ¿Por qué no me llamaba usted? ¡Yo misma podría haber arreglado el asunto sin todo este ruido y jaleo y caídas por la escalera!

—Yo no le derribé por la escalera —aseguró el señor Smellie, subiendo al paso para sacar a Larry del trastero.

A poco, Larry se hallaba abajo, en el vestíbulo, con Fatty. El señor Smellie les llevó a los dos a su despacho en tanto la señorita Miggle acudía con un ungüento para aliviar las contusiones de Fatty. Larry se quedó estupefacto, pero no dijo una palabra.

—¡Cielo santo! —repetía la señorita Miggle, untando

magulladura por magulladura solícitamente, con el contenido del tarro.

—Tengo una carnadura fantástica para los cardenales —empezó Fatty—. Una vez, tuve uno de forma exactamente igual a una campana.

—¿Qué hacíais los dos en mi casa esta noche? —inquirió el señor Smellie, sin mostrar el más mínimo interés por aquellas historias de magulladuras.

Larry y Fatty guardaron silencio. De hecho, no sabían qué decir.

—Tenéis que contárselo todo al señor —intervino la señorita Miggle—. Estoy segura de que no entrasteis para nada bueno. Ahora sed buenos chicos y confesad vuestra culpa.

Pero los chicos siguieron silenciosos. Entonces, el señor Smellie, perdiendo la paciencia, espetó:

—¡Si no me decís para qué vinisteis aquí, os entregaré a la policía!

—Ya veremos qué dirán cuando vean mis contusiones —replicó Fatty, tranquilamente.

—¡Tengo idea de que esos golpes te los distes antes de esta noche! —manifestó el señor Smellie, encolerizándose por momentos —. ¡Aunque la señorita Miggle no parezca saberlo, yo sé lo que es el color amarillo en una contusión!

Los muchachos no abrieron la boca.

—¿Nombres y señas? —rugió el señor Smellie, tomando una pluma—. Además de a la policía, veré a vuestros padres.

La idea de que sus padres se enterasen de que habían sido sorprendidos correteando en casa ajena en plena noche, resultaba mucho más alarmante que la posible presencia de la policía. De improviso, Larry se rindió.

—Vinimos a traer un zapato que nos llevamos esta mañana —murmuró el muchacho, en voz baja.

Tanto la señorita Miggle como el señor Smellie se lo quedaron mirando, como si el chico se hubiese vuelto loco.

—¿Un «zapato»? —exclamó el señor Smellie, al fin—. ¿Por qué un zapato? ¿Y por qué «uno» solo? ¿De qué estás hablando?

—Buscábamos un zapato que correspondiese a una huella —explicó Larry, desesperadamente.

La respuesta desconcertó, si cabe, aún más a sus dos interlocutores.

—Explícate mejor —ordenó el señor Smellie, golpeando la pluma en la mesa, impacientemente—. Te doy un minuto. Sí, transcurrido ese tiempo, no me has dado una explicación cumplida y satisfactoria de vuestra inexplicable conducta, telefonearé a la policía e igualmente a vuestros padres.

—No hay otra solución —dijo entonces Fatty a Larry—. Tendremos que decirle el verdadero motivo, aun cuando nos expongamos con ello a ponerle sobre aviso y a que tome precauciones.

—¿Pero de qué «estáis hablando»? —farfulló la señorita Miggle, cada vez más asombrada.

—¿Ponerme sobre aviso? —repitió el señor Smellie, no menos sorprendido—. ¿A qué os referís? En verdad, chicos, que empiezo a creer que estáis los dos locos de atar; no os entiendo.

—Nada de eso —repuso Larry, enfurruñado—. Lo que ocurre es que da la casualidad de que sabemos algo acerca de usted, señor Smellie. Sabemos que estuvo usted en casa del señor Hick la tarde del incendio.

El efecto de estas palabras fue fulminante. El señor Smellie se puso en pie de un brinco, dejando caer la pluma al suelo, en tanto se le resbalaban las gafas de la nariz y le daba un tembleque la barba. La señorita Miggle semejaba, asimismo, profundamente sorprendida.

—¿«Estuvo» usted allí, no es eso? —inquirió Larry—. Alguien le vio. Así nos lo han dicho.

—¿Quién os lo ha dicho? —balbuceó el señor Smellie.

—Horacio Peeks le vio a usted —declaró Larry—. Aquella noche, él fue también a la casa a buscar varios enseres personales antes de que regresara el señor Hick… y le vio a usted. ¿Qué explicación dará usted a la policía?

—¡Oh, señor Smellie! —exclamó la pobre la señorita Miggle, pensando, al punto, que acaso su patrón había incendiado la villa—. ¿Qué fue usted a hacer allí aquella tarde?

El señor Smellie se sentó lentamente y, poniéndose de nuevo las gafas, murmuró:

—Oiga usted, Miggle. Ya veo que sospecha usted que yo incendié el estudio del señor Hick. ¿Cómo puede usted pensar semejante cosa después de estar tantos años a mi servicio y saber perfectamente que soy incapaz de matar una mosca? ¡No me cabe en la cabeza!

—Entonces, ¿por qué fue usted allí? —inquirió la señorita Miggle—. Es preferible que me lo diga, señor. ¡Seguiré cuidándole a usted, hiciera lo que hiciera!

—¡Yo no necesito que me cuide nadie! —replicó el señor Smellie, con cierta acritud—. El único motivo que me llevó a casa del señor Hick fue el deseo de recuperar los papeles que me olvidé allí después de mi disputa con él aquella mañana. Confieso que entré en su casa, pero no me acerqué para nada al estudio. Recuperé mis papeles… y aquí están, sobre la mesa. ¡Son los mismos que he mostrado esta mañana a este muchacho y a su hermana!

Capítulo XVI

Emociones y sorpresas

La señorita Miggle y los dos muchachos se quedaron mirando al señor Smellie, que, según todos los indicios, estaba diciendo la pura verdad.

—¡Caracoles! —exclamó Larry—. ¿De modo que eso fue lo que le llevó allí? ¿Así, no se escondió usted en la zanja?

—Pues claro que no —repuso el señor Smellie—. Recorrí la calzada abiertamente, hallé la puerta de la entrada abierta y entré a recoger mis papeles. Después, salí de nuevo de la casa. No me oculté en ninguna parte, a no ser que consideres ocultarse permanecer un rato junto al portillo para cerciorarme de que no había nadie por los alrededores.

—¡Vaya! —murmuró Larry.

Todo aquello resultaba terriblemente desconcertante. Si el señor Smellie decía la verdad, quedaban descartados todos los sospechosos. Y, no obstante, era indudable que «alguien» había cometido la fechoría.

—Y ahora —inquirió el señor Smellie—, ¿tendréis la amabilidad de explicarme para qué os llevasteis mi zapato?

Larry procedió a contárselo y, a continuación, Fatty le puso en antecedentes de quién lo tenía ahora en su poder.

—¡Ese entrometido policía! —exclamó el señor Smellie, enojado —. He perdido la cuenta de las veces que ha pasado hoy por delante de mi casa. Supongo que él también sospecha de mí. Ahora, tiene mi zapato. Creo sinceramente, muchachos, que mereceréis una buena azotaina.

—Bien, señor —justificóse Fatty—. Nos limitamos a tratar de

averiguar quién fue el autor del incendio.

El gordito contó al señor Smellie todas sus actividades hasta el presente. La señorita Miggle escuchábale entre admirada y sorprendida. Por una parte, sentía indignación por el hecho de que los chicos hubiesen sospechado tan firmemente del señor Smellie; por otra, asombro de que hubiesen sido capaces de hallar tantas pistas y sospechosos.

—Bien —dijo, al fin, el señor Smellie—. Creo que ya es hora de que regreséis a casa los dos. Puedo aseguraros que no tengo nada que ver con el incendio, ni idea de quién lo originó. Con todo, no creo que su autor fuese Horacio Peeks. Me inclino más por el viejo vagabundo. Sea como fuere, mi consejo es que lo dejéis todo en manos de la policía. Vosotros sois muy jóvenes y jamás conseguiréis poner en claro una cosa como ésa.

Los muchachos se levantaron.

—Sentimos mucho lo de su zapato, señor —disculpóse Fatty.

—Lo mismo digo yo —masculló el señor Smellie, secamente—. Lleva mi nombre en su interior. Por consiguiente, no abrigo la menor duda de que mañana por la mañana vendrá por aquí el señor Goon. Buenas noches, muchachos. Y procurad no sospechar más de mí como presunto autor de incendios, robos, matanzas, ni nada por el estilo, ¿oís? En realidad, no soy más que un viejo inofensivo cuyo único interés en la vida son los documentos antiguos.

Los muchachos se retiraron, plenamente convencidos de que el señor Smellie no tenía nada que ver con el incendio de la villa. Pero, en tal caso, ¿quién había sido su autor?

—Estoy cansado —lamentóse Larry—. Mañana nos reuniremos en la glorieta de Pip. Tus contusiones nos han prestado un gran servicio, Fatty. Sin ellas, no creo que hubiésemos podido escapar de ésta.

—Da gusto verlas, ¿verdad? —jactóse Fatty, alegremente—. Bien, buenas noches. Ha sido una noche muy emocionante, ¿no te parece?

Los otros tres se quedaron pasmados al oír el relato de las aventuras nocturnas de Larry y Fatty. Pero, de hecho, experimentaron más desconcierto que asombro.

—Es realmente extraordinario lo que nos ocurre —comentó Pip,

pensativo—. Averiguamos que aquella noche permaneció escondido en el jardín una porción de gente, todos con algún fin determinado, incluso el vagabundo, que iba allí por huevos; y, no obstante, no logramos echar el guante al verdadero malhechor. ¿«Cabe la posibilidad» de que fuese el vagabundo? ¿«Cabe la posibilidad» de que Horacio incendiase la villa, aun cuando no estuvo ni tres minutos en la finca? Y finalmente, ¿«cabe la posibilidad» de que fuese el señor Smellie? Horacio asegura que le vio en la casa, en busca de sus papeles; pero es posible que incendiase la villa después.

—Sí —convino Larry—. No obstante, ahora tengo la certeza de que no fue él. Propongo que vayamos al jardín de Hiccup a reflexionar. Es posible que nos haya pasado algo por alto.

Todos se encaminaron al lugar. Apenas llegaron, vieron a Lily tendiendo la ropa y llamáronla con un silbido. Tras una rápida mirada circular para cerciorarse de que la señora Minns no andaba por las inmediaciones, la muchacha acudió presurosa.

—¡Oye, Lily! —inquirió Larry—. ¿Dónde os escondisteis exactamente Horacio y tú, entre los arbustos? ¿Fue en la zanja inmediata al estudio?

—¡Ah, no! —repuso Lily, señalando unos arbustos junto a la calzada—. Fue allí. No nos acercamos para nada a la zanja.

—Y el viejo Smellie afirma que se limitó a esconderse un momento junto al portillo —murmuró Fatty, pensativo—. ¡No obstante, «alguien» se ocultó en la zanja! Vayamos todos allí.

Los demás obedecieron. Por entonces, las ortigas volvían a enderezarse, pero distinguíanse aún fácilmente los puntos donde habían sido aplastadas por alguien. Los niños se deslizaron a través del claro en el seto, con intención de ir a ver la huella imprimida en el lugar despojado de césped. La pisada seguía allí, si bien más borrosa e indistinta.

—¿Os habéis fijado en un detalle? —profirió Daisy, súbitamente —. Esas pisadas, ésta y las que figuran junto al portillo, apuntan todas a una sola dirección. Dirígense hacia la casa, pero no retroceden. La persona que se escondió en la zanja, acudió a la casa a través de los campos, pero no hay ninguna huella que indique que desanduviera aquel camino.

—Es posible que saliera por el portillo anterior, boba —objetó Fatty—. De todos modos, confieso que hoy me siento completamente derrotado. Nuestras pistas no conducen a nada y todos nuestros sospechosos parecen inocentes. Estoy un poco cansado de descubrir cosas que no nos llevan a ninguna parte. Propongo que hoy hagamos otra cosa. ¿Y si fuésemos a pasar el día al campo?

—¡Oooh, «sí»! —corearon todos a una—. Vayamos a por nuestras bicicletas y dirijámonos a Burham Beeches. ¡Lo pasaremos estupendamente!

Pero la madre de Bets no permitió que la chiquilla se uniese a la partida, por considerar que era una excursión demasiado larga para una niña de ocho años. Bets experimentó una gran desilusión.

—Preferiría que Bets no fuese al campo hoy —agregó su madre —. Está un poco paliducha. Dejad a «Buster» con ella y así irán los dos a dar un paseo. A Bets le encantará ir con el perrito.

En efecto, Bets gozaba extraordinariamente yendo de paseo con «Buster», pero, a pesar de todo, la solución apenas compensó el malogro de un hermoso día de campo. Fatty sintió profunda compasión por la chiquilla al verla junto al portillo, agitándoles la mano en tanto se alejaban en sus bicicletas.

—¡Te traeré un ramo de velloritas! —le gritó Fatty—. Procura cuidar bien de «Buster», ¿oyes?

«Buster» meneó el rabo. ¡Era él el que tenía que cuidar de Bets, y no «viceversa»! También el chucho se sintió triste al ver que los muchachos se alejaban sin él. No obstante, se consoló pensando que no habría podido igualar la marcha de las bicicletas.

Como había llovido la noche anterior, por todas partes se veía barro. En vista de ello, Bets decidió ponerse sus chanclos de goma. La niña fue en su busca, seguida del trotecillo de «Buster» sobre el fango.

—Es una lástima que «tú» no puedas llevar chanclos o algo por el estilo, «Buster» —le dijo Bets—. Te estás poniendo perdido.

Ambos salieron a dar un paseo. Bets echó a andar calle abajo en dirección al río. Tras caminar un rato por un senderito que corría a lo largo de la orilla del río, la niña retrocedió a través de un campo que conducía al portillo junto al cual los chicos habían descubierto

las excitantes huellas unos días atrás.

Bets anduvo brincando por el lugar, echando ramitas secas a «Buster» para que éste fuese en su busca, recordando que no debía echarle piedras porque Fatty afirmaba que le estropeaban los dientes. Y he aquí que, al inclinarse a recoger un palo, la chiquilla se quedó inmóvil, con una expresión de profunda sorpresa agradable, pintada en el semblante.

¡Allí, claramente visibles sobre el lodoso sendero, había una sucesión de pisadas exactamente iguales a las descubiertas por los niños junto al portillo! A fuerza de contemplar los dibujos de Fatty, Bets se sabía aquellas huellas de memoria y, por tanto, tenía la absoluta certeza de que eran las mismas que se ofrecían ante sus ojos. ¡Tratábase de la suela de goma con un dibujo entrecruzado y el cuadradito a cada lado!

—¡Oooh, «Buster»! —acertó a musitar al fin la asombrada Bets —. ¡Mira!

La niña sentía golpear el corazón en el pecho. «Buster» se acercó a mirar. Tras husmear las huellas, miró a Bets, meneando el rabo.

—Son las mismas huellas, ¿te has fijado, «Buster», querido? —susurró Bets—. Atiende, «Buster»: anoche llovió, por consiguiente, significa que alguien ha pasado por aquí después de la lluvia, y que ese alguien es la persona desconocida que buscamos. ¡Oh, «Buster»! ¿Qué te parece que podríamos hacer? Estoy excitadísima, ¿y tú?

«Buster» hacía cabriolas alrededor de la niña como si entendiese todo cuanto ésta le decía. Bets permaneció unos instantes contemplando las huellas. Por último decidió:

—¡Las seguiremos, «Buster»! ¡Eso es lo que haremos! ¡Seguirlas! ¿Te parece bien? No sé cuánto rato hace que esa persona ha pasado por aquí, pero no creo que haga mucho. Vamos. Incluso es posible que alcancemos a la persona que hizo las huellas. ¡Oh, qué emocionante!

La chiquilla siguió las pisadas con «Buster», que, a su vez, las olfateaba, como si en realidad siguiese el rastro de un olor. Tras recorrer el lodoso sendero, ambos pasaron al otro lado de una carretera. Después ascendieron por otra avenida con las huellas muy visibles, hasta desembocar en una calle. Allí las pisadas no resultaban tan fáciles de seguir, pero, gracias al olfato de «Buster»,

pudieron rastrearlas.

—Eres listísimo, «Buster» —ensalzó Bets con admiración—. Me gustaría tener un olfato como el tuyo. Sí, vamos bien orientados: ahí hay otra huella, y allí otra… y otra. ¡Mira! ¡Se dirigen al portillo posterior!

En efecto. Saltaba a la vista que el poseedor de las huellas había atravesado el portillo y entrado en el campo al otro lado del mismo. La excitación de Bets fue en aumento.

—¡Las huellas siguen la misma dirección que las otras que descubrimos hace unos días! —dijo a «Buster»—. ¡Atiende! Ahora, «Buster» querido, utiliza tu olfato a través de este campo. Ten en cuenta que yo no puedo distinguir nada entre la hierba.

«Buster» atravesó el campo en línea recta, con su negro hocico pegado al suelo, rastreando las pisadas del desconocido. A poco, Bets llegó a un pequeño claro despojado de hierba en el cual figuraba una huella perfectamente delineada.

—Vas bien, «Buster» —murmuró la niña—. ¡No pierdas el rastro! ¡De prisa! ¡Si no nos entretenemos, es posible que encontremos a la persona que buscamos! Aseguraría que estas huellas son muy recientes.

Las pisadas no conducían al claro en el seto, sino a otro portillo y a la calle por donde se iba a casa de Bets. Pero a la altura del portillo del señor Hick, ¡las huellas, se desviaban y ascendían por la calzada para coches del señor Hick!

Bets no cabía en sí de asombro. ¡De modo que el hombre que había incendiado la villa andaba otra vez por allí aquel día! ¿Dónde se habría dirigido, a la puerta principal o a la trasera? Bets ascendió por la lodosa calzada, mirando al suelo, atenta siempre a las huellas. Éstas se dirigían directamente a la puerta principal. En el preciso momento en que la chiquilla llegaba ante ella, la puerta se abrió dando paso al señor Hick.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el dueño de la casa, sorprendido al ver a Bets.

—¡Oh, señor Hick! —balbuceó la niña, demasiado excitada para comprender que con sus palabras podía traicionar algún secreto de los Pesquisidores—. Estoy siguiendo estas huellas, y he comprobado que conducen directamente a la puerta de su casa. ¡Oh, señor Hick!

¡Es importante saber quién las ha hecho! ¿Ha venido a verle alguien hoy?

El señor Hick parecía sorprendido.

—No comprendo —masculló, mirando a Bets y «Buster», enfurruñado—. ¿Por qué es tan importante eso que dices?

—Porque si supiese quién ha hecho esas huellas —declaró Bets con aire importante—, podría decir a los demás quién incendió su villa la otra noche.

El señor Hick miró fijamente a Bets con expresión completamente aturdida.

—Será mejor que entres a contarme todo eso —dijo al fin—. Se me antoja una cosa extraordinaria. ¿A qué viene que una chiquilla como tú se dedique a seguir huellas? ¿Qué sabes tú de ese asunto? Vamos, pasa. No… Deja el perro fuera.

—Permítale usted entrar también —suplicó Bets—. No tema. Se portará muy bien. En cambio, si le deja fuera, le arañará la puerta.

Total que «Buster» entró también en la casa. Al poco, se hallaban los tres instalados en el despacho del señor Hick, que, al igual que el del señor Smellie, aparecía atestado de libros y papeles amontonados en el mayor desorden.

—Ahora —empezó el señor Hick tratando de imprimir un sello agradable a su voz, lo cual, dicho sea de paso, resultábale en extremo difícil—, ahora, pequeña, cuéntame por qué seguiste esas pisadas y qué sabes acerca de ellas. La cosa podría constituir una gran ayuda para mí.

Orgullosa de que una persona mayor mostrase tanto interés en escucharla, Bets le soltó toda la historia de los Pesquisidores y de sus hazañas. El señor Hick escuchó sus relatos de las pistas y de los sospechosos sin pronunciar una palabra.

«Buster» no hizo más que enredar todo el tiempo. De hecho, no cesó de olfatear al señor Hick, tratando de mordisquearle los pies. El señor Hick dio muestras de desagrado, pero «Buster» no cejaba. Por fin Bets tuvo que ponerlo en su regazo y obligarle, por la fuerza, a permanecer quieto allí.

Al terminar su relato, con inclusión del episodio de aquella mañana, la niña miró ansiosamente al señor Hick, inquiriendo:

—Ahora, ¿me dirá usted quién ha venido aquí hoy?

—Pues verás —respondió el señor Hick pausadamente—. El caso es que hoy han estado aquí dos de tus sospechosos. El señor Smellie, a buscar un libro prestado, y Horacio Peeks a pedir una recomendación.

—¡De modo que podría ser uno de los dos! —exclamó Bets—. Ahora falta saber cuál de ellos llevaba las suelas de goma con esos dibujos. No obstante, ahora nos consta que el culpable es uno de los dos. Oiga usted, señor Hick, ¿verdad que no dirá usted a nadie en absoluto lo que le he contado esta mañana?

—De eso puedes estar segura —accedió el señor Hick—. Al parecer anduvo una porción de gente merodeando por mi jardín el día que fui a la ciudad, ¿eh? ¡Aguarda a que eche el guante al sujeto que me jugó esa mala pasada y redujo a cenizas todos mis valiosos papeles!

—Ahora será mejor que me vaya —decidió Bets levantándose y dejando a «Buster» en el suelo.

Inmediatamente, el animalito se precipitó hacia el señor Hick y se puso a olfatearle los pantalones de un modo que, por lo visto, colmó la paciencia del hombre, porque éste le dio una patada que obligó a «Buster» a lanzar un quejumbroso gruñido.

—¡Oh, «no haga» usted eso! —protestó Bets consternada—. No debería usted dar patadas a un perro, señor Hick. Es una cosa cruel.

—Ahora vete y llévate a ese perro —refunfuñó el señor Hick—. Y mi consejo a todos vosotros es que no os metáis en asuntos que sólo conciernen a las personas mayores. ¡Dejadlo todo en manos de la policía!

—Pues yo creo que debemos seguir adelante —repuso Bets—. ¡Al fin y al cabo, somos los Pesquisidores!

A su paso por la calzada con «Buster» la niña volvió a ver las pisadas. Una sucesión de ellas ascendía por el camino; otra descendía en sentido contrario. ¡Cuántos deseos tenía Bets de saber si las huellas eran de Smellie o de Peeks! Ansiaba que los demás regresasen de su paseo, impaciente por contarles las últimas noticias. «¿Les molestaría que se lo hubiese contado todo al señor Hick? Al fin y al cabo, no tenía importancia que él lo supiese». Bets estaba segura de que Hiccup haría cuanto pudiese por ayudarles. «Además, había prometido firmemente no decir una palabra a nadie

del asunto».

Los compañeros de la chiquilla regresaron después del té, fatigados y felices tras un hermoso día de campo en Burham Beeches. Fatty obsequió a Bets con un enorme ramo de velloritas.

Incapaz de contenerse por más tiempo, Bets procedió al punto a contarles lo sucedido, pero, cuando se hallaba a medio relato, sobrevino una desagradabilísima sorpresa.

En la parte alta del jardín, apareció la madre de Pip acompañada del Ahuyentador que, por cierto, tenía cara de pocos amigos.

—¡El viejo Ahuyentador! —susurró Larry—. ¿Qué querrá ése ahora?

¡No tardaron en averiguar el motivo de su visita! La madre de Pip dijo a los chicos en tono muy severo:

—¡Escuchad, niños! ¡El señor Goon ha venido a contarme una extraordinaria historia referente a vuestras hazañas de estos últimos días! ¡A duras penas puedo creer lo que me ha dicho!

—¿Qué sucede? —inquirió Pip, mirando al Ahuyentador con expresión enfurruñada.

—No frunzas el ceño de ese modo, Pip —le reconvino su madre severamente—. Al parecer, habéis andado metiéndoos en asuntos que sólo atañen a la policía. ¡Incluso Bets! Os aseguro que no comprendo vuestra actitud. El señor Goon me ha informado que tú, Frederick, y Larry, llegasteis al extremo de meteros en casa del señor Smellie anoche. ¿Qué dirán vuestras madres? ¡Hasta la pequeña Bets sigue huellas, imaginándose ser un detective!

—¿Pero quién ha contado todo esto al señor Goon? —espetó Bets—. Nadie lo sabe, excepto yo… ¡y el señor Hick!

—El señor Hick me telefoneó hace un rato y en este momento acabo de entrevistarme con él —declaró el señor Goon, expresándose con gran dignidad—. ¡Me ha contado todas vuestras hazañas, grandísimos entrometidos!

—¡Pensar que el señor Hick me prometió que no diría nada a «nadie»! —gimió Bets, prorrumpiendo en fuertes sollozos—. ¡Es un hombre malvado, un hipócrita! ¡Ha faltado a su palabra! ¡Cuánto le detesto!

—¡Repórtate, Bets! —ordenó su madre.

—¡Ahora lo comprendo todo! —exclamó Pip profundamente

enojado—. ¡Bets lo ha ido contando todo! Ésas son las consecuencias de haberla aceptado en el grupo de los Pesquisidores. ¡La muy estúpida! ¡Lo ha charlado todo al señor Hick, éste ha telefoneado al Ahuyentador, y ahora estamos todos metidos en un lío!

—¿Qué murmuras, Pip? —preguntóle su madre—. ¿Quién es el Ahuyentador?

—El señor Goon —declaró Pip con aire retador—. No sabe decirnos otra cosa que: «¡Largaos!».

—¿Eh? —rugió el señor Goon, hinchándose como una rana enfurecida, en tanto sus saltones ojos azules salíansele materialmente de las órbitas—. ¿Qué queréis que os diga si constantemente os encuentro en mi camino? Sois una verdadera plaga. Ahora escuchadme unos instantes.

No hubo más remedio que escuchar al señor Goon. Los cinco niños soportaron la reprimenda, sofocados y encolerizados, en tanto Bets no cesaba de sollozar. El único que no parecía preocuparse era «Buster», ocupado en husmear alegremente al Ahuyentador, pese a que éste trataba de alejarle de cuando en cuando.

El Ahuyentador les soltó un discurso salpicado de reconvenciones, acusándoles de «entrometidos» de «inoportunos» y de «entorpecedores de la Ley». El policía puso fin al sermón con una amenaza.

—Como vuelva a interponerse en mi camino alguno de vosotros, o el señor Hick formule una nueva queja, os advierto que Lo Pasaréis Muy Mal. Sí, señores, pero que «muy mal». De modo que procurad no meteros en lo que no os importa. En cuanto a vosotros, señorito Laurence y señorita Daisy, y tú, señorito Frederick, sabed que vuestros «padres» lo sabrán también. Recordad lo que voy a deciros: Os arrepentiréis de haber entorpecido la labor de la Ley.

—No hemos hecho tal cosa —protestó Pip desesperadamente—. Nos hemos limitado a colaborar.

—¡Basta! —ordenó el señor Goon, majestuosamente—. No quiero oír ni una palabra más. Los niños no pueden colaborar en estas cosas. Lo único que consiguen es acarrearse disgustos, Disgustos Muy Serios.

Y, tras pronunciar estas palabras, el señor Goon alejóse con la

madre de Pip, haciendo gala de su corpulenta figura realzada por un impermeable uniforme azul marino.

Capítulo XVII

Extraños descubrimientos

En cuanto desapareció el policía, se echaron todos como fieras sobre la pobre Bets.

—¡Estúpida! —rugió Pip—. ¿A quién se le ocurre ir a charlarlo todo al viejo Hiccup?

—La verdad es que lo has echado todo a perder, Bets —reconvino Daisy.

—Esto es el fin de los Pesquisidores —se lamentó Larry tristemente—. Ésas son las consecuencias de tener una chiquilla entre nosotros. Ahora ya no hay nada que hacer.

Bets sollozaba con tanto sentimiento, que Fatty se compadeció de ella, y, aunque sentía tanta contrariedad como los demás por el derrumbamiento de todos sus planes y esperanzas, la rodeó con un brazo y le dijo cariñosamente.

—No llores, Bets. Todos nos equivocamos alguna vez. Hay que reconocer que tú y «Buster» demostrasteis mucho talento rastreando aquellas huellas. ¡Daría cualquier cosa por saber cuál de los dos llevaba esos zapatos, si Peeks o Smellie!

La madre de Pip reapareció con expresión severa.

—Supongo que estáis avergonzados de vosotros mismos —declaró—. Ahora quiero que vayáis todos a ver al señor Hick a pedirle disculpas por entrometeros en sus asuntos. Como es natural, está muy enfadado al saber que habéis andado merodeando día tras día por su jardín.

—No hace ningún daño —repuso Pip.

—Eso no tiene nada que ver —objetó su madre—. Los niños «no podéis» entrar en casas o fincas particulares sin permiso de sus

dueños. De modo que haced lo que os mando inmediatamente: id todos a pedir perdón al señor Hick.

Los chicos echaron a andar por la calzada, seguidos de «Buster». Todos ellos ostentaban una expresión huraña y contrariada, ante la perspectiva de tener que pedir disculpas a una persona a quien detestaban. Además, todos consideraban imperdonable por parte del señor Hick haber traicionado a Bets de aquel modo, siendo así que había prometido solemnemente no hacerlo.

—Es un mal sujeto —gruñó Larry ante la general aprobación.

—Me tiene sin cuidado «quién» incendió su estudio —declaró Fatty—. Al contrario: me alegro de que se lo quemaran con sus preciosos papeles dentro.

—No deberías decir esas cosas —reconvino Daisy, aun cuando en aquellos momentos, participaba de aquella opinión unánime.

Al llegar a la casa, llamaron al timbre. Bets les mostró las huellas y todos las contemplaron con interés. Bets tenía razón. Las pisadas eran exactamente iguales a las reproducidas en el dibujo de Fatty. ¡Lástima haber renunciado a la búsqueda de un malhechor en el momento en que estaban a punto de encontrarle!

La señora Minns abrió la puerta, sorprendida al ver al pequeño grupo de visitantes. «Dulcinea», que iba en pos de su dueña, huyó con el rabo enarbolado apenas vio a «Buster».

—¿Hace usted el favor de decir al señor Hiccup… quiero decir al señor Hick… que deseamos verle? —rogó Larry.

La sorpresa de la señora Minns fue en aumento, pero antes de que la mujer pudiera responder, una voz procedente del despacho preguntó:

—¿Quién es, señora Minns?

—Cinco niños y un perro, señor —respondió la señora Minns—. Dicen que desean verle a usted.

Sobrevino un silencio. Por fin la voz del señor Hick ordenó:

—Hágales pasar.

Muy solemnemente, los chicos y «Buster» entraron en el despacho. El señor Hick se hallaba sentado en un gran sillón, con las piernas cruzadas y su copete de cabello erizado.

—¿A qué habéis venido? —inquirió.

—Mi madre nos ha ordenado que le presentásemos nuestras

excusas, señor Hick —explicó Pip.

Y todos a una, corearon en tono lastimero:

—¡Discúlpenos usted, señor Hick!

—¡Hum! —masculló el señor Hick suavizando la expresión—. ¡Ya estáis disculpados!

—Dijo usted que no se lo contaría a nadie —espetó Bets—. Ha faltado usted a su promesa.

Pero como el señor Hick no consideraba un deber cumplir las promesas hechas a los niños, no se sintió culpable ni pidió ninguna excusa. En el momento en que se disponía a decir algo pasaron varios aeroplanos por encima del jardín, volando a poca altura. El ruido le sobresaltó. «Buster» gruñó y Larry se precipitó a la ventana. El muchacho tenía mucha habilidad en reconocer cualquier modelo de avión.

—¡Son los «Tempests» otra vez! —exclamó—. Sólo los he visto dos veces por aquí. ¡Fijaos en sus curiosas aletas posteriores!

—Hace dos o tres días pasaron por aquí —dijo el señor Hick con interés—. Les vi perfectamente. Iban siete. ¿Son siete hoy también?

Larry los contó. Todos los chicos acudieron a mirar por la ventana… todos… excepto Fatty. El gordito no miraba por la ventana. Miraba al señor Hick con expresión de completo aturdimiento. Tras abrir la boca para hablar, volvió a cerrarla firmemente, sin cesar de contemplar fijamente al señor Hick, pensativo.

Los «Tempests» pasaron de nuevo a bastante altura, con un sordo murmullo.

—Salgamos a verlos —propuso Larry—. Los veremos mejor desde fuera. Adiós, señor Hick.

—Adiós —murmuró el señor Hick muy serio y digno—. Y no volváis a meteros en cosas que no os importan. Probablemente fue Horacio Peeks el que incendió mi estudio. La policía no tardará en demostrarlo. Esta mañana, cuando vino a verme, llevaba zapatos con suela de goma, cuyas huellas son, a buen seguro, las que se aprecian en ambas direcciones de la calzada.

—¡Oh! —exclamaron los niños, pensando, compadecidos, en la pobre Lily y en el disgusto que por dicha causa se llevaría.

Fatty seguía silencioso, mirando de nuevo al señor Hick con

expresión curiosa.

Todos salieron al jardín. Pero los «Tempests» habían desaparecido ya, dejando tras sí una imperceptible vibración.

—Bien, ya está —suspiró Larry con alivio—. ¡Qué mal rato he pasado teniendo que pedir disculpas a ese despreciable individuo! Supongo que, en fin de cuentas, el que incendió la villa fue realmente Peeks.

Fatty permaneció muy silencioso mientras caminaban todos calle abajo en dirección al río, con intención de dar un corto paseo antes de cenar. Por último, Bets, observando la expresión de Fatty, le preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Te duelen los golpes?

—No —repuso Fatty—. Ni siquiera me acordaba de ellos. Estaba pensando en algo extraordinariamente raro.

—¿En qué? —preguntaron los otros, interesados.

Fatty se detuvo y, señalando al cielo, murmuró:

—¿Recordáis esos aeroplanos que hemos visto?

Sus compañeros asintieron.

—Pues bien —prosiguió Fatty—. Eran «Tempests», y sólo han volado por aquí en dos ocasiones: una vez, hoy, y otra la tarde del día en que fue incendiada la villa.

—¿Y qué? —interrogó Larry impacientándose—. ¿Qué tiene eso de particular?

—Atended —insistió Fatty—, cuando hablamos de esos «Tempests», ¿qué dijo el señor Hick? Dijo que los había visto cuando pasaron por aquí dos o tres días atrás… y que los había contado en número de siete. Lo cual es enteramente exacto.

—¿Adónde quieres ir a parar? —inquirió Pip frunciendo el ceño.

—A algo muy curioso —respondió Fatty misteriosamente—. ¿Dónde estaba el señor Hick la tarde del incendio?

—¡En el tren de Londres! —profirió Larry.

—En ese caso, ¿cómo es posible que viese y contase los «Tempests» que volaron por aquí? —masculló Fatty.

Sobrevino un profundo silencio, en cuyo curso todos reflexionaron algo desconcertados.

—Tienes razón —exclamó Larry al fin—. ¡«Es» muy raro! Esos aviones sólo han pasado dos veces por aquí. Todo el mundo ha

hablado de ellos. Y si Hiccup los vio aquella tarde… ¡eso significa que andaba «por aquí»!

—No obstante, su chófer fue a buscarle a la estación y le vio bajar del tren de Londres —replicó Daisy—. Lo que no me explico es que viese los aviones si de veras estaba en el tren, porque a aquella hora éste apenas acababa de salir de Londres.

—De todo lo cual se deduce —intervino Fatty con voz triunfante—, amigos Pesquisidores, que nos las habemos con un nuevo sospechoso. ¡El propio el señor Hick!

—¡Oooh! —exclamó Bets, sorprendida—. Pero ¿cómo es posible que incendiase su propia villa?

—Tiene una explicación —respondió Fatty—, lo hizo para cobrar el seguro de sus valiosos documentos. Me figuro que vendió los papeles y luego pegó fuego al estudio para fingir que se habían quemado y cobrar más dinero. ¡Caracoles! ¿Cabría esa posibilidad?

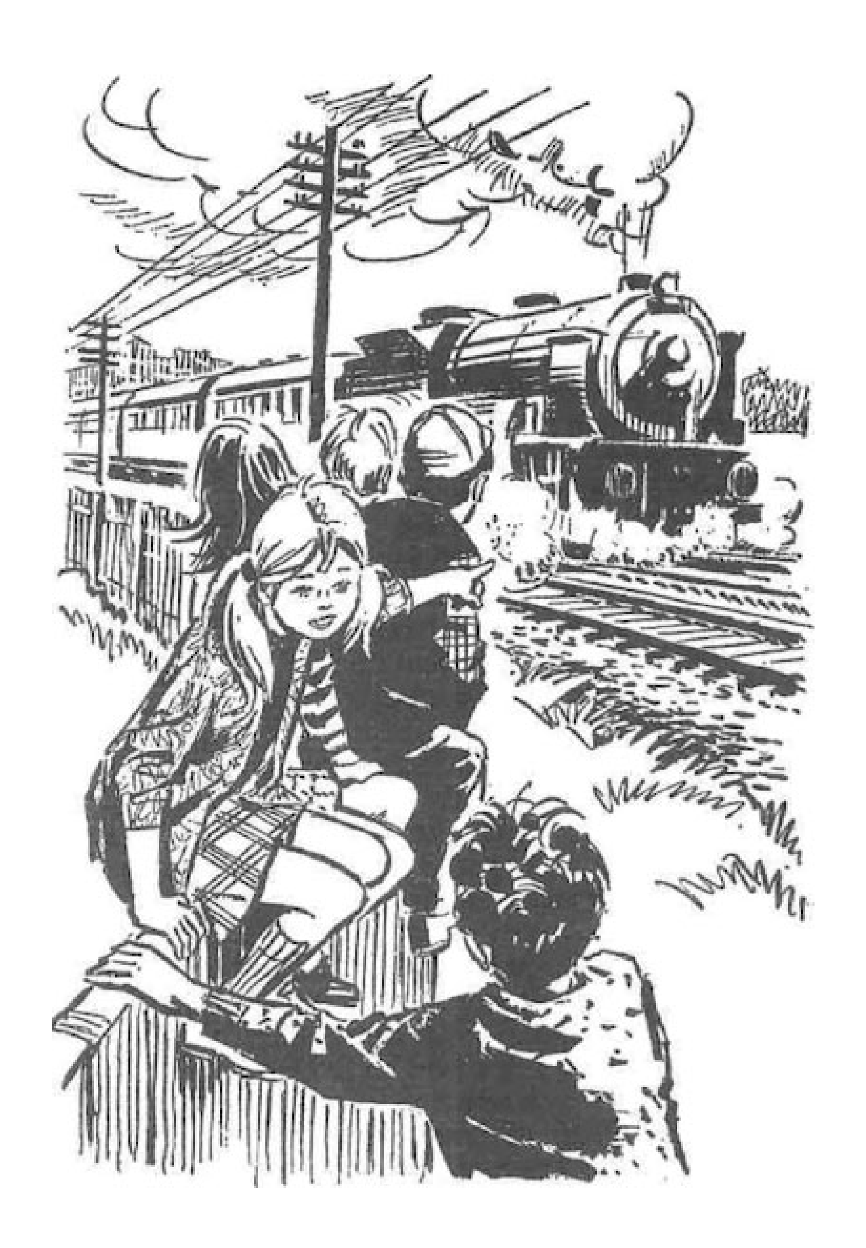
—No se lo digamos a nadie —propuso Daisy.

—¡A nadie en absoluto! —convino Larry—. ¿Qué os parece que hagamos?

—Debemos averiguar cómo subió el señor Hick al tren de Londres aquella noche —decidió Fatty—. Mirad ahí: cerca está la vía. El tren de Londres pasa siempre por aquí, y ahora está uno al llegar. Veamos lo que sucede.

Los chicos se encaramaron a la valla junto a la vía, y permanecieron allí, aguardando. A poco, columbraron una nube de humo en lontananza. El tren se acercaba. Venía roncando, pero al llegar a determinado punto de la vía aminoró la marcha hasta que finalmente se detuvo.

—Siempre se para ahí —comentó Bets—. Me he fijado en ese detalle. Quizá toma agua o algo por el estilo.



La distancia no permitía dilucidarlo. A poco, el tren volvió a arrancar y pasó, resoplando, junto a los cinco niños. Al verlo llegar, «Buster» corrió a esconderse detrás de un arbusto, atemorizado por el ruido.

Tanto Fatty como Larry se aplicaron de nuevo a cavilar. Por último, Fatty aventuró:

—Escuchad. ¿Creéis que es posible que por la noche alguien espere al tren aquí y se meta en un vagón vacío? Después en la estación de Peterswood, si tiene un billete kilométrico, nadie se entera de que no ha hecho todo el trayecto desde Londres.

—¡Creo que estás en lo cierto, Fatty! —exclamó Larry—. Me lo has quitado de la boca. Es muy posible que Hiccup hiciera lo mismo, esto es, simular la ida a Londres, volver a ocultarse en la zanja, dejando huellas tras sí: incendiar la villa, dirigirse a la vía del tren, aguardar allí hasta que el tren se detuviese, como acostumbra; subir a un vagón vacío, amparado en la oscuridad, y luego apearse en la estación más fresco que una lechuga, sabedor de que allí le aguardaba el chófer con el coche.

Cuanto más lo pensaban, más convencidos estaban los niños de la posible artimaña del señor Hick, al que consideraban capaz de todo.

—Al fin y al cabo —comentó Bets—, a un hombre que falta a sus promesas le creo capaz de «cualquier» cosa, lo que se dice de «cualquier» cosa.

—¿Qué hace «Buster»? —exclamó Fatty al oír unos excitados gruñidos del perrito, procedentes del grupo de árboles que tenían a sus espaldas—. ¡«Buster»! ¡«Buster»! ¿Qué sucede? ¿Has encontrado un conejo?

«Buster» reapareció arrastrando algo negro y lodoso.

—¿Qué «lleva»? —murmuró Bets.

Todos posaron la vista en el extraño objeto.

—¡Es un zapato viejo! —profirió Daisy riendo—. ¿Qué haces con ese zapato, «Buster»?

El perrito se acercó a Bets, y depositando el zapato a sus pies, levantó los ojos a ella sin cesar de menear el rabo, como si quisiera decirle algo. Entonces Bets, tomando el zapato, le dio media vuelta y exclamó:

—¡«Mirad»! ¡Por fin tenemos el verdadero zapato! ¡El que marcó las huellas!

Poco faltó para que los demás se cayeran de la valla con la excitación. Bets tenía toda la razón. ¡Era el «zapato»!

—«Buster» siguió las pisadas y recordaba su olor, y al husmear el zapato escondido ahí, lo ha reconocido por el olfato —explicó Bets

—. ¡Por eso «me» lo ha traído! Seguimos las huellas juntos, ¿recordáis? ¡Ah, y ahora comprendo por qué anduvo husmeando con tanta insistencia los zapatos del señor Hick mientras yo hablaba con él! ¡Claro! ¡Olfateaba el mismo olor!

—¡Eres un perro listísimo! —ensalzó Fatty, acariciando a «Buster»—. ¿Dónde está el otro zapato, amigo? Anda, ¡búscalo, búscalo!

Precipitándose a otro arbusto no muy lejano, «Buster» empezó a escarbar violentamente debajo del mismo. A poco desenterró el otro zapato y fue a dejarlo a los pies de Fatty. Los chicos lo recogieron para examinarlo.

—¡Bien! —exclamó Fatty—. Esto es muy raro. Me figuro que, después de enterarse de que Bets había seguido las huellas, el viejo Hiccup se puso nervioso y agitado y salió a enterrar los zapatos por si acaso la policía los encontraba en su casa o reparaba en que los llevaba puestos. Y el fiel «Buster» los ha husmeado. ¡Qué perro más inteligente, bueno y portentoso! Mañana tendrás un gran hueso, «Buster», ¡un magnífico hueso!

—Y ahora, ¿qué os parece que hagamos? —inquirió Larry, retrocediendo al sendero—. Es inútil contárselo a la policía. Como nos tienen en mal concepto, no querrán escucharnos. Tampoco podemos decírselo a nuestros padres. Nuestra situación es bastante apurada.

—Propongo que nos sentemos a la orilla del río para discutir el asunto —profirió Pip—. Vamos. «Tenemos que tomar una decisión. Las cosas se están poniendo muy serias».

Capítulo XVIII

Un amigo inesperado

Los niños recorrieron el sendero que conducía al río e instaláronse en un rincón guarecido de la orilla. «Buster» gruñó un poco, pero al fin accedió a sentarse con ellos.

—¿Por qué gruñes, «Buster»? —preguntó Bets—. ¿No quieres sentarte?

Tras un nuevo gruñido, «Buster» se calló. Los muchachos procedieron a cambiar impresiones.

—Es curioso —comentó Pip—; hemos encontrado al hombre que incendió la villa; conocemos todos los hechos; sabemos cómo subió al tren de Londres; sabemos que las suelas de sus zapatos corresponden a las de las huellas; sabemos que, inducido por el miedo, escondió dichos zapatos, descubiertos por nosotros; y sabemos a qué obedecía la presencia de todos los demás sospechosos en el jardín aquella noche. Lo sabemos todo y, no obstante, no podemos hacer nada porque, a buen seguro, el señor Goon se atribuiría el mérito de haberlo descubierto todo.

—Sí, no vale la pena decírselo a la policía —convino Fatty lúgubremente—, ni tampoco a nuestros padres, porque inmediatamente telefonearían al señor Goon. ¿No os parece desesperante pensar que, después de desentrañar el misterio y descubrirlo todo absolutamente, no podemos conseguir que el malhechor reciba su castigo? ¡Ese horrible señor Hick! Debería ser castigado. ¿Queréis cosa más fea que intentar endosar la culpa al pobre Peeks al comprender que nosotros sabíamos demasiado?

—Efectivamente —convinieron todos.

—Lo curioso es la forma en que se delató mencionando aquellos

aeroplanos —comentó Larry—. Opino que Fatty demostró mucha agudeza por el hecho de captarlo.

—Muchísima —corroboró Daisy calurosamente entre el general asentimiento.

—Ya os dije en cierta ocasión —aventuró Fatty esponjándose inmediatamente— que tengo mucho «talento». Por ejemplo, en el colegio…

—Basta ya, Fatty —atajáronle sus compañeros, todos a una.

Fatty obedeció, satisfecho de que, a pesar de todo, los demás le admirasen por descubrir aquella vaga y curiosa pista.

Por espacio de un buen rato, los chicos siguieron hablando de la villa incendiada, de los sospechosos y de las pistas, hasta que por fin «Buster» gruñó con tal furia e intensidad que todos se quedaron sorprendidos y desconcertados.

—¿Qué le pasa a «Buster»? —profirió Bets—. ¿No tendrá dolor de tripas o algo parecido?

Apenas la chiquilla hubo pronunciado estas palabras apareció una carota redonda por encima del margen que bordeaba la orilla. Era un rostro afable, realzado por unos ojos grandes e inteligentes que centelleaban al mirar.

—¡Oh! —exclamaron todos, alarmados.

—Perdonadme —se disculpó el desconocido—. Temo haberos asustado. Pero veréis lo que ha pasado. Yo me hallaba ahí sentado, bajo el margen, pescando en mi rincón favorito. Como es de suponer, permanecí inmóvil, para no asustar a los peces, y, claro está, sin querer he oído todo lo que decíais. Si me lo permitís os diré que me ha parecido muy interesante, «interesantísimo».

«Buster» ladraba tan fuerte, que los chicos apenas oyeron lo que les decía el desconocido. Por fin éste trepó al margen donde estaban instalados. Era un individuo alto y corpulento, con traje de «tweed» y unos enormes zapatos pardos.

El hombre se sentó a su lado, y sacándose del bolsillo una barra de chocolate la repartió entre los niños, captándose al punto su simpatía.

—¿Ha oído usted todo lo que decíamos? —inquirió Bets—. En realidad es un secreto, ¿sabe usted? Somos los «Cinco Pesquisidores».

—¿Los Perseguidores? —masculló el hombre, desconcertado.

Todos se rieron.

—No —repuso Daisy—. Los Pesquisidores. Nos dedicamos a averiguar cosas.

—¡Ah, ya comprendo! —exclamó el hombretón, encendiendo una pipa.

Al presente, «Buster» mostrábase tan adicto a él, que incluso le lamía la mano. El desconocido lo acarició.

—¿Quién es usted? —inquirió Bets—. Es la primera vez que le veo.

—Bien, si os importa lo que voy a deciros, os diré que yo también soy una especie de detective —declaró el hombre—. Mi tarea consiste asimismo en desentrañar misterios. Resulta algo interesantísimo… estoy seguro de que estáis de acuerdo conmigo, ¿verdad?

—¡Absolutamente de acuerdo! —exclamaron a una.

—A juzgar por lo que habéis dicho, colijo que en la actualidad os halláis en un apuro. Habéis aclarado el misterio, pero no podéis dar a conocer vuestro descubrimiento, ¿no es eso?

—Exactamente —respondió Larry—. Verá usted: el señor Goon, el policía de este pueblo, nos profesa una gran antipatía y ha ido a quejarse a nuestros padres de ciertas acciones nuestras. Bien… Reconozco que algunas de ellas fueron realmente detestables, pero las hicimos con buen fin. Nos proponíamos averiguar quién incendió la villa del señor Hick.

—Y ahora que lo habéis descubierto, tenéis que guardar silencio, ¿eh? —murmuró el hombre, despidiendo una bocanada de humo—. ¡Qué contratiempo para vosotros! Contadme más detalles. Como os he dicho, yo también soy una especie de Pesquisidor, a mi manera, y por tanto me encanta, igual que a vosotros, descubrir un misterio de esa envergadura.

Los muchachos miraron al robusto hombretón que, a su vez, les observaba con ojos centelleantes, sin cesar de acariciar a «Buster» con su manaza.

—Opino que podríamos contárselo todo, ¿no os parece? —inquirió Larry, consultando a sus compañeros con la mirada.

Todos asintieron. Había algo en el corpulento pescador que les

inspiraba confianza y seguridad de que sus secretos no serían traicionados.

Así pues, Larry, con varias interrupciones por parte de Daisy, Fatty y Pip, refirió toda la historia del incendio y de sus descubrimientos. El hombretón escuchábale atentamente formulando alguna que otra pregunta y asintiendo en silencio de cuando en cuando.

—Eres un chico listo —dijo a Fatty cuando Larry relató el episodio en que el señor Hick habíase traicionado a sí mismo, diciendo haber visto los siete «Tempests» la tarde del incendio.

Fatty se sonrojó de satisfacción en tanto Bets oprimíale la mano cariñosamente.

Por último, la historia llegó a su fin. Entonces el hombre, vaciando su pipa, murmuró, mirándoles con expresión radiante:

—Se trata, en efecto, de una excelente faena. Mi felicitación más sincera a los Cinco Pesquisidores… y el perro. Es más, creo que puedo ayudaros un poco.

—¿Cómo? —interrogó Larry.

—Bien, en primer lugar creo que debemos buscar de nuevo a ese vagabundo —propuso el hombretón—. Por lo que os dije es probable que él también viese al señor Hick en el jardín escondido en la zanja del seto, lo cual constituiría una valiosa prueba. Otra cosa… opino que la policía debiera ser puesta en antecedentes de todo.

—¡Oh! —exclamaron todos, consternados ante la idea de que el Ahuyentador se jactase de haber sido él el descubridor del hecho.

—Además —masculló Larry—, no creo que podamos volver a dar jamás con el vagabundo. A estas horas estará a millas y millas de distancia.

—Yo os lo encontraré —prometió seriamente el hombretón.

—Estoy seguro de que el viejo Ahuyentador, esto es, el señor Goon, no querrá escucharnos —gruñó Fatty, descorazonado.

—Yo procuraré que os escuche —declaró el desconcertante desconocido, poniéndose en pie—. Dejadlo en mis manos. Mañana, a las diez de la mañana, acudid al cuartelillo de policía de vuestra localidad. Yo estaré allí, y todo terminará satisfactoriamente.

Y, echándose al hombro su caña de pescar, agregó:

—Ha sido una charla interesantísima, de gran valor para vosotros y para mí, según podréis comprobar más adelante.

Los niños le vieron marchar a grandes zancadas, envuelto en la luz crepuscular.

—Mañana, a las diez, en el cuartelillo de policía —murmuró Fatty con cierta contrariedad—. ¿Qué sucederá allí? ¿Y cómo se las compondrá ese hombre para encontrar al vagabundo?

Ninguno tenía idea. Por fin, Larry, consultando su reloj, se puso en pie de un brinco, gritando:

—¡Caramba! ¡Qué «tardísimo» es! Nos van a armar una bronca. ¡Vamos de prisa!

Todos emprendieron el regreso, seguidos de «Buster».

—¡Adiós! —gritáronse el uno al otro—. ¡Mañana, a las diez, en el cuartelillo de policía! ¡No os retraséis!

Capítulo XIX

Aclaración del misterio

A la mañana siguiente, los Cinco Pesquisidores y su perro llegaron puntualmente al cuartelillo de policía, provistos de sus pistas, tal como les había indicado el hombretón. Dichas pistas consistían en el dibujo de Fatty de las huellas, en el fragmento de franela gris guardado en la fosforera y en los zapatos con suela de goma descubiertos y desenterrados por «Buster».

—La única pista que no ha servido para nada es este pedacito de franela gris —comentó Larry abriendo la fosforera—. No hemos podido averiguar a qué chaqueta pertenecía. Y no obstante, el dueño de ella pasó por el claro del seto. A lo mejor, el señor Hick llevaba un traje gris aquella noche. En ese caso, no se lo habrá vuelto a poner desde entonces, porque siempre le hemos visto vestido de azul marino.

Los chicos entraron en el cuartelillo, algo atemorizados. El señor Goon hallábase allí, desprovisto de su casco, en compañía de otro policía a quien los niños no conocían. Los cinco contemplaron al señor Goon, en espera de que se levantase gritando: «¡Fuera de aquí!».

Pero en lugar de ello les invitó a sentarse en un tono tan cortés, que los muchachos se quedaron mudos de asombro. Mientras tomaban asiento, «Buster» fue a olfatear las piernas del policía. Pero el Ahuyentador ni siquiera hizo ademán de alejarle a puntapiés.

—Estamos citados con cierta persona aquí —explicó Fatty.

—Llegará dentro de unos instantes —declaró el Ahuyentador con un ademán de asentimiento.

Al tiempo que hablaba, se detuvo ante el cuartel un pequeño

coche de la policía. Los niños escudriñaron el interior del vehículo, en espera de ver a su amigo, el hombretón. Pero éste no se hallaba en el auto.

Para sorpresa, uno de sus ocupantes era nada menos que el viejo vagabundo, que, mostrando una expresión asustada, murmuraba para sí:

—Yo soy un hombre honrado. Nadie ha dicho nunca lo contrario. Estoy dispuesto a decir todo lo que sé, pero no quiero meterme en berenjenales. No he hecho nada malo.

Además del chófer, le acompañaba un policía vestido de paisano. Bets se quedó sorprendida cuando Larry le dijo que el hombre con el traje gris oscuro era un policía.

—Yo creía que los policías iban siempre de uniforme —exclamó la pequeña.

A poco llegó otro coche, conducido por un hombre extremadamente elegante, vestido con un uniforme azul y una gorra con visera. Los demás policías le saludaron con mucha deferencia en cuanto se apeó del automóvil. Éste era grande, pero el desconocido también.

Los chicos le contemplaron fijamente. Casi sin transición, Bets exclamó con un grito:

—¡Es el pescador! ¡Es el señor que vimos ayer! ¡Hola!

—¡Hola, muchachos! —respondió el hombretón sonriendo.

—Hemos encontrado el vagabundo, inspector —dijo el policía de paisano al recién llegado.

Los chicos cambiaron unas miradas. ¡Cáspita! ¡De modo que su amigo era un inspector de policía!

—Un inspector es un policía de mucha categoría —cuchicheó Pip a Bets—. Ha de ser terriblemente inteligente. ¡Fíjate en el viejo Ahuyentador! ¡Está temblando como una gelatina!

De hecho el Ahuyentador no temblaba, pero saltaba a la vista que estaba emocionado ante la visita del inspector a su pequeño cuartelillo. Así lo acusaba el leve temblor de sus manos al pasar varias hojas de su agenda.

—Me alegro mucho de volver a veros —declaró el inspector mirando a los niños con expresión radiante.

Y dirigiéndose al Ahuyentador, con gran sobresalto por parte de

este último, añadió:

—Es usted muy afortunado de tener cinco chicos tan listos en su distrito, Goon.

El Ahuyentador abrió la boca para decir algo, pero optó por callarse. Tener chicos listos en su distrito no le hacía ninguna gracia, especialmente si eran más listos que él.

Pero, claro está, esto no podía decírselo a su inspector.

Seguidamente el vagabundo fue interrogado por el inspector. El hombre contestó de buena gana a todas sus preguntas una vez convencido de que con ello no se acarreaba daño, sino bien. Los niños escucháronle atentamente.

—Cuéntenos toda la gente que vio usted en el jardín del señor Hick aquella noche —ordenó el inspector.

—Bien —accedió el vagabundo—. En primer lugar, yo me hallaba escondido debajo de un arbusto cercano al estudio, sin hacer daño a nadie, simplemente descansando un rato.

—Perfectamente —asintió el inspector.

—Entonces vi a aquel individuo que había sido puesto de patitas en la calle por la mañana —prosiguió el vagabundo—. Ese tipo llamado Peeks. Estaba escondido entre los arbustos en compañía de otra persona a quien no pude ver. Pero, por la voz, colegí que se trataba de una muchacha. A poco vi entrar y salir de la casa a dicho joven por una ventana.

—Ya —murmuró el inspector.

—Luego vi a un hombre viejo —continuó el vagabundo—, a quien aquel mismo día oí discutir acaloradamente con el señor Hick. Creo que se llama Smellie, ¿no es eso? Sí. Como iba diciendo, el viejo recorrió la calzada sigilosamente y se metió en la casa por una puerta, un poco antes de que Peeks volviera a salir de la misma.

—Prosiga usted —instó el inspector—. ¿Vio usted a alguien más?

—Sí, en efecto —afirmó el vagabundo—. ¡Vi al propio señor Hick en persona!

Todos los presentes escuchaban conteniendo el aliento.

—Mientras me hallaba echado debajo de aquel arbusto diciéndome que el jardín estaba muy concurrido aquella noche, oí deslizarse a alguien a través del claro del seto, no lejos de mí.

Atisbando entre el ramaje del arbusto, comprobé que se trataba del propio señor Hick. El hombre permaneció un buen rato en aquella zanja, y luego dirigiéndose a un gran grupo de zarzas, sacó de su interior una lata allí escondida.

Fatty exhaló un pequeño silbido. Resultaba extraordinario oír de los labios del vagabundo toda la historia que tan cuidadosamente habían reconstruido los muchachos. ¡Aquella lata debía de contener gasolina!

—Entonces el señor Hick se encaminó a la pequeña villa inmediata, y tras permanecer allí un rato, salió, cerró la puerta con llave y se ocultó de nuevo en la zanja —explicó el vagabundo—. Yo permanecí debajo de mi arbusto más quieto que un ratón. Al cabo de un rato, cuando había anochecido ya, oí salir al señor Hick de su escondrijo y encaminarse hacia la calle que conduce a la vía del tren. Luego vi un resplandor en la villa y, adivinando que estaba en llamas me alejé del lugar como alma que lleva el diablo. No me hacía ni pizca de gracia que me encontrasen allí y me acusasen de incendiarla.

—Gracias por su información —agradeció el inspector—. ¿No vio usted a nadie más?

—A nadie en absoluto —repuso sin titubear el vagabundo.

—Una estratagema muy ingeniosa, ¿eh? —comentó el inspector —. El señor Hick necesita dinero. Se las ingenia para sostener una disputa con una porción de gente aquel día a fin de que si por casualidad la compañía de seguros sospecha de un engaño, haya muchas personas con motivos para incendiar la villa por venganza. Por la tarde ordena a su chófer que le lleve a la estación para tomar el tren a la ciudad. Luego se apea en la primera estación, y a través de los campos regresa a su jardín, donde se esconde hasta la hora de pegar fuego al estudio. Hecho esto, vuelve a la vía y aguarda en el lugar donde el tren de Londres suele detenerse unos instantes. Amparado en la oscuridad, sube a un vagón vacío y llega a la estación de Peterswood, en la cual le aguarda su chófer para conducirle a casa, donde le dan la noticia de que se ha incendiado su estudio. Muy ingenioso, ¿eh?

—Creo que ha llegado la hora de formular unas pocas preguntas al señor Hick —intervino el policía de paisano.

—Comparto esa opinión —convino el inspector.

Luego, volviéndose a los niños, agregó:

—Ya os tendremos al corriente de lo que suceda. Permitidme repetir que estoy orgulloso de haber conocido a los Cinco Pesquisidores… y el perro. Confío en que trabajaremos juntos en la resolución de otros misterios en el futuro. Agradeceré infinitamente vuestra colaboración… y estoy seguro de que el señor Goon opina lo mismo que yo.

El Ahuyentador estaba muy lejos de compartir dicha opinión, pero hubo de limitarse a asentir, esbozando una forzosa sonrisa. Le contrariaba pensar que los cinco «entrometidos» habían desentrañado el misterio antes que él, y que su actuación merecía los elogios del inspector.

—Buenos días, Goon —dijo el inspector afablemente, dirigiéndose a su coche.

—Buenos días, inspector Jenks —murmuró el pobre Ahuyentador.

—¿Queréis que os lleve, muchachos? —inquirió el inspector—. ¿Voy en vuestra dirección?

Así era, en efecto, puesto que se dirigía a casa del señor Hick en compañía del policía de paisano. Los niños se amontonaron en el interior del gran automóvil henchidos de un sentimiento de superioridad, en espera de que todos los habitantes del pueblo les vieran ir en coche con su amigo, el gran inspector.

—Me figuro que sería demasiado pedir que intercediese usted por nosotros ante nuestros padres, ¿verdad? —aventuró Pip—. Verá usted: ¡el señor Goon formuló tantas quejas contra nosotros! Si usted hablase bien de nosotros, nos prestaría una inmensa ayuda.

—Lo haré con muchísimo gusto —brindóse el inspector, poniendo en marcha su potente auto—. Pasaré por tu casa después de interpelar al señor Hick.

El policía cumplió su promesa. Aquel mismo día visitó a la madre de Pip con objeto de ponerle de manifiesto su admiración por los Cinco Pesquisidores.

—Son unos niños muy listos —declaró a la impresionada señora —. Estoy seguro de que está usted de acuerdo conmigo. Me siento orgulloso de conocerles.

Los muchachos le rodearon ávidamente.

—¿Qué hay del señor Hick? ¿Qué ha dicho?

—Le he interrogado minuciosamente dándole cuenta de que lo sabíamos todo y de que, además, estábamos en posesión de sus zapatos —manifestó el inspector—. Al principio, lo ha negado, pero al ser instado a explicar cómo se las arregló para oír aquellos aeroplanos volando por aquí a una hora en que aseguraba hallarse en Londres, perdió la serenidad y confesó todo. De resultas de lo cual, me temo que el señor Hick tendrá que abandonar su confortable casa y pasar una larga temporada con la policía. A estas horas, ya está camino de la comisaría, y la pobre la señora Minns se halla en un estado de gran excitación.

—Supongo que Lily se alegrará de que Horacio se vea libre de sospecha —comentó Daisy—. Ahora propongo que vayamos a contárselo todo al señor Smellie y a pedirle perdón por meternos en su casa y llevarnos su zapato. ¿Cree usted que el señor Goon se lo devolverá, inspector Jenks?

—Ya se lo ha devuelto —declaró el hombretón—. Bien, muchachos. Ahora tengo que marcharme. Espero volver a veros algún día. Habéis demostrado mucha habilidad con vuestras pistas y vuestra lista de sospechosos.

—Sólo nos ha fallado una pista —confesó Larry sacándose del bolsillo la fosforera con el pedacito de franela gris en su interior—. No pudimos encontrar ningún sospechoso con una chaqueta de franela gris rasgada por algún sitio.

—Bien —repuso el corpulento inspector, solemnemente—. Si no tenéis inconveniente, os expondré una idea que pondrá en claro este particular.

—¡Oh, sí! —exclamó Bets.

El inspector atrajo a Larry hacia sí, y obligándole a ponerse de espaldas, mostró a los demás una diminuta rasgadura en su chaqueta de franela gris, junto al sobaco izquierdo.

—¡He aquí la procedencia de vuestro pedacito de franela gris! —declaró el policía con fuerte cloqueo—. Todos vosotros atravesasteis aquel claro del seto cuando ibais en busca de huellas, ¿no es eso? Entonces, Larry debió de prenderse la chaqueta en una espina y el muchacho que le seguía viendo el fragmento de tela gris en la

ramita, pensó que era una pista. ¡Menos mal que no advertisteis que Larry tenía la chaqueta rasgada! ¡De lo contrario, aun «le» habríais incluido en la lista de sospechosos!

Todos se rieron.

—¿Cómo es posible que ninguno de nosotros se fijase en ese detalle? —exclamó Bets, asombrada—. ¡Pensar que descubrimos tantas cosas y nos pasó por alto una cosa tan sencilla!

—Adiós, muchachos —dijo el inspector subiendo a su coche—. Gracias por vuestra ayuda. ¡Estoy seguro de que todos estáis de acuerdo conmigo en que el desenlace ha sido altamente satisfactorio!

—¡Completamente de acuerdo! —exclamaron todos a una—. ¡Adiós! ¡Fue una suerte muy grande encontrarle a usted en la orilla del río, inspector!

El automóvil alejóse, zumbando calle arriba. Tras su desaparición, los niños entraron de nuevo en el jardín.

—¡Qué semana más emocionante hemos pasado! —comentó Daisy—. Supongo que una vez aclarado el misterio se disolverá la asociación de los Pesquisidores.

—Nada de eso —repuso Fatty. Seguiremos siendo los Cinco Pesquisidores y el perro, por la sencilla razón de que puede surgir otro misterio por desentrañar. Es cuestión de estar a la expectativa.

Y, en efecto, nuestros amigos aguardan… Y no cabe duda de que la ocasión se presentará.

Aunque, claro está, eso será objeto de otra historia.

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).

Notas

[1] Equivalente al español «hipo». En inglés queda divertido al juntar Hick y Cup (taza). (N. de la T.) <<

[2] «Smellie» significa maloliente. (N. de la T.) <<